



Manuel González Zeledón

presentado por
VIRGINIA S. DE FONSECA

MINISTERIO DE CULTURA, JUVENTUD Y DEPORTES

EDEL

Serie ¿Quién fue y qué hizo?

MANUEL GONZALEZ ZELEDON

(Magón)



Presentado por

Virginia S. de Fonseca



Ministerio de Cultura Juventud y Deportes
Departamento de Publicaciones
San José, Costa Rica
1974

v1.0 Editorial Electrónica- EDEL
<http://guiascostarica.info/edel/>

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>



El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.

INDICE

PROLOGUILLO

POR LOS CAMINOS DE LA VIDA

Encargo póstumo

Ley de los Premios Nacionales

¿CUADROS DE COSTUMBRES O CUENTOS?

Desde el punto de vista de los intereses particulares

Desde el punto de vista de los intereses Sociales

LA DESCRIPCION

¿COMICIDAD O HUMOR?

LA METAFORA Y LO NACIONAL DE MAGON

LA PROPIA

Relaciones principales de los personajes de la La Propia

ODA A COSTA RICA

PALABRAS FINALES

MANUEL GONZALEZ ZELEDON

ANTOLOGIA

Oda a Costa Rica

Propuesta

¡Al Trópico!

Facsimil

¿Qué Podrá Ser?

Facsimil

Campos de Mi Patria

La Propia

Un día de Mercado en la Plaza Principal

El Clis de Sol

¡Quince de a Diez...!

¿Quiere usted quedarse a comer?

Un Discurso Imperecedero

Mi Tío Chepe González

El Principio de Autoridad

El Caso del Año

CRONOLOGIA

César Barrios diseñó la portada y la edición estuvo al cuidado de Dennis Mesén del Departamento de Publicaciones del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.

PROLOGUILLO

¿Quién fue Magón? Un escritor, un enamorado de Costa Rica, un hombre de pro. Sobre todo, un hombre que amó a su Patria. El alejamiento de ella lo hizo sentir más la necesidad de su tierra. Por eso la sirvió desde muy diferentes cargos, —aun ad honorem— y la hizo tema permanente de su creación literaria.

No basta decir que fue diplomático, periodista y escritor. ¿Qué hizo Magón? Para contestar esta pregunta hay que saber la intencionalidad de sus hechos; conocer los medios que utilizó para realizarlos. Sólo así se descubrirá el verdadero perfil humano.

Por tal motivo en este ensayo, queremos ver por dentro la obra de Magón; queremos mostrar la urdimbre del tejido, con el fin de que se reafirme la grandeza de uno de los progenitores de nuestra literatura.

La Autora

POR LOS CAMINOS DE LA VIDA

*"La vida, en mi concepto, debe dividirse en tres períodos:
ambición, realización, recuerdo".*

Magón, 1926.*

* Las citas en prosa sobre escritos de Magón pertenecen todas a Manuel González Zeledón, "Cuentos", Edición, crítico y glosario de José M. Arce. San José, Imp. Nacional, 1947. Por este motivo sólo se indicará el título de la composición y la respectiva página.

Antes de llegar a esa tripartición que abarca la suma de vivencias de un espíritu selecto, observemos qué ocurre en la periferia.

Dos grandes porciones se pueden hacer en la existencia de Manuel González Zeledón: antes de su viaje a Estados Unidos —en 1906— y su permanencia en el país del Norte.

Nació en San José de Costa Rica, hijo del hogar formado por don Joaquín González Ramírez y doña Jesús Zeledón Castro, el 25 de diciembre de 1864. Por este motivo creyó, durante su infancia, que:

"todas las fiestas, músicas, villancicos, bailes de pastores, juegos pirotécnicos y demás jolgorios de Nochebuena",

eran para celebrar el cumpleaños suyo y de Nuestro Señor Jesucristo.

Su casa de habitación era la de su abuela materna, sita en la hoy Avenida Cuarta, en las vecindades del Parque Central.

Junto a sus padres, en hogar pobre y de trabajo, compartió venturas y sinsabores con dos hermanos: Chepe y Marcelina.

Va primero a la escuela privada de doña Eusebia Quirós y luego a la Elemental. Cartilla, catecismo, aritmética y buenas maneras hacían de los chicos de los años 1870 y siguientes, los ciudadanos que se distinguirían en el trabajo, el arte o la política.

Repartido su tiempo entre estudio, juego, travesuras infantiles y obligaciones caseras, aprendió a conocer y a amar al terruño.

Mira entonces cómo los adultos elaboran el cacao o el café; acompaña a su abuela en la compra del "diario" y sus ojos tropiezan con la variedad de ricos productos nacionales, al mismo tiempo que captan cómo en un día de mercado se dan cita todas las clases sociales. Los juegos con otros chicos, las disputas con su hermano Chepe, su admiración por Marcelina, reprimendas y mimos de sus padres, consulta de problemas de menor cuantía a las criadas de su casa, su primer contacto con la injusticia cuando un pelirrojo le arrebató su asiento en el circo, éstos, y muchos episodios más, van forjando en Manuel González su visión del mundo. Preferentemente graba las imágenes de su San José natal, más cercano, aún a la aldea que a la ciudad: en sus tradiciones y sus tipos, en una palabra, con su fisonomía de los últimos años decimonónicos.

Hacia 1876, el jovencito Magón pasa a ser alumno del Instituto Nacional, tributario de la Universidad de Santo Tomás, al otorgársele una beca de las dos de la Provincia de San José. Siempre fue un excelente estudiante. Allí obtuvo graduación con medallas de oro y recibió las enseñanzas de ilustres maestros de aquella época entre los que no pueden omitirse los Doctores Antonio Zambrana y Valeriano Fernández Ferraz, que tanto influyeron en la cultura costarricense.

A pesar de sus excelentes dotes intelectuales el jovencito, Magón no pudo proseguir otros estudios, porque hubo de dedicarse a trabajar; tenía que ayudar económicamente a su familia. El ironiza sobre su propia suerte en el cuadro titulado "Mi primer empleo", diciendo que

"ya era firme columna del templo sagrado de la Patria",

con el cargo de portero-escribiente del Juzgado del Crimen y una remuneración mensual de ocho pesos con cincuenta centavos. Un hecho como éste, lo enaltece: porque desde entonces se abrió paso en la lucha por la vida, tenaz mente, sin perder la jovialidad, aunque en su interior hubiese decepciones. Además, el Juzgado Primero, y su posterior ocupación como Procurador de Negocios Judiciales, fueron otra escuela para el escritor. Son a su obra literaria, lo que *"La Pulpería"* a la de Aquileo Echeverría o *"Desamparados"* a la de García Monge. El contacto con una serie de casos y situaciones que se , ventilaban a diario en el recinto de la justicia nutrieron mente y corazón del artista. Buena cuenta de ello dan algunos de sus cuadros de costumbres.

He aquí un fragmento de *"Las cosas claras"*.

La "vista de ojos" se practicó en la tarde del día siguiente; los expertos en armas de fuego, colocados en el lugar en que el policía dijo haber encontrado al "muerto frustrado" y alternativamente fingiéndose ofendido y ofensor, encontraron que si el disparo hubiera sido horizontal, habría la bala pegado en las inmediaciones del cartón "A 4 reales" y allí no había más perforación que la ocupada por la estaca de las fajas.

"El fiscal llamó a Molina y le preguntó:

"—¿Desde cuándo está clavada aquí esta estaca?

"—Ya lleva su buen año, señor, no le podría decir la fecha exacta.

"—¿No cree usted que está demasiado baja y que puede hacer daño a los transeúntes?

"—Hasta ahora nadie se ha quejado y yo por no abrir más huecos, aproveché uno que había ahí cuando alquilé este local; además, así los que pasan se fijan mejor en las cosas que cuelgo para vender; de las tres docenas de fajas que puse a la venta hace mes y medio, ya no quedan más que esas cuatro . . .

(Pág. 159-160).

Cuando en 1889 viajó a Colombia, en Bogotá trabó relación con plumas distinguidas de ese país. También él escribía y difundía información sobre su Patria. Durante dos años y medio fue nuestro Vice-Cónsul en Bogotá. ¡Y qué mejor representante que un hombre que ama entrañablemente a su tierra y a las letras!

De vuelta en Costa Rica —corría el año 1892— se establece por su cuenta para atender los negocios de sus representados —firmas privadas y casas comerciales—. Esta fecha es importante en la historia del autor, porque ya se conocen algunos de sus escritos políticos, por más señas, contra el Lic. don José Joaquín Rodríguez que prohijaba la candidatura de su Ministro don Rafael Iglesias.

Coincidiendo con la Administración de éste, Magón se sienta en el Congreso en la bancada de la oposición. Era partidario de don Ascensión Esquivel. Más tarde, éste valiéndose de la suspensión de las garantías apresó a los candidatos del Partido de la Unión Republicana. Posiblemente es a este hecho que alude Magón cuando habla de la traición del negro Esquivel. Lo cierto es que el año de 1906, fue el del ascenso al poder del Lic. don Cleto González Víquez y el de la salida de Manuel González Zeledón para los Estados Unidos.

Aquí termina la primera etapa de su vida. Cuatro años más tarde el autor se describe a sí mismo en carta que envía a don Joaquín García Monge, desde Nueva York.

Cuarenta y cinco años, viudo, pobre, trabajador, honrado (aunque ya dije que era pobre y parecería repetición), tico de nacimiento y de corazón, pues no el ombligo sino el corazón tengo allá enterrado; observador y copiado de observaciones; denunciante de la rica veta "Costumbres Nacionales", explotada con provecho por mis amigos; hice estudios en el Instituto Nacional (el Dr. Ferraz dirá con qué éxito); Diputado por San José, milité en los campos de la oposición a la política de Iglesias; esquivista de los decepcionados por la infame traición del negro ese; zuñiguista (1) que por su gusto emigró y que hoy se gana la vida a brazo limpio en esta gran ciudad, en donde educo a mis tres hijas y dedico todas las horas libres a la investigación de medios de servir a Costa Rica, a la que nadie quiere con más cariño ni respeta con más sinceridad. Asegurado para caso de muerte y para caso de accidente, y más asegurado contra decepciones por la experiencia adquirida; ni envidioso ni envidiado; hombre de pocos pero de muy buenos amigos; con vergüenza y sin miedo; con fe en sí mismo y muy poca en los demás. Dios y mi Diestra y Nunquam Retrorsum, por lema. Sin escudo y sin escudos.

Magón, 1910.

En apretada síntesis Magón acaba de mostrar el significado hondo de su vivir. Hasta llegar a su partida de la Patria, sobresalen lo que él ha llamado ambición y realización. Lo primero, porque es el suyo un mundo poblado de sueños, esperanzas y proyectos: quiere ser útil a Costa Rica, a su familia, a sus amigos. En cuanto a realizaciones, ha desempeñado cargos públicos y políticos; ha fundado un hogar del que le quedan tres hijas: Elvira, Berta y María del Socorro; y escribe, escribe con Costa Rica en el alma. Pero también comenzará a recordar, como si en las entretelas del corazón se enredasen los hilillos con que tejó su pasado. Conforme transcurra el tiempo, los recuerdos irán siendo más intensos y más preñados de nostalgia.

En Nueva York y Washington transcurre el resto de su vida hasta 1936, poco antes de regresar a la tierra natal para morir en ella.

Desde Nueva York representó a Costa Rica como Cónsul General ad honórem. No se limitó a desempeñar un simple cargo administrativo: la suya fue la casa de sus compatriotas; su palabra, estímulo o guía oportunos; su cultura, el resplandor que atenuaba la pobreza del consulado hoy, o de la embajada otro día. El Lic. don José Aurelio Ortiz Céspedes transcribe esta anécdota al respecto con el título, "Un brindis original":

"Le toca en cierta ocasión recibir al Cuerpo Diplomático y no tiene presupuesto para dar una fiesta grande. Dispone preparar un buen café que será precedido de cocktails y bocadillos; y con su prestancia señorial, cuando va a comenzar el ágape pide un minuto para el ofrecimiento y dirige a los invitados una alocución más o menos en estos términos que fueron los que él nos relató:

"Si estuvierais bajo el techo de otra Legación sin duda alguna asistiríais a un espléndido banquete.

La rubia Inglaterra nos ha brindado siempre los mejores whiskies del mundo y las ginebras de más vieja tradición.

La dulce Francia escancia en sus fiestas la alegría de su fino champán al par que sus famosos cognacs.

En la Legación de Alemania gustaríais de seguro los ricos vinos del Rhin.

Y qué no decir de las demás naciones que representáis, las grandes y las pequeñas, todas tan elegantes y tan espléndidas anfitrionas.

Pero ... un momento; estáis bajo el alero de la pequeña Costa Rica, y como es natural que cada cual dé lo que puede, permitid que con mi corazón os ofrezca una taza de café de mi país..."

Con sus bien hilvanadas frases impresiona a los oyentes por su ágil mentalidad. Los invitados no notan la relativa pobreza de nuestra Legación porque la figura próspera de nuestro representante se crece y se vuelve objeto de admiración general. El nombre de Costa Rica sigue, como de costumbre, pronunciándose con reverencia y afecto entre los diplomáticos extranjeros".

Magón debía luchar para ganar el pan de su familia y para sostener la representación diplomática que ostentaba. Más de una vez hasta hubo de pedir dinero prestado para este último fin.

Su actividad cubrió también otros campos: fue profesor de Castellano, Traductor, Auxiliar del Departamento de Estado para Asuntos Latinoamericanos. En 1922, asumió el cargo de Inspector ad honórem de los Consulados de Costa Rica en Estados Unidos. Sólo más tarde, en 1932, el Gobierno del Licenciado don Ricardo Jiménez lo nombra Embajador de Costa Rica en Washington ad interim; se convierte en Ministro Residente en 1934. Fundó y animó varios grupos culturales, diplomáticos y comerciales:

Asociación Latinoamericana de Nueva York, Asociación Consular Latinoamericana, Cámara de Comercio Latinoamericana, Círculo Literario Hispanoamericano; este último comenzó con seiscientos socios.

De estas corporaciones fue directivo durante varios años. También ayudó a establecer la "*Cámara Brasileira-Americana*". Se le distinguió con la presidencia honoraria de la "*Unión Benéfica Española*".

Meritorio es destacar cómo desempeñó los cargos diplomáticos ad honórem o interinamente tanto tiempo. Ello subraya el espíritu de servicio de Magón a su Patria; el amor que siempre le tuvo. Al respecto se cuenta la anécdota de que conservó junto a sí, como en una especie de ara, una cajita de cedro en que guardaba un puñado de tierra costarricense recogida en 1919 del patio de la casa en que había visto la primera luz en 1864. Al descender a la tumba, este montoncito de tierra, símbolo de su amor a Costa Rica, fue depositado junto con sus restos mortales. Cúmplase así con su:

ENCARGO POSTUMO

*Cuando yo expire, si al Señor le place
Que muera lejos de mi patria amada,
Volcad sobre mi pecho la cajita
Que con tanto primor tengo guardada.*

*Ella contiene tierra recogida
Del risueño solar donde naciera,
Quiero sentirla entre mis yertas manos
Como niño en ellas la sintiera.*

*Quiero que el corazón se trueque en polvo
Con el sagrado polvo de mi suelo
Fingiendo así que duermo allá en mis lares,
Satisfaciendo mi constante anhelo.*

*Hacer también que el viejo cuerpo envuelva
de mi nación amada la bandera;
Ella en mi mente vive consagrada,
Será para ella mi oración postrera.*

*Nada he querido más que a mi terruño,
El ha sido el amor de mis amores;
Y de su imagen pura en sus altares
Siempre ofrendo mis versos y mil flores.*

*Sus escenas pinté con torpe mano,
Canté el ara de su augusto templo
He quemado el incienso a manos llenas.*

*Así no importa que mi cuerpo duerma
Lejos del sacro suelo idolatrado;
Conmigo tú estarás, patria querida;
Cual si durmiera en tu regazo amado!*

Junto a los cargos que desempeñó a lo largo de su vida para sostener y educar a su familia; junto a sus deberes diplomáticos para servir a Costa Rica; junto a sus inquietudes intelectuales para nutrir el espíritu; junto a la sincera dedicación a sus amigos, le quedó espacio para dedicarlo a la creación literaria.

Desde 1895, inicia la publicación de sus cuadros de costumbres en periódicos y revistas locales. Su larga estada fuera del país tampoco fue obstáculo para su tarea de escritor. Desde Washington o desde Nueva York, movido por el cariño a las cosas ticas y la nostalgia de ellas, enriquecía las letras nacionales.

Ambición, sinónimo de actitud proyectiva, típica de la juventud; realización implica la madurez del hombre que cumple según sus posibilidades y limitaciones; recuerdo, evocación de lo que ha sido.

Magón, por la circunstancia de hijo de familia pobre, pero talentoso, hubo de madurar muy temprano. Por ello, en él no resultan sucesivos los tres períodos dichos, sino intercambiables entre sí: la ambición no cesa, porque es el alimento de las creaciones; realización tras realización es cada una de sus obras; recuerdo es el pivote en que descansan sus escritos al actualizar el pasado.

El Decreto de 1953, que declara a Magón "*Benemérito de las Letras Patrias*" es la respuesta de Costa Rica a quien tanto la amó. Y la creación del "*Premio Nacional de Cultura Magón*", establecido desde 1961, es la ampliación de este homenaje a un gran costarricense.

Una escueta gacetilla de periódico comunica el otorgamiento del Benemeritazgo a Magón y a su primo Aquileo Echeverría.

"Por unanimidad de votos recibidos por la vía secreta, se concedieron los benemeritazgos de las letras costarricenses a Aquileo Echeverría y a Manuel González Zeledón (Magón). Dos acuerdos profundamente justos".

De esta suerte se rectificaba la actitud del año cincuenta en que no se pudo otorgar este honor a estos mismos escritores porque, a pesar de que no se regateaban sus méritos literarios, algunos señores diputados consideraron que el Benemeritazgo debía concederse por otra clase de servicios, más cercanos a la política.

Por último, transcribimos los datos de la ley que creó el *Premio Magón*, y que dice así:

La Asamblea Legislativa por Ley N° 2901 de 24 de noviembre de 1961, reformada por Ley N° 2994 de 27 de junio de 1962, creó el Premio Nacional de Cultura, denominado MAGON y que es otorgado por el Ministerio de Educación a un escritor costarricense, como reconocimiento a su obra total hasta la fecha de concederse el premio, que consiste en la suma de ₡ 16.000 más su Diploma.

LEY DE PREMIOS NACIONALES

(Texto según Ley No 4817 del 29 de julio de 1971)

Artículo 1o.—Se crea el Premio Nacional de Cultura que se denominará "Magón" y que será otorgado anualmente a un escritor, artista o científico costarricense, en reconocimiento a la obra que lleve realizada en el campo de la-creación o la investigación hasta la fecha en que se conceda el premio. Consistirá en la suma de dieciséis mil colones más un Diploma.

Artículo 4o.—Los premios los otorgará el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes por medio de la Dirección General de Artes y Letras, mediante el fallo de un Jurado que debe integrar con un delegado de cada una de las siguientes entidades: Universidad de Costa Rica, Academia Costarricense de la Lengua, Asociación de Autores de Obras Literarias y Científicas, Editorial Costa Rica y Dirección General de Artes y Letras.

* El Premio Nacional de Cultura "MAGON" fue creado por el Ministerio de Educación y la Dirección General de Artes y Letras.

** La Ley de Premios Nacionales fue modificada por lo que damos a conocer los artículos 1° y 4°. Ambos relativos a "MAGON".



Placa colocada sobre la calle 5 del Parque Francisco Morazán de San José, C. R.

¿CUADROS DE COSTUMBRES O CUENTOS?

Fue en 1895 o 96 cuando rompí a escribir esas tonterías y se publicaron en La Patria de Aquileo, siendo el primogénito Nochebuena, que vio la luz un 25 de diciembre, creo que del 95. Después, casi cada domingo resultaba un nuevo cuento.

Magón, 1910.

La Literatura Costarricense aflora en las postrimerías del Siglo XIX y primeros años del XX. El signo que la preside es el del "realismo". Cabe recordar que, universalmente esta tendencia pertenece a la segunda mitad del Siglo XIX; pero en nuestro país se afina en los dos primeros decenios de la centuria siguiente. Nuestra condición de región pobre, con pocos nexos culturales durante el período colonial y con una Independencia que obligó a emplear todas las energías nacionales en la organización del Estado, nos hizo llegar con algún retraso al banquete literario.

El realismo se interesa por los escenarios locales en que se desliza la vida cotidiana en torno a tipos populares. Exige del autor, actitud objetiva, atento sentido de observación y un deliberado alejarse de lo trágico mediante un estilo llano y natural con su pizca de ironía.

Manuel González Zeledón cabe en este marco. Cultiva el realismo costumbrista. Como él mismo llamó cuentos a sus escritos —posiblemente hablando en términos muy generales— precisa hacer la distinción entre cuento y cuadro de costumbres. Este constituye una producción en prosa; prescinde al máximo del argumento, porque su interés primero radica en pintar un cuadro local —sea éste el mercado, la vela, una procesión— de modo que refleje con exactitud, la vida de la época. Tiene valor fol-clórico, en cuanto que recoge tradiciones, dichos, ocurrencias y demás modalidades que de otro modo se perderían. La carga irónica que conlleva el cuadro de costumbres lo hace agradable, y de fácil lectura por su prosa sencilla.

El cuento más complejo. Tiene gran unidad interna. Se propone contar una historia, al servicio de la cual están todos los elementos que la constituyen. El cuadro es predominantemente descriptivo; pero en la medida en que esta cualidad se desplaza a un segundo plano para dar paso a la acción, surge el cuento.

La edición de 1974, de "*Cuentos*" de Magón, viene dividida en tres grandes porciones:

"La propia y otros cuentos, Hojas del árbol viejo y La personalidad de Magón".

Las dos primeras suman cuarenta y tres composiciones literarias cuya inmensa mayoría responde a las características del cuadro de costumbres. Se exceptúan los cuentos "*El clis de sol*", digno de antología, lo mismo que "*La propia*", segundo premio de los Juegos Florales de 1909. "*Las cosas claras*" aprovecha la experiencia adquirida en los juzgados y se enriquece con la multiplicación de los puntos de vista sobre el delito que se examina.

"*Dos músicos*" constituye una anécdota en torno a los artistas Alejandro Cardona y Pilar Jiménez. "*Semper fidelis*" es un elogio a las criadas de la casa de Magón. "*El Tequendama*", con forma de alegoría, ofrece un relato mítico-legendario. "*El mozotillo de Pochet*" es una carta literaria.

Las demás composiciones sí son cuadros.

"*Para justicias, el tiempo*" acude a una yuxtaposición de estampas, como alguna otra por allí; en "*El grano de oro*" hay fuga momentánea hacia la disertación cuando Toño, el protagonista, habla sobre el cultivo del café.

Muchas clasificaciones se pueden hacer sobre los cuadros de Magón. Nosotros escogemos una bien sencilla.

DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LOS INTERESES PARTICULARES

1- Aventuras infantiles:

Un baño en la presa, Un día de mercado en la Plaza Principal, Para justicias, el tiempo, Nochebuena, La Guerra franco-prusiana.

2- Relaciones familiares:

Unos novios, El clis de sol (2), Dos de noviembre. La muñeca del Niño Dios, La propia, (2)

3- Amistad:

Una obra de misericordia, Camañuelas, ¿Quiere usted quedarse a comer?, Todo pasa, Usufructo, ¿Qué hora es?

4- Menesteres de casa:

El cacao del año.

5- Las criadas:

Semper fidelis. (2)

6- Trabajo particular:

Mi primer empleo, Cal de concha.

DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LOS INTERESES SOCIALES

1- Industria:

El grano de oro.

2- Comercio:

Al baratillo, Taquilla, pulpería y terciena, Alegría del mal ajeno, Un día de mercado en la Plaza Principal.

3- Recreaciones:

Un almuerzo campestre, Una vela, Quince a diez, El tren de las dos.

4- Educación:

Mi primer empleo, Un discurso imperecedero, Un baño en la presa.

5- Religión:

Nochebuena, Una oda, Tapicería fina.

6- Nivelación social:

Un día de mercado en la Plaza Principal, Al baratillo.

7- Ornato:

Cal de concha, Tapicería fina.

8- Arte:

Dos músicos (2), Criminal negligencia.

9- Trasfondo histórico:

Mi tío Chepe González, Episodios nacionales, El cañón de roble, Yo y Pedro.

10- Sustrato legal:

El principio de autoridad, La consigna, Las cosas claras (2).



Magón a los cincuenta años de edad.

Por la clasificación anterior se advertirá cuáles son los principales aspectos de la vida del costarricense que se fijan con estos cuadros de costumbres.

También se notará que el escenario dominante es el de la ciudad. Muy pocos de estos escritos pertenecen a la zona rural:

Unos novios, Una vela, El grano de oro y el cuento *El clis de sol*.

O combinan ambas localizaciones como en el cuento "La propia" cuya acción cubre el campo y la ciudad; de ambiente provinciano como "El cañón de roble", o de más allá de nuestras fronteras:

Mi tío Chepe González, Episodios Nacionales, Yo y Pedro.

En este último caso ha sido el patriotismo lo que ha llevado a nuestros hombres a empuñar las armas y a pisar el suelo de países vecinos, tal como sucedió con la Guerra de 1856 o con la oposición contra Justo Rufino Barrios.

Los cuadros que tienen por narrador protagonista al niño Magón, son los menos, pero bellísimos. Plasman el mundo como lo veía el candor y la industria de un pequeño que quería explorarlo y posesionarse de él.

"*Nochebuena*": describe la visita que hacen a los portales los chicos de aquella época, vestidos con traje de pastor.

"*Un baño en la presa*": viene con la clásica escapada de la escuela.

"*Un día de mercado en la Plaza Principal*": muestra las obligaciones con que el niño ayuda en su casa, los artículos de consumo, sus precios, quiénes eran los proveedores de tantos productos, las bromas que el resto de la pandilla hacía al compañero Magón, los castigos de los padres cuando el trabajo del mandadero no era satisfactorio.

"*Criminal negligencia*": ofrece con su espontánea ironía una burla de sus aspiraciones artístico-musicales, pues se sentía muy importante con seis palabras italianas que debía entonar. Manuela, la criada, es elevada por la mente del niño, a juez y consejero estético.

"*La guerra franco-prusiana*": descubre la ansiedad de Magón provocada por el deseo de tener unos soldaditos de plomo que vendía el tendero próximo a su casa. Una providencial enfermedad hizo que su madrina se los obsequiara. ¡Y es de ver entonces cuáles son sus sentimientos frente a los pueblos en pugna! Estuvo siempre contra los prusianos, ¿porque simpatizaba con los franceses allegados a su padre o porque tenía una linda amiguita francesa?

"*Usufructo*": es la historia de unos candelabros que la abuela Chanita prestaba a sus amistades o al sacerdote para festejos religiosos solemnes; pero era a Magoncillo a quien siempre le correspondía limpiarlos, llevarlos, traerlos, en fin, una obligación más.

"*Para justicias, el tiempo*": es mucho más complejo que los anteriores cuadros. Se ubica en dos temporalidades diferentes que implican espacios distintos. La primera corresponde a la niñez de Magón, fundamentalmente en el circo, para cuya función inaugural el pequeño había escogido un buen puesto de observación; pero un pelirrojo como de veinticinco años lo desalojó de aquel . excelente sitio mediante engaños. La segunda temporalidad, veinticuatro años más tarde, el mismo chiquillo pecoso del circo es ahora corredor de negocios judiciales. Y llevó a remate los bienes hipotecados del pelirrojo que abusó, tiempo atrás, de la debilidad de un niño menor de diez años.

Aún queda otro cuadro presentado desde el punto de vista infantil, "*La muñeca del Niño Dios*": se diferencia de los anteriores porque aquellos aparecen en primera persona con Magón de protagonista; éste es en tercera persona y protagoniza los hechos una niña muy pobre, pero bellísima e ingenua. La pequeñina espera que el Niño Dios le traiga una muñeca de trapo. Sí, ella también encuentra su regalo al despertar al día siguiente: una muñeca viva, una hermanita, trance en que la madre perece.

Quedan dos cuadros en que alternan el punto de vista del adulto y el del niño.

En "*El cacao del año*": el pequeño Magón tiene el carácter de narrador testigo, porque aunque ayuda a las tareas de elaboración de este producto, fundamentalmente, cuenta lo que ve y lo que oye; hasta interviene alguna vez en la conversación de los adultos, pero no es el personaje principal. Con gran detallismo se describe el secreto industrial para tener un cacao de buena calidad, según las artes de doña Estéfana. De paso, también se descubren las intimidades de los servidores de la casa, pues mientras trabajan, disputan y murmuran. Finalmente quedan al haber del niño Magón la posesión de los residuos de cacao que se habían adherido a las piedras de moler, y los consejos de Félix contra las mujeres.

"*Quince a diez*": es una viva estampa sobre las peleas de gallos. Tiene dos partes. En la primera, que es la más extensa, se describe la preparación de los gallos, entre ellos el Gariteño de don Joaquín González. Este valioso animal es cuidado con esmero por Magón. Debía enfrentarse a otro luchador famoso, el Talisayo. Voces, jadeo, apuestas de los espectadores y triunfo del Gariteño. Todo eso está dicho en tercera persona. La segunda parte, muy breve, con Magón como narrador protagonista, nos dice dónde tenía sus ahorros, la apuesta que hace a espaldas de su padre y cómo lo que le gana al apostador —que no es otro que el Niguas— éste se-lo había robado antes.

Los treinta y tantos cuadros restantes tienen sólo personajes adultos. El más joven es el Magón de "*Mi primer empleo*", aún adolescente.

Muchos siguen teniendo a Magón como personaje. En seis de ellos como narrador protagonista. De éstos los mejores son: "*El principio de autoridad*", "*Episodios Nacionales*" y "*Yo y Pedro*".

En siete cuadros Magón es personaje secundario y narrador testigo. Se destacan: "*Un discurso imperecedero*", "*¿Qué hora es?*", otros, y el cuento, "*Las cosas claras*".

El narrador observador ya no es personaje. Se sabe quién cuenta lo que pasa por alguna frase de apelación al lector como cuando Magón dice en "*Mi tío Chepe González*":

Así lo contó don Blas Quesada, quien vive aún, rodeado de hijos y comodidades, en Sabanilla de los Granados, y que es un hombre que no miente.

En ocasiones la apelación se atenúa tanto, que parece predominar la tercera persona. Apenas viene una leve presencia del narrador observador con su primera persona, como se aprecia en "*Alegría del mal ajeno*":

Y aquí viene el caso maravilloso a que aludí al principio de mi histórico relato.

Puede haber un caso tan ambiguo de narrador como el de "*El clis de sol*", pues si bien Magón conversa como personaje con ñor Cornelio Cacheda, cuando se produce el diálogo, el conflicto ya ha sido resuelto:

Por lo menos una docena de cuadros tienen narrador observador.

¿Por qué la mayoría de los cuadros tienen a Magón como protagonista o como narrador testigo u observador? Era costumbre heredada de la técnica presentativa de esta tendencia literaria, crear un personaje ficticio que sirviera para decir lo que veía y, a menudo, para criticar.

Piezas de narrador omnisciente, en que del todo no aparece Magón, resultan algunas como: "*¿Quiere usted quedarse a comer?*", "*Una vela*", "*El tren de las dos*" y "*La propia*".

De narrador protagonista, también sin la presencia de Magón, está: "*Dos de noviembre*".

Este brevísimo recorrido sobre los recursos de que se vale el autor para entregar sus escritos a la posteridad, son más o menos variados, y con ellos evita la monotonía de procedimientos.

Es natural que un autor de cuadros de costumbres conozca directa o indirectamente a los maestros españoles del género, Mariano José de Larra y Ramón de Mesonero Romanos. Por lo menos "*Página en blanco*" recuerda mucho "Lo que no se puede decir no se debe decir" del célebre Fígaro.

Además de los cuadros de costumbres que tanta fama le proporcionaron a Magón, escribió versos, cartas y numerosos artículos de periódico.

LA DESCRIPCION

El secreto mío consiste en que yo dejo la cosa tal como la encuentro y no bago más que sacudirle el polvo y colocarla en luz apropiada para que se vea claramente.

Magón, 1924.

Si lo dominante en el cuadro de costumbres es la descripción, vale la pena detenerse a indagar qué es lo que describe Magón y cómo lo hace.

Si lo que pretende es hacer perdurar los tipos y cosas del terruño, a fe que lo logra, pues su arte los ha fijado para siempre con hábil palabra bella. Personas, su indumentaria, acciones, oficios y juegos; sus casas o partes de ellas, lo mismo que los enseres domésticos; lugares de comercio o de trabajo, propietarios y parroquianos desfilan por las páginas de Magón.

El ambiente dominante es el de la ciudad; sólo esporádicamente aparece la pintura del campo.

He aquí la pintura de Juan "Barranca", encalador de la casa de Chanita:

Alto, enjuto; escaso pelo herrumbrado; bigote hirsuto, sucio, entrecano, manchado de nicotina; cejas casi despobladas; ojillos diminutos, amarillentos; nariz recta; frente mediana, acordeonada; boca amplia de labios delgados, generalmente chineando fuegos; barbilampiño, quijada angosta; pómulos salientes; cavidad bucal llena de raigones desgastados y negruzcos a los que afeaba un colmillo arriba y otro abajo, que no coincidían; cuello largo, surcado de profundas arrugas requemadas y terrosas; y pecas arriba, abajo, a la derecha, a la izquierda, solas, en constelaciones a como cupieran, según la parte afectada; brazos muy largos, manos nudosas, callosas, uñosas, sudosas y sudosas. (Cal de concha, pág. 190).

Así son casi todas las figuras que deambulan por el San José de fines del siglo: sencillas, trabajadoras, con sus virtudes y debilidades. Es el San José de los paseos en carreta o a caballo; de paredes de bahareque y calles empedradas; de galleras y regateos en el comercio; de procesiones y juegos pirotécnicos; el San José capital de un país pobre, pero sin grandes divisiones sociales; de un país en que el cultivo del café presagia tiempos mejores; en que la aplicación del derecho mostraba alternativas tanto en pro como en contra, según la habilidad del defensor; en que la educación y el patriotismo están entre los más altos valores.

Dice Magón:

"Yo dejo la cosa tal como la encuentro".

Por eso sus escritos son testimonio de los tiempos que evoca. Y añade:

"Y no hago más que sacudirle el polvo y colocarla en luz apropiada para que se vea claramente".

Desentrañar el sentido de esta fórmula conduce al conocimiento de los métodos descriptivos empleados. Entre ellos, los más frecuentes son: evocación, presentación de personajes por sus propios actos y palabras y la caricatura.

La evocación subyace en toda la obra, ya se trate de recuerdos de la infancia o de otras épocas; ya escriba en su país o desde tierras extranjeras.

Vienen a nuestra memoria las palabras de Antonio Machado según las cuales "poesía es palabra en el tiempo", entendiendo poesía como sinónimo de creación literaria. Y el tiempo es vital en estos cuadros de costumbre, porque permite ubicarlos en un espacio físico que implica, a su vez, una atmósfera espiritual determinada.

Será evocada la descripción cuando se confina en un tiempo pasado respecto del narrador.

Allí estaba el viejo piano, el "Apollo", comprado por Juan Rafael Mata; el mismo en que tocaron Jesús Salazar sus scherzos, nocturnos, y sonatas, y el renco Chente Quirós, sus mazurcas, y Chico Vicente Sáenz, sus polkas, y Fernando Goicoechea, sus pasos dobles, y Alejo Jiménez, sus famosísimos "vals de cinco mil pesos"... ("Todo pasa", pág. 130).

La descripción directa es muy abundante. En este caso el tiempo de lo presentado coincide con el tiempo del narrador. Le sirve para producir la actualización del pasado.

El traje que la buenísima de mi abuela me pergeñaba consistía simplemente de tres piezas: blusa floja y calzón corto, ambos de coletilla verde esmeralda con grandes botones forrados del mismo género y un par de medias largas, de un azul de cielo muy subido; en el cuello de la blusa, una gorguera estilo cervantesco, de lienzo plegado y los puños con tres hileras de hiladilla blanca". ("Criminal negligencia", pág. 136).

La caricatura se consigue por la deformación de lo natural, al exagerar algunos rasgos salientes. En los cuadros de Magón este procedimiento es frecuente, tanto para presentar personajes, cosas y situaciones como para producir humor, según se verá más adelante.

Pero indudablemente, si los "solos" de éste (el Tuerto) se resentían de ese trémolo, el conjunto de las tres voces resultaba estridente, como si fuese producto de un enjambre de chicharras. Por fortuna tanto el vio-lín, como la viola y el violoncelo, con escasez de pez rubia y abundancia de rajaduras, emitían sonidos tales que las vibraciones del canto quedaban ahogadas entre las ondas de chillidos equiparados a las de marrano prisionero entre las pencas de una cerca de "tunas y poroses". ("Tapicería fina", pág. 204).

También los personajes pueden describirse a sí mismos, por medio de sus propias palabras y acciones, como los parroquianos que llegan a la taquilla pulpería y Tercena El Trueno de don Serapio.

Descripción por medio de un sueño es "Un baño en la presa"¹. Humanación de cosas y cosificación de seres humanos se ven con cierta frecuencia.

Hay allí cobija que perdió el color con el susto del paso en barca por el Río de la Barranca, zaraza que no llegó a pegar los ojos en la Aduana de Carrillo . . . ("Al baratillo", pág. 67).

Al indicar quiénes son los nuevos dueños del almacén, inmediatamente los cosifica.

Desapareció Certain con sus bigotes y sus trapos para dar mucho campo a todos los Robles y Romeros y demás individuos de la noble raza batánica . . . ("Al baratillo", pág. 67).

Describe lo que oye, pero también lo que imagina, en "Un día de mercado en la Plaza Principal" cuando adivina lo que portan las carretas o lo que hacen los parroquianos en la pulpería; también en "El mozotillo de Pochet" alude a la naturaleza que esta avechilla debe estar recordando.

Otras veces, aunque el objeto esté delante de la visión del observador, por la ingenuidad de éste, su interpretación provoca una sobrerrealidad. Dos campesinos, Talao Chaverri y Esmeregildo Chavarría andan conociendo la ciudad en compañía de Churuco. Ante el Monumento Nacional, Talao exclama:

—¿Hombre, Churuco, por qué va ese calzonudo juyendo de esas mechadas? ("El tren de las dos", pág. 199).

Multiplicidad o simultaneidad de situaciones hay cuando describe, en "Unos novios", lo que hacen los músicos, parejas de baile, los dueños de casa, el comer de los viejos y el coqueteo de los recién desposados. También se ve lo mismo con las numerosas despedidas entre los familiares y los patriotas que van a luchar contra Rufino Barrios en "Yo y Pedro". Este cuadro, "Al baratillo y Taquilla, pulpería y terciena" acuden al multidiálogo para dar la sensación de simultaneidad.

La realidad aparece fragmentada porque la visión también es intermitente, cuando el niño Magón, perdido su asiento en el circo, sólo disfruta de retazos de la función.

Todavía quedan bastantes más procedimientos descriptivos: el dinámico, como en el caso de la explosión del cañón de madera; otro recurso es el ennoblecimiento de las cosas comunes, como en el ejemplo que sigue.

La zaraza como la torre de Pisa, es inclinada pero firme; los zapatos como el vino, mientras más viejos, más buenos; las cobijas por su poca lana, como el agua, mientras más clara más potable". ("Al baratillo", pág. 67).

Sin embargo, este ennoblecimiento produce un efecto irónico.

Por vía negativa se describe la mujer de "La muñeca del Niño Dios" presentando rasgos que se oponen hoy a la que fue su belleza de otro tiempo. Aun se pueden destacar descripciones por comparación, por contraste o por identidad y contraste al mismo tiempo como el doble de Maceo. Una cosa por otra: en "Time is money", el elogio de Mascagni describe, implícitamente, la excelencia del músico instrumento.

Hasta un monólogo interior, el único que hay en toda la obra, describe la ansiedad del joven Magón por encontrar un caballo de alquiler para ir de paseo con su novia.

*¿Quien tiene un caballo? ¿Quién me presta una bestia, una bestia cualquiera? Buen rato me ocupaba de esa idea tenaz, fija,
"sin tregua, a toda hora, aunque tal vez mi rostro indiferente no dejara reflejar sobre mi frente"*

la urgencia que tenía de un caballo cualquiera.

("Un almuerzo campestre", pág. 16).

La enumeración tan abundante a lo largo del libro, muchas veces tiene carácter descriptivo, por lo que no siempre se halla pura sino enriquecida con detalles que amplifican sus términos. Contribuye así a la mostración del objeto.

No se trata, pues, de una luz apropiada sino de muchas luces, tantas como la multitud de procedimientos del observador para acercarse al objeto y mostrarlo a los ojos expectantes del lector.

¿COMICIDAD O HUMOR?

... en medio de constante jovialidad asoma siempre una vena de sentimentalismo, algo así como la vena oscura en la albura cristalina de los mármoles, y es que fueron tantos y tan variados los incidentes de mi niñez y mi primera juventud y tan hondamente hirieron en la carne de mi organismo espiritual, que las cicatrices no han desaparecido y a veces se irritan y duelen, como acontece con la influencia de la luna a ciertos contusos. Entonces aplico el único paliativo que me alivia: rememorar y soñar despierto.

Magón, 1926.

Lo cómico es ridículo y por ello provoca la risa. No otro podría ser el resultado, puesto que implica una valoración negativa del ser: fustiga así, la apariencia de valor y no el valor mismo. El lector o el oyente jamás se identifica o solidariza con el objeto de la burla.

El humor evita tanto lo cómico como lo trágico: aquél, mirando lo noble de lo ridículo; éste, viendo lo ridículo de lo noble. En síntesis, puede afirmarse que de la comicidad al humor hay la misma distancia que de la risa a la sonrisa.

Era necesario este preámbulo para declarar a Magón uno de los maestros del humor en las letras costarricenses. Quizá esta circunstancia ha llevado a tantos críticos a decir que la fisga de Manuel González Zeledón lo revela con una visión del mundo regocijada y optimista. No quiere caer en la tragedia a que podría conducirlo "esa vena de sentimentalismo" y las "heridas de su organismo espiritual".

Desde la primera lectura, se tropieza con multitud de nombres de personajes cuya sola mención denota el tono humorístico. Si especulamos un poco, ¿qué le espera a don Esperidión, el convidado forzoso de "*¿Quiere usted quedarse a comer?*". Y aquel Liberato, el enfermo de "*Una obra de misericordia*", que desde las ocho no come nada, sólo a las cinco, a las seis y a las siete; sustancia, pan tostado, leche tibia, atol de yuca, chocolate . . . ; cómo impresiona ver que está libre de deseos de comer!

Doña Soledad Fecunda paladea a su séptimo vastago. María Engracia, ¡cómo emboba con su gracia a ñor Julián, hasta exprimírle los centavos, uno a uno y hacerlo caer en el crimen!

Esos no son todos los nombres que ofrecen esa connotación humorística. Por ello, es imposible omitir el de ñor Cornelio Cacheda, aquel cholote que ante el problema de la paternidad de unas gemelitas rubias, exclama:

"No se parecen a yo pero es que la mama no es tan pior, y pal gran poder de mi Dios no hay nada imposible".

Como que Cornelio emparienta con la voz latina cornus (cuernos), y Cacheda, a su vez, viene de cacho, forma vulgar de cuerno. ¿No llaman cornudo al hombre cuya mujer lo traiciona?

Veamos unos cuantos recursos más para producir el humor.

La desproporción entre el resultado obtenido y la meta que un sujeto se proponía alcanzar, puede darse por falla ya en los fines, ya en los medios, o en ambos a la vez.

En el caso siguiente fallan los medios. En efecto, el protagonista Magón, mozo en edad de merecer y de pretender, intenta un desplante con el "*retinto pasitrotero*", ante su novia; pero su malhadada fortuna surtió un efecto contrario. El medio escogido para el lucimiento falló: mala bestia y mal condicionada.

"Paró el rabo el chirca, enderezó la oreja buena y salió disparado como si llevara vejiga o cajón de lata; como a cinco varas de la carretera tropezó con una piedra, se fue de hocicos, se reventó la cincha y me lanzó de cabeza sobre el manteado de la carreta en donde caí

raspándome la cara en uno de los arcos, en tanto que la montura que me había seguido se metió como una bala de bajo del pabellón cayéndole en media cara a mi futura suegra y rompiendo a una cuñada media nariz con uno de los estribos; sobre mi novia cayeron las alforjas de mecate y la llenaron del vinagre de un frasco de encurtido que allí llevaba como eventuales". ("Un almuerzo campestre", pág. 20).

Observado el texto anterior se verá que el propósito del galán era impresionar favorablemente a su novia; pero los múltiples efectos negativos a causa del tropezón del caballo enriquecen cuantitativamente los resultados adversos, amén de sus respectivas secuelas.

Resultados negativos:

caída del protagonista-lanzamiento de la montura.

Secuelas:

se hiere en la cara, golpea a la suegra y lesiona la nariz de su futura cuñada.

Resultado negativo:

caída de las alforjas.

Secuela:

mancha de encurtido a la novia.

Una muestra en donde los fines serán fallidos corresponde a la jerarquización que el maestro Fernando Ramírez hace de los empleados públicos, al mismo tiempo que revela un espíritu amigo de la adulación.

"Excelentísimo" o "Ilustrísimo" eran para él todos los empleados públicos de oficial mayor para arriba, y "Lindísimo" o "Encantadorsísimo" los de jerarquía inferior, hasta escribiente supernumerario. A los porteros y demás colas del presupuesto, no los saludaba el maestro". (Un discurso imperecedero, pág. 98).

Fines y medios equivocados se pueden ver en "¿Quiere usted quedarse a comer?". Se persigue ocultar la pobreza; pero los anfitriones no lo logran. El medio de que se valen es el disimulo y una mezcla heterogénea de piezas entre las propias y las prestadas. Estas últimas son puestas de relieve por la lectura de Lalito.

La mesa presentaba un aspecto pintoresco; mezcla de pobreza rayana en miseria y de ostentación rayana en lo ridículo. Sobre el Africa del mantel y disimulando desde Nueva Guinea hasta el Mar Rojo, la bandeja de pan francés en rebanaditas transparentes; un salero ancho rebosando sal criolla por sus bordes de vidrio fundido, cubría a medias uno de los archipiélagos, en tanto que un río amarillo de huevo con afluentes de achiote iba a desembocar debajo del plato sopero de don Benigno, ocultando su cauce entre las servilletas y a la sombra de las cucharas.

Los platos llenos, con flores azules de loza ordinaria, se sentían humillados por los hondos de fina porcelana, con orilla de oro y letrero gótico "Mónica de Retana", entre corona de laurel. En el centro lucía su desfachatez rubicunda una tinajilla criolla sudando agua fresquísima de la que estaba henchida, y parecía desafiar con los bracillos enroscados a un enorme vaso de postrera, color de cielo con estrellas rojas, imitación de cristal de Bohemia, que ocultaba una disimulada rajadura volviendo la lesión hacia el puesto de Lalito. (Pág. 31).

Junto a la desproporción entre el esfuerzo por adecentar aquella mesa y los flacos resultados obtenidos, se suma especialmente en el segundo párrafo, un intento de humanación de las cosas — platos humillados, desfachatez de la tinaja, desafío del vaso de postera— que acentúa el tono humorístico.

Caso parecido se da cuando el niño Magón viene de la Plaza Principal, cargado con las compras para la casa y no puede subir la grada porque el botón que le sostiene el pantaloncillo se le ha caído como resultado de la refriega con otros gamines del barrio que le hurtaron sus golosinas.

Hay cuadros cuya totalidad responde a este matiz humorístico que venimos comentando — desproporción entre la meta buscada y sus logros— como sucede en "*Criminal negligencia*". Para cantar seis palabras en italiano se requirió tanto esfuerzo: no sólo de Magón al conseguir el permiso de su madre para actuar en el Teatro Nacional con la compañía de ópera, en quiebra por más señas, y la intervención de la abuela para que le confeccionara el vestido de paje, sino también sus ensayos en la Compañía, en la Plaza Principal con los árboles a modo de personajes, idem con el poste de amarrar las vacas, con Manuela la cocinera de su casa en su carácter de autoridad artística, todo para acabar siendo objeto de las burlas de sus compañeros de escuela y de su familia.

Con "*Mi primer empleo*" ocurre algo similar: aparece todo rodeado de una gran solemnidad, para rematar en un puesto de portero-escribiente.

En "*Yo y Pedro*", el resultado feliz y honroso va más allá del empeño puesto en la empresa: la gloriosa División de la Vanguardia no tuvo que entrar en combate, pero al cese de las hostilidades es recibida:

"con aclamaciones por el pueblo de San José".

"Una obra de misericordia", "Un discurso imperecedero", "La guerra franco-prusiana", "Tapicería fina" y algunos otros escritos acuden a la forma de humor hasta aquí apuntada.

La caricatura —otra fuente de humor— sola o combinada con otros recursos, resulta ampliamente usada en las páginas de Magón. Consiste en una deformación de la realidad mediante la contorsión o exageración de los rasgos más peculiares del objeto que se desea presentar; de esta suerte, la persona o cosa, siempre será reconocible.

Unos ejemplos ilustrarán mejor las afirmaciones precedentes. Tomemos primero la caricatura de una persona. Ñor Cornelio Cacheda está presentado a base de rasgos feístas.

La sincera incorrección de los rasgos fisonómicos de ñor Cornelio, feo si los hay, moreno subido y tosco hasta lo sucio de las uñas y rajado de los talones. (..) El viejo se chilló de orgullo, retorció la jetaza de pejibaye rayado, se limpió las babas con el revés de la peluda mano. (El clis de sol, pág. 75).

La expresión formada con un término positivo (sincera) y uno negativo (incorrección), por lo inesperado de su junta, preside toda la caricatura que se alimenta con la adjetivación intensificadora de los rasgos feos: moreno subido, tosco seguido de una hipérbole (o exageración) hasta lo sucio de las uñas y lo rajado de los talones; súmese a esto la jetaza (aumentativo con valor despectivo) de pejibaye rayado y peluda mano (objetos feos).

Cualquiera que piense en ñor Cornelio tiene clara imagen de un hombre feo que, en contraste con la belleza de las niñas que él tiene por hijas suyas, produce efecto humorístico.

Clásica es ya la pintura del caballo retinto pasitrotero fino de "*Un almuerzo campestre*".

El humor en "*El cañón de madera*" está hecho por contrastes caricaturescos: el prestigio del maestro Chaves como tornero frente a su fracaso en la práctica de la artillería. Otro tanto sucede con el cura que aparece en ese mismo cuadro.

En ese instante solemne llegó el Cura, hombre de pelo en pecho y sangre en el ojo, al frente de la compañía de treinta y dos hombres; colocó su guardia alrededor de la máquina infernal, bendijo a los lidiadores y, a la par del maestro Chaves, se encaminaron hacia el punto estratégico señalado de antemano, en medio de las exclamaciones del pueblo entusiasmado. (Pág. 37).

Caricatura por acumulamiento de detalles es la del primer tenor de "*Tapicería fina*", mal músico y peor cantante: "*Promotor - Recaudador - Encargado General - Tesorero de la Cofradía*" en relación con el culto al Dulce Nombre de Jesús.

"Yo y Pedro" caricaturiza la "valentía" de Magón, mientras "*La consigna*" lo hace con respecto a la obediencia de las órdenes militares.

El simple empleo de las palabras, relacionándolas entre sí con cierta intención específica, las tiñe de humor. Como este uso se basa en la naturaleza, asociación o valor de los términos, se puede hablar de lo cómico verbal.

Un buen ejemplo es el caso como el curandero Soflamas interpreta la receta del doctor Meléndez, al mismo tiempo que pone de relieve la ignorancia y atrevimiento de aquél.

—"*Esp...; alca...; sul... copr...; ess... trem Agse.... ben... antes de usarlo*"— que interpretada por Soflamas dice:

—"*¡Aja!*— *Espíritu de alcanfor, sublimado corrosivo y espérense a la tremenda; agáchense antes de usarlo*". (Una obra de misericordia, pág. 38).

Un cuadro hecho casi en su totalidad a base de lo cómico verbal es "*Un discurso imperecedero*", pues además de los apelativos empleados por el maestro según la jerarquía de los empleados públicos, el discurso, el famoso discurso está hecho con una serie de lugares comunes con que ridiculiza la oratoria barata y la ignorancia del maestro:

"*Las tinieblas de la ignorancia*", "*la luz inextinguible de la ciencia*", "*el humilde labrador*", "*la esperanza de la Patria*" . . .

La deformación del apellido Echeverría en Chaverri empleado por Talao y Chavarría por Esmeregildo, o sea, echés y verías como dice más adelante, en "*El tren de las dos*", permite ver que el humor radica en el juego de palabras. En ese mismo cuadro, los dos forasteros visitan la ciudad y en presencia de los retratos de los presidentes de Costa Rica en el Congreso, miran:

"*desde el de don Fuan Mora hasta el de don Rafel, y allí están los de Carrillo y don Fuanito y don Tomás Guardia y don Bernardo y don José Rodríguez y el Dautor Castro*".

Es la fonética popular lo que hace el humor de este pasaje; lo mismo sucede con la carta que recibe Chanita en solicitud de préstamo de los candelabros, en el cuadro "*Usufructo*".

En general, el empleo de la fonética popular está esparcida por toda la obra, aunque en ocasiones apunta sólo a un rasgo realista en cuanto objetividad para captar los hechos.

La proximidad de un término técnico musical, "*motete*", junto al popular "*monis*" produce un contraste verbal gracioso, en que aquél resulta avulgarado por éste, sobre todo por las cualidades del músico.

...con trémolos y gorgoritos, especialmente los del Tuerto, que en eso de modular y dar expresión sentimental a los "motetes" era simplemente "monis". ("Tapicería fina", pág. 204).

Dentro de este mismo énfasis de la palabra como productora de humor hay que añadir la inclusión de voces o locuciones en otras lenguas.

He aquí unas muestras:

Doña Soledad, en completa ídem arrullaba al recién nacido. ("Sin cocinera", pág. 41).

Per voi. E qui un Signore, frase que debe entonar el niño Magón en una función opera tica Esta actuación lo hace sentirse importante y futuro gran artista. (Criminal negligencia, pág. 136).

En el cuadro "*Time is money*", el título sugiere el enfrentamiento que se da en el texto entre un espíritu idealista y otro mercantilista. Este pertenece al de un sajón que admira el aparato musical acariciando el proyecto de convertirlo en fábrica de chorizo.

Por último, el lenguaje puede ser usado con intención paródica. Para contestar a algún crítico embozado con el seudónimo "Armando Camorra" que prefiere el retoricismo al estilo llano del realismo costumbrista, Magón escribe un remedo a gusto del señor camorrista y juega a estilo hinchado.

La desposada glauca luna con su gorro sarcástico de opalino corno, lenta surcaba las agonizantes ondas cortinas del cerúleo éter esférico boca abajo. El guacaloide trozo siena quemada, cuna y capullo de mamífero audaz, reflejaba la diamantina clarescencia de los batréseos lampadarios manchando siniestra las adobadas paredes del cubil con las sombras serpeas de las eléctricas gutaperchas guedejas alambi-cobrizas. (Cuentos opalinos al amigo Armando Camorra, pág. 270).

La comparación de lo vulgar con objetos nobles es empleado con alguna frecuencia.

Unos ejemplos bastarán para comprobarlo.

Venía meditabundo y pensativo (el caballo retinto) con aire de filósofo de la escuela de Diógenes. (Un almuerzo campestre, pág. 19).

Rosendo aparece mensualmente en el cuadro de honor de la Agencia ele Policía . . . (Sin cocinera, pág. 44).

En el cuadro "*Al baratillo*" la zaraza es comparada con la torre de Pisa, los zapatos viejos con el vino y las cobijas ralas con el agua potable.

Juan, el encalador, dormía su borrachera en el corredor de Chanita.

Abrigado con la cobija de planchar que una compasiva sirviente le echó encima en nombre de la patria agradecida. (Cal de concha, pág. 193).

Implícitamente se está comparando la cobija de planchar con la bandera que cubre los héroes caídos. Juan era veterano del 56 y estaba caído... por el exceso de alcohol.

Otras facetas del humor se logran por la humanación de los objetos (como en "*Al baratillo*") o su contraria la cosificación y hasta la animalización.

En "*Una obra de misericordia*" el narrador

dice:

"Todos los bultos se enderezaron para saludarme", (pág. 34).

Los bultos son las otras visitas. Rasgos de animalización hay en los ejemplos que siguen:

*Sólo el maestro Chaves, pálido y convulso, pataleaba agarrado como un perico ligero de una rama de aguacate.
(El cañón de roble, pág. 74).*

...(otros regalos) y una cerda parida desvanecieron los escrúpulos de la otra marrana... (La madre de Engracia). (La propia, pág. 104).

Contra lo que pudiera sospecharse al comienzo de la lectura, la sátira no es muy abundante. Pareciera, pues, que al autor le preocupa más mostrar que criticar.

He aquí un ejemplo:

—¿Vende esas guruperas?

—Sí, señor.

—¡Pues tiene suerte!

—Hágame el favor de no venir a cargarse. (*Taquilla, pulpería y tercena*, pág.).

La ironía es abundante, pues burla burlando, Magón dibuja tipos y ambientes de fines de siglo como perviven en su recuerdo.

En aquellos dorados tiempos las calles de San José eran casi tan malas como las de Heredia y menos iluminadas que cuando se quema un dinamo. (Camañuelas, pág. 63).

Revela el atraso urbano. La capital se desenvolvía como cualquier aldea.

—¿Verdad, ñor Julián, que al güey viejo le gusta el cojollo tierno? (*La propia*, pág. 104).

Esto lo dice el mozo ante la visible inclinación del amo por la guapa María Engracia.

—Haceme un favor; ahora que me voy, está atento a que en el casa no dejen de darles agua a las gallinas. (*Yo y Pedro*, pág. 264).

Estas cuchufletas y muchas más van dedicadas al joven Magón porque no se ha enrolado como voluntario para ir a pelear contra Rufino Barrios.

Juan "*Barranca*" para encalar la tapia de Chanita, debía pasar innumerables veces frente a la taquilla adonde entraba cada vez tras el espirituoso alcohol.

Cumplió el encalador con su deber: de las cuarenta y siete veces que pasó frente a la cantina, se abstuvo de entrar en ella, unas diez, once o doce veces. (Cal de concha, pág. 196).

El equívoco, elemento tan propicio para el humor, es eficaz componente del cuadro "¿Qué hora es?", con el doble de Maceo. Sin embargo, amistad y patriotismo son sentimientos que inspiran respeto al narrador, por lo cual no resultan deformados. Sólo aparece risueña la figura de Robert Francis. Nunca desdibuja el perfil heroico de Maceo.

Equívoco hay cuando Chanita cree que Juan se está regenerando ("*Cal de concha*"); o cuando Talao y Esmeregildo, personajes de "*El tren de las dos*", creen que las estatuas del Teatro Nacional son santos; y sobre todo, lo es la credulidad del protagonista de "*El clis de sol*", ñor Cornelio Cacheda, al aceptar la explicación del maestro colorado que come en su casa desde hace cuatro años.

Además, estas dos últimas composiciones responden a un tema típico del realismo costumbrista: el campesino, naturalmente bueno, recibe el mal de la ciudad. En efecto, los parientes, Talao Chaverri y Esmeregildo Chavarria pagan muy caro, con la pérdida de todos sus haberes, la "guía turística" de Churuco; y ñor Coraelio, es atropellado nada menos que en su honor. Pero como el realismo no llega a la tragedia, los viajeros defraudados acaban por estimar que el dinero es para gastarlo. Y ñor Cornelio queda convencido de que las niñas a las que cree sus verdaderas hijas, sólo han traído la bendición de Dios. Habría que agregar: ¡Bienaventurados los humildes porque ellos serán ensalzados!

Las hipérboles están a la orden del día en "*Usufructo*" y "*Cal de concha*". Aquél por el contenido y por la forma, éste, por las circunstancias. ¿Que los candelabros de Chanita sean objeto de servidumbre? ¿Que el niño Magón haya tenido que limpiarlos, tras tantos préstamos, doscientas noventa y nueve veces? ¿Y que todavía después de deshacerse de ellos vuelvan a casa porque en una rifa los obtiene una de las criadas? ¡Pero si eso es demasiado!

Hiperbólicos son los reiterados juramentos de Juan por su medalla de héroe del 56; la afirmación de que la cal usada en aquella época, traída de Patarra, era resultado del hundimiento de la Atlántida; decir que Juan se ha bebido los dos reales de agua dulce de sus hijos, un diez de tuna, treinta de cabuya y un cinco de cáñamo . . . así, resulta gracioso por lo exagerado, aunque bien se sabe que ello quiere decir que gastó el dinero que le adelantó Chanita para otros menesteres, en las exigencias del alcohol.

Además, "*Cal de concha*" es un cuadro que reúne la presencia de familiares de Magón, un héroe de la guerra contra los filibusteros, de oficio encalador y por añadidura borracho; también deja ver que las construcciones al uso eran de bahareques sin más ornato que el de la cal, la que debía ser sometida a una preparación cuidadosa para que su aplicación resultara firme.

Cuando en "*Principio de autoridad*" el protagonista exclama contra el embaucador campesino que engaña vendiendo leña de mala calidad:

—"*Dios lo tenga donde tiene a Gestas!*".

Es un caso de imprecación (3) que nos hace recordar la historia bíblica del mal ladrón.

—¡Animas benditas que se les sale la casa pa que apriendan a tratar a los cristianos! (Sin cocinera, pág. 44).

Es otra imprecación dicha por la criada contra sus patrones en el momento de abandonar la casa de éstos. Resulta un sí es no es de humor, porque la mujer está vengando a su hijo Rosendo de lo que no le han hecho.

Caso único que aparece en este volumen es la alabanza en forma de vituperio (4) empleada en "Dos músicos".

Pero tiene un vicio orgánico que lo domina por completo y que ni su hijo, médico notable, ni los saludables aires de la villa, ni su constitución de hierro han podido ni podrán vencer. —¡Padece de musical— Morirá de eso, sin remedio, aunque tranquilo y dulcemente. (Pág. 94).

Y más adelante reitera, ampliando su diagnóstico:

... encenagados en el vicio voluptuoso del sonido y en la crápula encantadora de la armonía. (Pág. 95).

El recorrido en torno al tópico del humor ha sido más o menos extenso. El autor incluye, a veces, procedimientos que son típicos de lo cómico, pero como están unidos a otros elementos que lo atenúan, lo predominante es siempre el humor.

Por fin, baste agregar que éste adopta la forma ingenua cuando quien lo produce no tiene conciencia de los efectos que produce, pongamos por caso, "El clis de sol" con la credulidad de ñor Cornelio; las recetas de la medicina popular en "Una obra de misericordia"; la suposición de que las fiestas de Navidad conmemoraban el natalicio de Magón y de Jesucristo, tal como ocurre en Nochebuena y en la primera parte de "Para justicias, el tiempo"; el plan de empréstito y de pagos que idea el niño Magón para adquirir los soldaditos de plomo en el cuadro "La guerra franco-prusiana"; las aventuras que pasan dos campesinos venidos a la ciudad cuyo recorrido hacen bajo la "experta" dirección de Churuco en "El tren de las dos".

Por el contrario, si se advierte en el sujeto clara interacción de producir comicidad o humor, se tratará entonces de cómico interesado o humor interesado. Así surge en algunas partes de "Un discurso imperecedero" y en "Las cosas claras"; en "Yo y Pedro" y en "La consigna".

Los maestros del humor saben cuándo no deben propasarse; saben cuándo deben dejar cauce libre a otros tonos expresivos. "Todo pasa", "El mozo de Pochet" y "La muñeca del Niño Dios" conllevan un acento nostálgico que no se contamina con el humor.

Otro tanto ocurre con "Semper fideiis" que es un elogio; "El grano de oro" tiene desviaciones hacia la disertación; "El Tequendama" es una alegoría que se mantiene en el plano de lo mítico-legendario.

Creemos que el secreto del éxito de Magón está en la sagacidad de su observación, en la habilidad descriptiva y, sobre todo, en su potencia humorística.

LA METAFORA Y LO NACIONAL EN MAGON

y antes que me pase lo que al Pochet de mi historia, he decidido ir a mi tierra, a verla otra vez, a canturrear allá de nuevo siquiera por un par de semanas, con mis tres mozotillas, a las que dejaré por mayor tiempo, y lo haré en el mes de diciembre, notable por los toros, por el nacimiento del Salvador y por mi cumpleaños. ¡Con que, hasta luego!

Magón, 1913.

Magón mismo ha comparado su caso con el del mozotillo de Pochet. Como a él, le faltan cielo y tierra patrios; Por eso decide volver a Costa Rica. Sin embargo, Magón nunca se ha ido de veras; no ha pasado de ser un alejamiento físico. Jamás hubo desarraigo espiritual. Prueba de ello es que una treintena de años en el exterior, ni siquiera contaminó de anglicismos su escritura. Conservó siempre como materia prima de ella, la captación que él tenía de la esencia costarricense de fin de siglo, visible en los temas, costumbres, tipos y lenguaje que tan bien explotó.

Sabido es que el realismo costumbrista no es muy dado al empleo de figuras de lenguaje brillante. Sin embargo, algunas de las creadas por Magón resultan muy acertadas y revelan, sobre todo, que su fuente de inspiración está en el terruño. Pueden incluirse juntas las que encuentran su plano ideal en la naturaleza o elementos de ella: geografía, vegetales, animales, pero de Costa Rica. Estas son las más numerosas.

Geografía:

El espinazo (del retinto) parecía la serranía de Candelaria. (Un almuerzo campestre, pág. 19).

Naturaleza:

un ruido semejante al de un chorrillo de agua cayendo sobre una laja. (¿Quiere usted quedarse a comer? Pág. 29).

Vegetal:

boca color de pitahaya, dientes como granito de elote. (La propia, pág. 102).

Las metáforas(5) vegetales son las más: abundantes. Puede comprobarse que son usadas con decoro cuando surgen para la descripción femenina, pues su función es embellecedora. En cambio, referidas a hombres u otros aspectos masculinos de ordinario apuntan hacia lo grotesco, o por lo menos, rasgos negativos.

Blancas y sonrosadas como durazno maduro (las gemelitas). (El clis de sol, pág. 75).

Jetaza de pejibaye rayado (ñor Cornelio). (El clis de sol, ídem).

Por orden de frecuencia de uso les toca el turno ahora a las metáforas animales. Son empleadas en el mismo sentido que las vegetales.

En terreno masculino:

Bigotillo raquítrico como rabillo de alacrán. (Taquilla, pulpería y terciada, pág. 46).

El conjunto de las tres voces resultaba estridente, como si fuese producto de un enjambre de chicharras. (Tapicería fina, pág. 204).

En terreno femenino:

El tordo que anuncia el verano no tiene las plumas tan negras como sus rizados cabellos. (La muñeca del Niño Dios, pág. 78).

Se advierte, tras la revisión de las figuras empleadas, que Magón, aun cuando describe cuadros de la ciudad encuentra el arsenal para tales imágenes, en el campo, en la naturaleza.

Acude también a utensilios y objetos de uso doméstico, pero en menor proporción.

Las tablas (del piso) crujían como una mesa de amasar. (Una obra de misericordia, pág. 34).

Cada gota semejaba un chuzo. (Camañuelas, pág. 64).

Aquellas espaldotas que parecían una batea. (Mi tío Chepe González, pág. 88).

Otras fuentes de la creación metafórica son variadas y de uso esporádico: lo étnico, la tradición religiosa, sonidos ... Pero en todo caso, la metáfora de Magón, subraya su apego a esa Tiquicia que tanto veneró.

LA PROPIA

Sólo una idea bullía en el encandilado cerebro de ñor Julián:

"Dale gusto a la Engracia" y sólo un sentimiento hormigueaba en el corazón de la muchacha: "sacarle los riales a ñor Julián", y ambos cumplían a maravilla sus propósitos.

Magón, 1909.

Consideración especial merece este cuento. Fue presentado a los Juegos Florales del año ya dicho. El primer premio lo obtuvo "*A París*", de Carlos Gagini; el segundo lugar, "*La propia*". Aquél es de ambiente urbano y cosmopolita, éste presenta con técnica costumbrista, el drama de una familia campesina. En ese momento aún se hallaban en pugna las tendencias literarias que esas narraciones encarnan.

"La propia" es un cuento excelente. Externamente el narrador dejó establecida una serie de divisiones que responden al progreso de la acción.

- a) Presentación del ambiente, personajes y conflictos en la etapa de prosperidad económica. Domina la industria del café.
- b) Trato con la madre de María Engracia por el cual ésta pasa a ser propiedad de ñor Julián.
- c) Tres años después. Ruina económica de ñor Julián. Aparece el rival de éste, ñor Aureliano, e indicios de la futura traición de María Engracia.
- d) Pobreza. Industria del dulce. Descontento de la madre de Engracia.
- e) Nuevo escenario: San José. Comercio con el dulce. Evasión de María Engracia.
- f) Encuentro de ñor Julián con el compadre Bernabé, quien supone al dulcero buen padre, aunque mal marido. Venganza de ñor Julián que culmina con el crimen en la persona de Aureliano.
- g) Epílogo: prendimiento de ñor Julián; encuentro de camino con la Dos Pelos que es Zoila La propia lleva auxilios al ingrato marido hasta la cárcel.

Internamente la obra se puede dividir en dos etapas: en la prosperidad y en la ruina. Un primer escenario reúne la finca de café, el beneficio, el cerco, el potrero, la "*bueyada*", las sacas de leña, el trapiche, el cañal y la amplia y encalada casa de bahareque. Son campesinos acomodados: ñor Julián Oconitrillo, el amo; ña Micaela, la esposa abnegada; sus hijos, Bernabé y Zoila. Frente a ellos están María Engracia, la jovencita de quince años por quien se ha encaprichado el amo; la madre de ella que vende a la hija por unas cuantas dádivas; y por último, ñor Aureliano Meléndez, el hombre a quien verdaderamente quiere la muchacha. Se forman así dos triángulos amorosos: ñor Julián, ña Micaela y María Engracia, luego, María Engracia, ñor Julián y ñor Aureliano. Causan semejante estado de cosas, la pasión del amo y la codicia de la madre de la muchacha. El, todo machismo y brutalidad; ella, por seis onzas de tejas, un rebozo de seda y una cerda parida entregó sin escrúpulos a su propia hija. A partir de entonces sólo hay que darle gusto a Engracia de parte de él, y del lado de ésta, buscar un desagadero a los haberes de ñor Julián.

El amor maduro de los cuarenta y ocho años de don Julián por la joven de quince, no admite obstáculos. "Su familia siempre había temido a este hombre por su grosería y su arbitrariedad. Muchos indicios hay a lo largo del cuento que lo presentan como el macho, como el tirano: pescuezo robusto de toro, brutalidad de padrote, empleador de piropos vulgarísimos.

Cuando la esposa se arriesga a hacer una tenue alusión al problema, con estas palabras:

—*Fulían, podías dejar quieta a Engracia...*,

el amo contesta:

—*y vos podías estar en lo que estás y dejarte de fisgonear lo que no te importa.*

¡Cuánto egoísmo convierte a la sufrida Micaela en un estropajo, en un ser que debiera no tener voluntad ni sentimientos!

La suerte está echada. La propia, esto es, Micaela, seguirá siendo un objeto estorboso, inservible, que en cualquier momento se puede dejar de lado. Es reemplazada por otro objeto —fue una compra— María Engracia, y bien cara que le está resultando: darle gusto a esta criatura lo llevará a la ruina.

La etapa de prosperidad conlleva elogio al trabajo de la elaboración del café, fuente de riqueza. También la pintura del medio que rodea a los personajes está hecha con un tono eufórico y con admiración por ese sol que contribuye a dar un buen fruto.

Por todas partes el sol de febrero, rojo como cara de borracho, quemante, abrasador, llenando de vida exuberante a la campiña, dorando la lejana loma, reseca la tierra desnuda, achichar roñando los jarales, despellejando bs troncos de los árboles viejos, metiendo sus rayos, como hojas de machete nuevo, entre las breñas y fingiendo relucientes monedas de oro en la fina grana de la espesura. Ese sol que es nuestra gloria, sol tico, amigo nuestro, el gran peón sin salario, que vigoriza el cafeto, barniza la hoja, hincha de miel la propia cereza, seca el abejón, rasga la cascarilla, colora el pergamino, azulea el grano y ...

el aroma le da que en los festines, la fiebre insana templaría Lileo (Pág 103).

Tres años después las relaciones entre el amo y Engracia se tornan difíciles para aquél: ya le dio gusto; ya ella lo ha arruinado y... por allí está el otro, siempre al acecho, a pesar de muy "seudo primo segundo" de la muchacha.

El contraste prosperidad tiene su correlato
ruina amor (comprado)
 desamor

De veras la Engracia no quiso de ñor Julián más que su dinero. Y aunque tiene el atenuante de que fue la madre quien la vendió, ella se hallaba predispuesta para el caso. Prueba de eso es que, ante las proposiciones del "padrote", la joven contestó:

—Hable usted con mama.

Y ésta ejerció su oficio de tercera.

A lo largo de todo este tiempo corren parejas la brutalidad de ñor Julián y la angustia de su familia legítima: la esposa despreciada y enferma; Bernabé ha contraído fiebres por su trabajo en la Línea y agoniza en, el hospital; Zoila, primero trabajadora doméstica, es ahora la Dos Pelos, mujer pública. Todos los personajes salen derrotados, hasta Aureliano, pues muere a manos de ñor Julián. Este acaba en la cárcel; María Engracia huye de la furia de su primer dueño y nada se vuelve a saber de ella. Desde mucho antes del desenlace de los hechos, la madre de la joven se sentía con más fatiga y peor trato que nunca.

De todas estas ruinas humanas, la única figura noble, como una Penélope rústica, es ña Micaela: por su negativa a enajenar el trapiche fue lo único que salvó del remate de los bienes y lo único con que el marido sigue trabajando; y ella es la única que se preocupa por él cuando cae en la cárcel. Pero ñor Julián, desde su olímpica amoralidad, dice despectivamente:

—Es la propia.

El escenario correspondiente a esta segunda etapa va del trapiche a San José. Los hechos más importantes se realizan en la ciudad. Si el paisaje de antes revelaba la emoción exaltativa en virtud del progreso, ahora se siente un algo asfixiante como presagio del fin desastroso que espera a los protagonistas de esta historia.

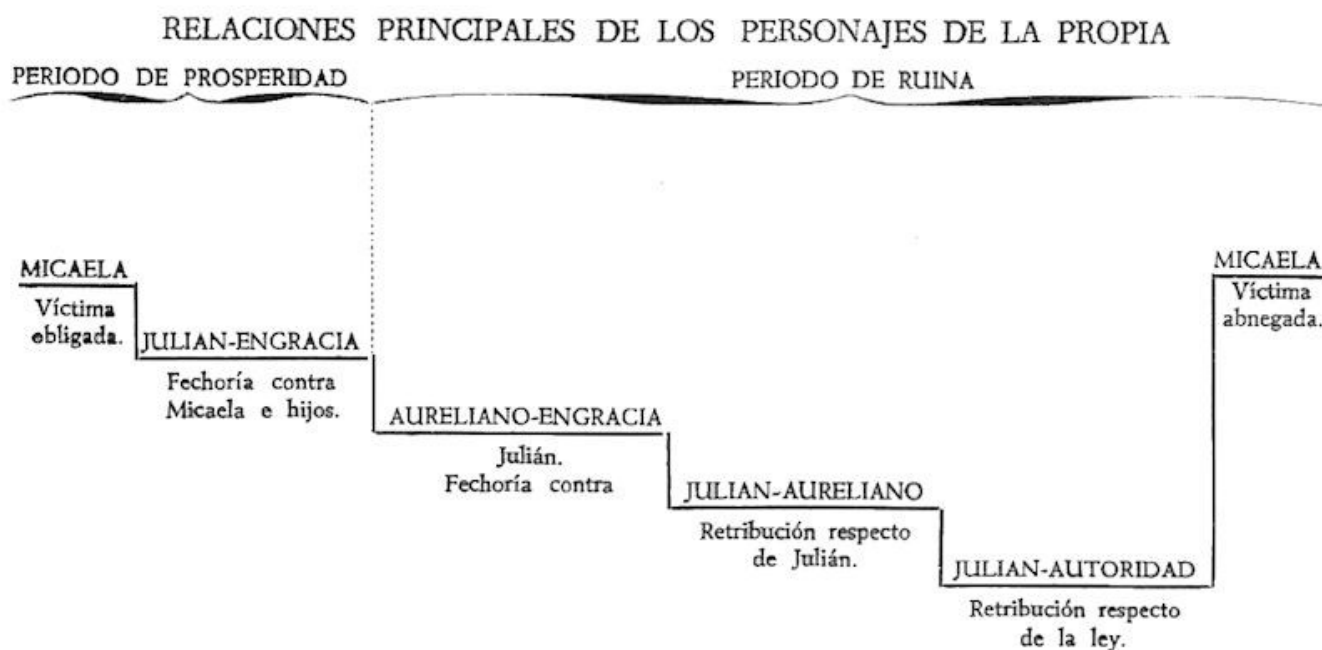
Sofocante era el calor, el vaho nauseabundo del rebaño humano cosquilleaba en las narices y apretaba las gargantas. Eran ya las dos de la tarde y el cielo caliginoso se cubría de pesados nubarrones asfixiantes; mayo no soltaba sus refrescantes aguaceros y los vientos alisios se habían despedido de la tierra tostada por el sol. (Pág. 107).

Más adelante, cuando ñor Julián va rumbo a la venganza, el paisaje cobra matices funerarios.

Se acercaba la media noche; la luna bregaba por asomar su cuarto menguante por las rendijas de los negros nubarrones que aquel día de horno había amontonado en el cielo; el estrecho valle del Lazareto Viejo bostezaba entre los acantilados del Virilla, embozado en espesa capa de niebla; los cafetales yacían solemnemente silenciosos y al pie de las cuajiniquiles y los plátanos de hojas despedazadas por los vientos del pasado abril, los grillos coreaban sus herrumbradas dulzainas; una que otra candelilla encendía su cirio funerario en la margen de la acequia, alumbrando el de profundis que entonaban los sapos y allá en la loma se estrellaban los ecos del medroso ladrido de los lambuzos atosigados por la sarna. (Pág. 108).

En virtud de las relaciones entre los personajes de este cuento, los hechos se pueden reducir a una serie de actos reprobables (que llamaremos fechorías) y al intento de sancionarlos (lo que designaremos como retribución).

En el esquema correspondiente (página 50) se podrá apreciar mejor la figura solitaria y noble de Micaela, y la caída estrepitosa de ñor Julián.



Las criaturas del mundo de "*La propia*" son seres elementales, vegetativos casi, enganchados a una cadena de circunstancias adversas en que el instinto preside sus reacciones. Por estas condiciones, los críticos atribuyen a este cuento rasgos naturalistas.

ODA A COSTA RICA

*Ahora, perdona madre, el pobre canto que levanto
en honor de tu suelo y de tu gloria,
perdona si mis notas no han llegado ni jamás alcanzado
a ser dignas de ti o de tu historia.*

*Son ofrenda de mi alma que te adora,
que por tu cielo llora,
que asida al corazón siempre te llevo,
son flores de cariño ardiente y puro,
y por mi honor te juro
que es a tu honor que mi corazón elevo.*

Magón, 1929**

Magón es sobre todo un prosista. En esto es superior al poeta que pudiera haber en él. Además de su "*Oda a Costa Rica*", su composición más extensa y la primera que hizo en verso, tiene algunas otras dispersas, como "El árbol" que el mismo autor cita, "*La más corronga*" convertida en canción escolar con música del maestro Julio Fonseca: es un elogio a la mujer costarricense; también "*La cosecha*" fue musicalizada por Alejandro Monestel y con ella alude al café, maíz y caña principalmente. Tiene también "*Un encarguito*", "*Epístola moral*" dedicada a Tobías Zúñiga y algunas más.

La "*Oda a Costa Rica*" revela profundo amor a -su tierra y gran conocimiento patrio. De valor descriptivo, descansa casi toda sobre enumeraciones enriquecidas por el uso de la amplificación.

Pareciera una memoria cinematográfica que hace desfilar una larga serie de imágenes tras la invocación inicial. Así presenta la orografía del país, flora y fauna, según sus diversas regiones; minas, ríos, labores del campo; elogia al hombre que trabaja; se refiere al cuidado del cafeto y a la elaboración del dulce. Hasta allí, en intención, se acerca a las *Geórgicas*, o mejor, a la silva "*A la agricultura de la zona tórrida*" de Bello. En adelante, las cámaras del recuerdo se pasean por la historia: recuerda las guerras entre provincias, alude a la Campaña del 56, lo mismo que a la reyerta con Panamá.

Menciona la fe del costarricense y con ella a la Virgen de los Angeles.

Subraya el progreso alcanzado: telégrafo, ferrocarril e imprenta. Insiste en nuestras virtudes ciudadanas: culto al trabajo y al sufragio; apego a la juridicidad y respaldo a la educación; repudio a las tiranías y refugio para el extranjero a quien brindamos nuestro techo. Por fin, agrega un amplio elogio a la mujer costarricense.

Tras esto se cierra la composición con unas estrofas en que el poeta excusa la pobreza de su canto con el amor y respeto que siente por su; Patria.

Esta oda fue escrita en Nueva York, en 1929. Por su sincero amor a Costa Rica, por la síntesis poética del pasado y presente de la Patria, el Ministerio de Educación de entonces hizo una edición especial de ella para escuelas y colegios de la República.

PALABRAS FINALES

Magón, una de las plumas que, partiendo de lo local se ha elevado hasta la universalización de su arte; una de las plumas que ha trascendentalizado el detalle porque en él aprisionó el alma costarricense, ha sido objeto de muchos juicios, todos altamente valiosos.

De ellos escogemos para abrir esta parte unas palabras del prologuista de la edición de 1947, don José María Arce.

Magón fue de la casta de hombres fecundos que había profetizado Whitman para su América y que iba a surgir también en las repúblicas del Sur. Quiso escribir fuera de la tradición elegante y se dirigió francamente al pueblo, lleno de fe en lo popular. Su alegría natural y comunicativa, la vivacidad y fuego de su temperamento, buscaron más bien la poesía de los ojos que la del intelecto. A sus cuentos llevó lo sencillo y elemental del espíritu y lo sensible, casi cabría decir lo superficial, antes que la médula psicológica y moral de sus gentes, las reservas del ánimo y los matices del pensamiento. Supo fijar más acabadamente la riqueza de los elementos pintorescos y exteriores, la parte física y material de sus tipos y el contorno, ya lírico, ya caricaturesco, de lo circunstante. Este fácil dominio de lo visual aparece de igual manera en la expresión misma, distintamente objetiva, oportuna en el giro de corte realista y en la imagen fehaciente. A veces la descripción se extiende hasta la minucia notarial, pero raro es que el argumento pierda impulso en esa complacencia de lo enumerativo. En aquel mundo costarricense el diálogo es dechado de costarriqueñismos y posee las modulaciones, lo quebradizo y digresivo de la charla casual y la murmuración junto al fogón casero, o el chisporroteo y la listeza petulante de la garrulería de las taquillas, galleras y baratillos.

Sigamos con el tratadista nacional, el profesor don Abelardo Bonilla, inolvidable maestro y culto hombre de letras que expresa lo que sigue en su "*Historia y Antología de la literatura costarricense*".

MANUEL GONZALEZ ZELEDON y el realismo costumbrista en la literatura nacional.

MANUEL GONZALEZ ZELEDON, junto con GARCIA MONGE, creó una escuela que impuso el triunfo del realismo. Su obra, como la de AQUILEO ECHEVERRIA en la poesía, no penetró hondamente ni en la naturaleza ni en el hombre costarricense, no trató sus grandes problemas, pero fue el punto de partida del movimiento literario que culminó con el auge de la novela en 1940, ("movimiento de inmersión audaz en el paisaje, en la psicología y en la angustia, que son su característica. Impuso el triunfo del realismo, en cuanto liquidó o dejó en un segundo plano, la literatura preciosista de concepción europea y poética").

Del ensayo titulado "*Cómo pronunciamos nuestra lengua y conversaciones sobre literatura costarricense*", del Profesor Isaac Felipe Azofeifa, poeta y buen conocedor de las letras nacionales, son estas apreciaciones.

Magón pertenece por entero a esa generación que entra en sazón y madurez al mismo tiempo que las condiciones económicas y sociales experimentan el auge más favorable de nuestra historia. ¿Qué hace en lo literario esta generación? Adopta una actitud original ante nuestra realidad: se pone a mirar en derredor, emprende la tarea de llevar nuestra alma criolla a la literatura. Mira con una simpatía extrema y con un amor clarividente, — no con amor ciego y tonto—, nuestras costumbres, nuestra lengua, nuestra historia, y a nuestro hombre del campo y de la ciudad. Hace lo que se llama realismo en literatura. Diríase que se vuelven todos ojos para apreciar en todo su detalle las cosas, y manos para tocar amorosamente la realidad. Demos algunos nombres, los de las figuras máximas: Magón y Aquileo, Ricardo Fernández Guardia, Joaquín García Monge, Jenaro Cardona, Gagini, González Rucavado, Yoyo Quirós.

Esta generación se abrió paso luchando contra la idea predominante en muchos escritores de la época, de que lo folclórico, lo autóctono, lo vernáculo, es decir, lo peculiar de nuestro país y de nuestro pueblo: lengua, costumbres, creencias, no podían ser materia para forjar un arte, una literatura que valiera la pena, que trajera prestigio a los autores y al país. Al paso les salieron a estas ideas, no sólo las obras de todos, sino defensores muy seguros de lo que estaban defendiendo, como Carlos Gagini, que escribió:

"Esforcémonos ante todo, en acumular materiales, en poner los cimientos del edificio que han de levantar nuestros descendientes" . . . "Pintar lo que se siente, el medio en que se vive y del cual estamos saturados, es lo único que lleva a la originalidad y al buen éxito".

De "El costarricense en la literatura nacional", escrito por el profesor don León Pacheco tomemos algunos de sus criterios.

Ambos, Aquileo y Magón, agotaron el tema nacional conforme a las manifestaciones sociales, económicas y políticas de su tiempo, que eran la culminación de las leyes de educación de don Mauro Fernández consecuencia, a su vez, de los principios educativos implantados por el Gobierno de don Jesús Jiménez de 1869. Es, pues, en el tema nacional de Magón y Aquileo que se cristaliza la primera visión del hombre costarricense. Se siente en las páginas de Magón, sin embargo, cierta nostalgia por el pasado y ese sentimiento lo hace aferrarse a una literatura de recuerdos personales que, a fuerza de serlo, hace aún más vago el tipo nacional. Las narraciones de Magón dan la sensación de un viejo álbum de fotografías familiares que se ven con regocijo, con una burla contenida al constatar que nosotros fuimos esos seres de la moda, que sin embargo dejan en el alma un rescoldo de pena y melancolía. (...) Los Cuentos de Magón son el mejor libro de memorias con que cuenta nuestra literatura nacional. Casi todos ellos se refieren a la vida del costarricense que vivió en la época del General don Tomás Guardia, es decir, a partir de 1870, que es a donde alcanzan los recuerdos del autor. Están escritos a partir de 1895. En todas estas páginas, en las cuales predomina cierta burla inocente, una deliciosa fisga campechana, campea el carácter apacible de nuestro campesino. En ellas San José no es más que la prolongación, sin transiciones estridentes, de una extensa campiña cultivada de café y en cuyo ambiente las clases sociales apenas si se diferencian. La misma mentalidad de sus tipos, su mismo sentimiento supersticioso que se bautiza a sí mismo espíritu religioso, su misma miseria que nivela una rudimentaria economía de tipo agrario, le dan un tono monótono a las páginas de Magón. (...) El sentimiento de la tierra Magón lo disimula en una serie de episodios entre socarrones y graciosos que en vez de dar una idea clara del alma del costarricense más bien la enturbian. El único en que éste aparece con todas sus características es ñor Julián Oconitrillo de La propia. Magón sacrificó demasiado a lo estivo, a lo regocijado, el análisis de los tipos nacionales, a los cuales miró con ojos de ternura quizá por ser sus personajes inolvidables. A veces parecen vislumbrarse en sus

dramas cotidianos, pero pronto se desdibujan muy probablemente por el placer que el autor sintió en gozar con el recuerdo nostálgico de las viejas costumbres de sus coterráneos. Sin embargo, existe toda una serie de valores ticos en estos relatos y sin ellos nos sería incomprensible ese instante de nuestra historia en que el país comenzaba a ser una nación con derecho a su mayoría de edad.

La naturaleza de este ensayo del profesor Pacheco, cuya tesis busca la esencia del hombre costarricense en la literatura, lo obliga a mirar los escritos de Magón como documentos. De allí que no le plazca siempre lo que hace nuestro escritor; y de allí se desprende también que no siempre es necesario que la obra reproduzca fielmente el medio a que pertenece, pues la potencia creadora del autor está forjando mundos nuevos que pueden o no coincidir con ese valor documental.

La Historia de la Literatura Hispanoamericana de Enrique Anderson Imbert, tratadista argentino, aparta un espacio para referirse a la obra de Magón.

En Costa Rica el costumbrismo —viejo en otras partes—, surgió a fines del Siglo XIX con fuerza nueva, como si fuera revolucionario.

El costarricense: MANUEL GONZALEZ ZELEDON, más conocido con el pseudónimo de MAGON (1864-1936), describió la ciudad de San José, ciudad que no alcanzaba a ser ciudad; la describió por dentro y por fuera, la vida del hogar, de la escuela, de la burocracia, de las tertulias de club y de café, de las vegas, de los valles y los cafetales; describió la pobreza, las fiestas, el amor, los tipos populares, lo cotidiano, las cosas vistas (y, en el campo, entrevistas). Y todo con la rapidez del conversador, con los coloquialismos dialectales, sin preocuparse de crear situaciones o dibujar caracteres. Era un observador de detalles, con preferencia por los groseros porque era un naturalista. Literatura del pueblo, para el pueblo y por el pueblo: fórmula democrática de escaso valor estético, pero mucho documental. Eso sí, no hay en Magón cursilería. Es un valor negativo. Tampoco hay empaque: otro valor negativo. No es que Magón sea Natural y desenvuelto, sino que en su costumbrismo no hay lugar para la cursilería ni para el empaque, porque tampoco hay lugar para la literatura. El tono es de regocijo, de ironía de travesuras. Pero lo intelectual de esta actitud no va más allá y por eso rara vez el cuadro de costumbres adquiere la arquitectura del cuento. Un cuento construido es el "CLIS DE SOL" (con antecedentes en el "¿Por qué era rubia?" de Alarcón); otro, "LA PROPIA".

Magón regresó al país el 16 de mayo de 1936 y murió poco después, el 29 del mismo mes y del mismo año. La Gaceta, Diario Oficial de la República de Costa Rica, en su Alcance No 122 de 30 de mayo de 1936 incluye este texto en su sección editorial

MANUEL GONZALEZ ZELEDON

"Después de treinta años de ausencia, regresó a la patria el 16 del mes en curso, el ilustre costarricense don Manuel González Zeledón, hasta esa fecha digno Representante Diplomático del Gobierno de la República en Washington. Regresó el señor González gravemente enfermo y en la tarde de ayer ha fallecido, causando su muerte profundo pesar en la sociedad costarricense y en el Gobierno de la República. Por los singulares méritos, altas virtudes cívicas y eminentes servicios prestados a Costa Rica, el Gobierno ha considerado la muerte del señor González Zeledón motivo de duelo nacional, declarando oficiales los actos de sus honras fúnebres y entierro, seguro de interpretar fielmente los sentimientos de los costarricenses y rindiéndole, al propio tiempo, el homenaje a que se hizo acreedor por sus constantes y eficaces empeños para prestigiar y dignificar a la República. Orador de excepcional ilustración y de superiores capacidades, de fácil y

elegante palabra, ocupó las más altas tribunas, como Diputado al Congreso Constitucional, como conferencista en los más prestigiados centros universitarios y científicos. Escritor, ha consagrado su pseudónimo de MAGON en una literatura regional netamente costarricense, que le conquistó renombre y prestigio dentro y fuera de la Patria".

Después de recorrer la obra de Manuel González, se tiene la sensación de haber adquirido un contacto más entrañable con esa Costa Rica que forjaron nuestros antepasados, por allí del último cuarto del Siglo XIX.

Se asoman diversos aspectos de la vida del costarricense, explotados con amor, con nostalgia, con ironía: el interés por la educación, la política, el patriotismo y la amistad; referencia especialmente al café, caña de azúcar y cacao. Desde entonces se observa cómo la nuestra es una economía agraria a base de un monocultivo, el café. Las clases sociales comprenden ricos (los levas), orilleros (gentes de suburbios) y conchos (campesinos). Sin embargo, no hay una marcada división de clases, a pesar del papel enriquecedor del café que originará la distinción entre peón y gamonal.

La mayor parte de los escritos se refieren a San José, con sus encaladas casas de bahareque y sus amplios solares.

Magón prefiere mostrar que criticar. Por eso se le atribuye superficialidad. Más que esto se trata de que ha elegido su propio ángulo de observación para recrearse con el detalle de las cosas. Aunque tiene rasgos cómicos, aquí, y más allá también, domina lo humorístico. Prefiere el ambiente de la ciudad al rural, pero éste le da la materia prima para las necesidades metafóricas. Las más amplias descripciones pertenecen a San José, ricas en localizaciones precisas: hasta podría levantarse un croquis con calles y edificios de nuestra vida capital. Prefiere mantenerse dentro de la Meseta Central. Conforme se aleja de la ciudad que lo vio nacer, las localizaciones incluyen menos detalles. En cuanto a otras zonas del país surgen esporádicamente: Matina cuando habla del cacao; el Pacífico, Puntarenas y hasta más allá de la frontera cuando la defensa nacional lo exige, como la Guerra del 56 o la oposición contra Rufino Barrios.

Hay sentimientos que nunca aparecen caricaturizados: amor, patriotismo, amistad.

Magón es un clásico de nuestra literatura; se acercó al pueblo y éste se dejó tomar por él, por lo cual desfila en las páginas de los cuadros de costumbres con sus virtudes y sus defectos tradicionales.

NOTAS

1. Se refiere a don Tobías Zúñiga Castro del Partido Unión Republicana.
2. Las obras que llevan este signo no son cuadros de costumbres pero por su tema caben en esta clasificación.
3. Consiste en desearle males a otro
4. Asteísmo
5. Usamos el término de metáfora como sinónimo de figura literaria

ANTOLOGIA

Si usted me pregunta cuál me gusta más, perplejo me veré para contestarle, todos son Magones y por igual los quiero. El clis de sol tiene más mala intención que sus hermanos, Un día de mercado en la Plaza Principal tiene más ánimos y más colores, Nochebuena tiene cierto perfumillo a cohombro y piñuela que no es del todo desagradable. Mi tío Chepe González asoma con pujos de patriotero y camorrista y huele a pólvora con humo y a mordisco de cartucho, ¿Quiere usted quedarse a comer? tiene su chispa y su ruborcillo y sus confesiones de pobre de levita, que no son despreciables.

(Carta de Magón a García Monge, 1910).

**“ODA A COSTA RICA”
(Fragmento)**

Más, ¿qué fruto no cuaja en tus montañas,
en los troncos y cañas,
o en la grácil familia trepadora?
Todos los hijos de la gran Pomona,
desde la dulce anona
hasta la agreste y espinosa mora.

La *anonassa sativa*, pina de oro,
encierra su tesoro
entre las duras hojas de esmeralda,
y al desprenderse de su verde cuna
dice adiós, una a una,
a las hijas que crecen en su falda.

La tuna y el jocote, y la guayaba,
las motas de la guaba,
el níspero y sismoyo y granadilla,
la toronja imperial y los limones,
los acres marañones
y la naranja que como oro brilla.

El mango, tinto de amarillas gamas,
fatiga allá las ramas
del árbol corpulento que lo cría,
y el zapote cenizo que lo hombrea,
destila miel hiblea
de sus turgentes pomos de ambrosía.

El nance y el hicaco y el caimito
con su jugo exquisito;
la poma-rosa dulce y perfumada;
los guineos que del Africa vinieron,
en tu suelo crecieron
y hoy forman prolífica parvada.

La granada imperial con su corona,
la que rubíes sazona;
el membrillo agri-dulce y aromoso,
que en bocadillos finos convertido,
es postre apetecido
que llena el paladar del más goloso.

Y como gran final, como remate,

el sabroso aguacate,
de los sabios *gratisima perseas*;
es el almuerzo succulento y sano
de tu feliz aldeano,
y el paladar del rico regodea.

.....

Es que tus hijos, patria idolatrada,
forman noble me nada
de que orgullosa estás y con justicia;
son sencillos labriegos, son honrados,
y están enamorados
de su madre feliz, de su Tiquicia.

Se enorgullecen de su estirpe hispana,
tienen la fe cristiana,
la lengua sin rival de sus mayores;
aman la paz defienden sus hogares,
y en sus simples cantares
hay amor y lealtad, jamás rencores.

Ansian la luz que la Cultura infunde,
y la doctrina cunde
en la ciudad, la villa y la aldea,
y como apóstol miran al maestro,
que estiman como diestro
en el noble cultivo de la idea.

Aman la libertad y sus derechos,
defienden con sus pechos
la ley por el tirano escarnecida,
y a la defensa de sus patrios lares
abandonan hogares
y en aras de tu honor rinden la vida.

Es un pueblo que el mundo ya proclama,
con merecida fama,
como noble dechado de naciones,
por su carácter leal, su limpia historia
y la justa memoria
de la bondad de sus instituciones.

El Juez, el Mandatario, el Congreso
respetan el proceso
de libertad completa en sus funciones;
y así boga la nave del Estado,
en paz y sin cuidado,
sin rozamientos, lucha o conmociones.

.....

Guarda también el libro de la Historia
sus páginas de gloria,
que refieren los hechos connotados
cuando acudiste a defender tu suelo,
cuando con noble anhelo,
tus labriegos tornáronse soldados.

Cuando con Mora y Cañas de caudillos,
tus labriegos sencillos
corrieron a los campos de batalla,
y defendiendo el pabellón amado,
pendón idolatrado,
enfrentaron el pecho a la metralla.

Cuando tantos quedaron sepultados,
por la muerte segados,
cubierta de laurel la herida frente,
enseñando a su prole y sus esposas,
que es un lecho de rosas
el campo del honor para el valiente.

Allí se distinguieron tus soldados,
valientes, arrojados;
no digo quiénes fueron, ya la Historia
de los hechos heroicos y los nombres
de esos preclaros hombres,
con letras de oro guarda la memoria.

Como el Erizo, todos héroes fueron,
todos juntos vencieron
al enemigo de la patria amada,
todo cuanto valía ofrecieron,
todo, todo lo dieron
por defender su libertad sagrada.

Y cuando a sus hogares regresaron
y gozosos cantaron
el Himno Nacional bajo tu cielo,
tornaron a empuñar el rudo arado,
ayer abandonado,
y abrieron surcos en el duro suelo.

En los surcos que con la reja abrían
las lágrimas caían
en recuerdo de seres bien queridos,
el padre, el tío, el primo o el hermano,
aquellos que la mano
de la muerte cruel, dejó tendidos.

Tú lloraste también, madre querida,
tu prole empobrecida,
diezmada por la peste y la metralla;

pero el llanto enjugaste, alta la frente,
resignada y valiente,
volviste del trabajo a la batalla.

MAGON, Nueva York, 1929.

PROPUESTA

Di'un negocio quiero hablarte
Que de malo nada tiene
Y si vos querés casarte,
Talvez viás que te conviene.

Tengo casa de caidiso
Con corredor y cocina,
Sala, cuarto y pasadiso,
Trastes y losa de china.

Solar grande, chayotera,
Yunt'e bueyes aperada,
Cabayo, vaca lechera
Y una yegua colorada.

Tengo a más, cafetaliyo
Que me da con qu'ir pasando;
A naide debo un cuartiyo
No bebo, ni ando peliando.

Mira vos si te conviene,
Qu'es muy formal mi propuesta,
Y así, pal Corpus que viene,
Celebraremos la fiesta.

Perdóname que te cuarte;
Pronto habís de contéstame,
Pa buscar en otra parte
Otro paliyo en qui'orcame.

MAGON, Noviembre 5 de 1929.

¡AL TROPICO!

Al Trópico? Quién, yo? Vaya una idea!
No quiero derretirme, de seguro;
Me revientan mosquitos y calores;
Denme hielos y nieves, se los juro!

Al Trópico? Quién, yo? Ni lo he pensado!
Jamás he dicho semejante cosa;
Allí se vive, mas con grandes penas,
Aunque es cierto que tiene cosas buenas;
Y allí la Primavera es muy sabrosa!

Al Trópico? Quién, yo? Puede que vaya
Algún día, talvez, mas no a quedarme;
Hay allí tanta luz, nardos y rosas
Y un montón de morenas deliciosas
De las que yo jamás podré olvidarme!

Al Trópico? Quién, yo? Me voy mañana!
Ya no aguanto más nieves ni aquilones!
Quédense ustedes con sus rascacielos,
Con sus bromos quininas, y pañuelos,
Si les place vivir como Laponos.

MAGON, Febrero 20 de 1930.

January

(7-359) Tuesday 7

1908

En el álbum de Olivia.

*Página blanca en que el Camión escribo
Aquí una palabra
Para el amor primero de tu vida
Sé que estaba guardada.
La reservaste para mí, no es cierto?
La se le dio al corazón llenarla,
Con inmenso placer la cubría
Con los pedazos todos de mi alma*

Costa Rica 1886

Poema manuscrito de Magón.

¿QUE PODRA SER?

El lunes hizo quince
Vide a Miquela
Muy de mañana
Y sin desajerales,
Nunca la vide
Tan regalana
Yo me quite'l chonete
Como acostumbro,
Pa salúdala
Y ella se puso entonce
Como una chira
De colorada.
Dende el día que la vide
Algo me ha dao
Aquí por dentro
Pos ya soy el mismo
Qu'era yo enantes
De aquel encuentro.
Es una cosa asina
Como congoja,
Com'un tortol
Que me apretara duro
Las entretelas del corazón.
Son como unos fogajes
Que se me suben
Dende los pies
Y unos suspiros juertes
Y unos bramidos
Como de res.
Paso toda la noche
Muy desvelao,
Sin poder descansar,
Hasta que llega l'ora
De levántame Pa trabajar.
Si será pendesitis
Lo que yo tengo,
¡Guárdeme Dios!
U si será otra cosa
Que me desija
Ver al dautor!
Pero jayo curioso
Que si Miquela
Nos viene a ver,
Me pongo mejorcito

Y se mi'olvida
Mi padecer.
Dice Mama que Tata
Le dio lo mesmo Cuando era pión
Y que con el casorio
Al día siguiente
Se le quitó.
Yo he tomado bebedisos
De giniocuabo
Con verolís

Y gengibre apagao
Con oja'e guaco
Y agua de anís
Pero la cosa sigue,
Y cada día
Me pongo pior;

*Ami excelente amigo,
fueres escritor, patriota distinguido
a quien ha puesto a Costa Rica en el
mapa literario universal, y a quien
con su "Repertorio" está dando a las letras
españolas altísimo prestigio.
Carísimamente,
Magón*

Texto de una nota que le envió Magón a Joaquín García Monge acompañado de una obra poética,
(se adjunta en la Antología con el nombre de: "Campos de mi Patria").

CAMPOS DE MI PATRIA

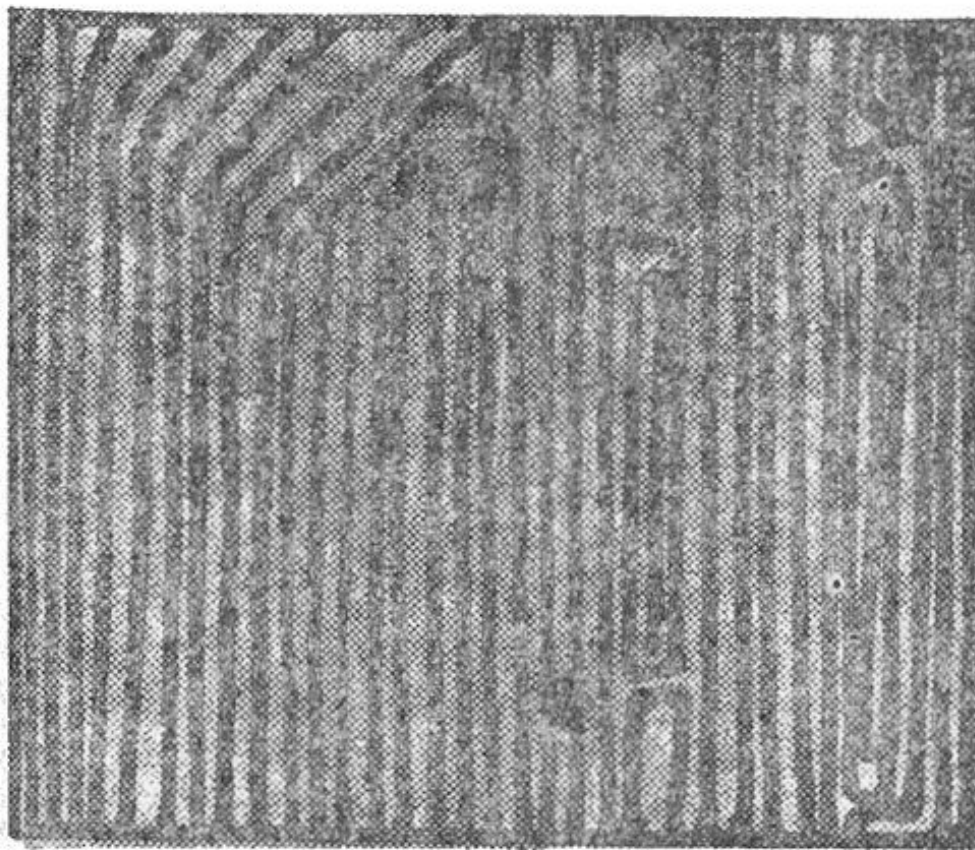
Oh campos de mi patria bien amada,
Costa Rica adorada!
Oasis florido en el desierto humano,
donde el jilguero canta sus amores;
huerto lleno de flores,
cinto de oro del Mundo Colombiano!

Oh tierra tica do nací a la vida,
nunca mejor querida!
quiero cantar tus glorias y tus penas,
quiero cantar a tus campiñas bellas,
terrenales estrellas,
de inmensa gracia y de hermosura llenas.

Dale a mi caramillo suave acento
en tanto que yo cuento
las grandiosas escenas de tu suelo
en el que plugo al Dios de mis mayores
volcar todas las flores
semajando los cármes del cielo.

magón

LA PROPIA



MINISTERIO
DE CULTURA,
JUVENTUD
Y DEPORTES

TEXTOS
BREVES Y
EXTRAORDINARIOS
1

Portada del cuento "La Propia" de Magón con que inició el Dep. de Publicaciones del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, la Serie "Textos Breves y Extraordinarios"

LA PROPIA

La casita es un enjambre. Enjalbegadas con cal las chatas paredes del amplio corredor y adornadas con vivos azules las anchas ventanas que dan luz a la espaciosa sala. En una de las esquinas de aquél, un mocetón robusto, cubierto de sudor y polvo, no da punto de reposo al manubrio del Campeón, que avienta y clasifica el café con sonidos de cascada que fingen los granos al revolverse entre el cilindro espiral de la criba de alambre, y con mugidos de huracán que imitan las paletas que lanzan al aire, como columnas de humo amarillento, la cascarilla que los rayos del sol desprendieron del aromoso grano y que, arremolinada por el viento del aparato, va formando en el costado de la casa, un montículo dorado.

A lo largo de las paredes del corredor están las escogedoras apartando con primor los granos negros y quebrados sobre las lisas tablas de las mesas y dejando caer por las tolvas los granos limpios y parejos, que van llenando, puñado a puñado, sacos panzudos. No paran las manos, ora persiguiendo el negro, ora entresacando el pedazo, apartando los palillos, espulgando los terroncitos y las piedrecillas y empujando con el filo de la mano y el desnudo brazo, el montón de los escogidos; mas tampoco paran los ojos ni las lenguas: aquéllos para miradas de envidia a las afanosas, para guiños a los peones de acarreo, que con sus delantales de gangoche amarrados a la cintura, llenan las mesas o recogen y cambian los sacos; éstas para la charla salerosa, el chiste picante, la relación de la aventura pasada o para el secreto de los proyectos de la venidera. La morena regordeta del rincón canturrea la última polka escuchada a la filarmonía de la villa; la negrilla orillera refiere a la vieja zarrapastrosa, su vecina, un cuento de espanto; la vieja estruja trabajosamente con las recias encías un grano caracolillo, a la par que babosamente chupa un chircagre resistido; un grupo de cholillas alborota entre carcajadas que les remueven las flácidas panzas, celebrando la torta que les refiere una rubia descolorida y pecosa, con cara de candela derretida; y allá en el extremo, en mesa aparte un pedazo de cielo tropical como solo en esta tierra bendita se ven y como sólo este suelo los produce: una muchacha de quince años, alta, flexible, como rama de guayabo de carnes firmes como el guayacán, de ojos y pelo negrísimos como el güisoyol, de dientes parejos, blancos, pequeñitos, como granitos de elote tierno, morena con el tinte del cobre viejo y con la eterna y provocadora sonrisa en los carnosos labios de pitahaya; y una gracia, un contoneo y un palpar de pasiones ardorosas cabrilleando en las húmedas pupilas, ensanchando las ventanillas de la nariz, vibrando en el turgente seno; es María Engracia, la guaría de Escázú, el macito de muestra de aquella villa famosa por sus muchachas galanas.

En la sala, ñor Julián Oconitrillo, el dueño del beneficio y del cafetal y del cerco y del potrero y de la "bueyada" y de las sacas de leña y del trapiche del bajo y del cañal que lo rodea y del potro azulejo que en el caedizo se regodea con su buen cajón de pasto picado, atiende a la delicada tarea de la pesa de los sacos llenos, a la costura que sus hijos Bernabé y Zoila desempeñan y a la marca que Micaela su mujer les planta orgullosa con la lámina perforada J. O. London" y la brocha untada de negrísimo betún.

Ñor Julián, cholote panzudo, peliparado, afeitado de barba y boca, con camisa gris de lana, pañuelo de seda arrollado al pescuezo robusto de toro, banda de redecilla que ciñe por bajo del vientre el calzón pardo de casimir y calzado con zapatos burdos de becerro amarillos. Cuenta cuarenta y ocho años y es gamonal y tagarote de peso en todo el cantón, en donde en la administrativo es Munícipe del Ilustre Ayuntamiento, en lo religioso, Vicepresidente de la Junta de Edificación del Nuevo

Templo, y en lo político, es nada menos que Presidente Honorario del Gran Partido Progresista que trabaja por la candidatura presidencial del eximio Coronel don Torcuato Morúa.

Ña Micaela, como de treinta y cinco años, flaca, enfermiza, avejentada por el trabajo rudísimo de la piedra y de la batea en sus dieciocho años de matrimonio. Bernabé, de diez y siete años por el estilo del tata, y Zoila de quince, con cara bonita y expresiva, pero de cuerpecillo enclenque y desmedrado.

Los mocetones alzan en vilo, con un vigoroso empuje de caderas, los sacos repletos y se los encajan en la membruda espalda y encorvados y haciendo resonar en el duro suelo sus talones de hierro, van tirando la carga en las carretas que el "bueyero" acomoda. Pela un muchacho con su afilado "Colis" las sabrosas cañas y partiéndolas en cabos, las ataruga en los hocicos de los bueyes, ya ocupados con el verde "cojollo" cuyas colas tiemblan a cada magullón de las poderosas quijadas y por cuyas hojas ásperas y cortantes corre la babosa espuma en hilos mucilaginosos, en tanto que las tenaces moscas saltan de las húmedas narices a los ojos y de los ojos a los lomos, de donde las espanta el colazo siempre tardo o las ahuyenta la vibración del músculo bajo el elástico pellejo del sufrido bruto. De cuando en cuando, un cinchazo cruza la cerdosa barriga de un marrano que arrebató un trozo de caña y el ratero salta chillando y se zambulle entre el fango de la paja de agua, en donde gruñendo mastica la dulce presa y la convierte en amarilla estopa.

Allá a lo lejos aguija otra yunta un chiquillo, a horcadas en el volador, y las macizas ruedas de piedra pasan y repasan machacando el café y desprendiendo la cascara, en la trilla circular. Como granizada resuena en el patio el café que los peones remueven con palas de madera, unos extendiendo el mojado, otros volteando el que está a medio palo, otros amontonando el seco. Por todas partes el sol de febrero, rojo como cara de borracho, quemante, abrasador, llenando de vida exuberante a la campiña, dorando la lejana loma, reseca la tierra desnuda, achicharrando los jarales, despellejando los troncos de los árboles viejos, metiendo sus rayos, como hojas de machete nuevo, entre las breñas y fingiendo relucientes monedas de oro en la fina grama de la espesura. Ese sol que es nuestra gloria, sol tico, amigo nuestro, el gran peón sin salario, que vigorosa el cafeto, barniza la hoja, hincha de miel la roja cereza, seca el abejón, rasga la cascarilla, colora el pergamino, azulea el grano y...

*...el aroma le da, que en los festines
la fiebre insana templará a Lieo.*

Mucho le gusta a ñor Julián, pero mucho la tal María Engracia. Mucho se le arrima, mucho le ayuda a escoger, con sus dedotes de guineo morado, y con disimulo le atiza piropos vulgarísimos a la vez que le echa café casi limpio en su mesa y le hace cachete en la medida. Todos lo notan: la rubia descolorida ya se lo hizo ver a las cholas, una de éstas al mocetón del aventador, éste a un arriero. Ña Micaela no las tiene todas consigo, pero teme tanto la brutalidad del padrote, que a nada se atreve; ya una vez, reuniendo toda su energía, le dijo:

—Fulián, podías dejar quieta a Engracia... —Y vos podías estar en lo que estás y dejarte de fisgonear lo que no te importa.

Y la infeliz mujer masca sus celos junto con sus rezos, haciendo promesas al Santo Patrono del pueblo, que en pintarrajeado camarín de hoja de lata brilla entre clavelones en el testero de la sala, o ya cuando el retorcido corazón se le sube a la garganta y allí se le anuda y va a deshacerse en copioso llanto, se levanta presurosa con el pretexto de encandilar el fogón de la cocina y allí desahoga a solas sus angustias y a su regreso se queja en alta voz del humo corrosivo de los tizones que enchila los ojos.

—¿Idiái, te resolvés? —susurra ñor Julián casi al oído de María Engracia.

—Hable usted con mama —contesta la mo-renilla ruborizada.

—Bueno, avísale que esta noche iré.

El sátiro se retira y finge inspeccionar la yunta de mansos pailetas que el muchacho está "cojollando".

—¿Verdá, ñor Fulián, que al güey viejo le gusta el cojollo tierno? —insinúa el chacalín con sorna.

El gamonal coge al vuelo la puya, enrojece de cólera y con un "abrevia mocoso", da por terminado el incidente.

La madre de María Engracia no se hizo de rogar mucho; fingió al principio grandísima indignación que fue paulatinamente disminuyendo a la par que fueron en aumento las ofertas del padrote: seis onzas para entejar el rancho, un rebozo de seda de los atorzalados y una cerda parida desvanecieron los escrúpulos de la otra marrana y dieron por cerrado el infame trato. Ñor Julián se adueñó de la vendida fortaleza. El señor vicepresidente de la Junta de Edificación del Nuevo Templo se hizo cargo desde esa noche, de costearles la penosa vida a la arpía y a la manceba.

Y fiestas van y fiestas vienen, y allá ruedan las cuartas de India tras las enaguas de todos géneros y colores y las camisas lentejueladas y las cintas como franjas de arco iris; a más de rebozos salvadoreños y chales tornasolados y aretes y gargantillas de oro, sortijas de carey encasquilladas y peinetas y pañuelos chinos y hasta un caballo fino pasitrotero aperado con montura de ante.

Y siguen los paseos al Puente de las Muías, y a la Catarata del Brasil, y a la romería de Esquipulas, y a la Pasada de la Negrita, y turnos, toros, retretas, juegos de pólvora y... ¡la mar...! El viejo estaba embobado en la conquista y ésta le chupaba la sangre y los reales con vigor de tromba marina. Sólo una idea bullía en el encandilado cerebro de ñor Julián:

"dale gusto a la Engracia" y sólo un sentimiento hormigueaba en el corazón de la muchacha: "sacarle los riales a ñor Fulián" y ambos cumplían a maravillas sus propósitos.

Pasaron así tres años: los "Lachures" ya no querían hacerle más adelantos a ñor Julián; el Partido Progresista había sido derrotado en las elecciones y el Coronel Morúa había muerto de despecho; el precio del café no daba ni para la cogida; la garrapata se llevaba las reses dundas; el Gobierno rehusaba recibir dulce de los que habían sido contrarios, y el chapulín había arrasado milpas y frijolares.

Las cosas, para ñor Julián, eran cada vez peores; hipotecado el beneficio, vendida a ruin precio la montañuela; ña Micaela, acogida al último jirón de su escasa energía, se negaba a dar la firma para hipotecar el cañal y el trapiche que eran su hijuela paterna; las deudas engrosando con los intereses que se acumulaban, y el embargo como la espada de Damocles pendiente del cabello que en su mano sostenía el abogado de los acreedores. Pero Julián no ponía remedio: cada vez más encalabrinado con su amachinamiento y la morenilla cada día más pedigüeña y antojadiza. ¡Y se rompió el cabello y cayó la espada!...

Cuando el depositario nombrado por el señor Juez Civil tomó posesión de los bienes, Julián estaba de paseo en la Boca del Rio Grande con la manceba. Ña Micaela sé llevó su camarín con su Santo, Zoila se echó al cuadril el escuálido motete de los trapillos de ambas; bañadas de lágrimas abandonaron la casa en donde hacía veintidós años que aquélla había entrado feliz del brazo de su

querido cholo y en donde de la otra había nacido, se había mecido su hamaca y había echado aquel cuerpecito canijo. No estaba con ellas Bernabé: el pobre mozo, harto de vergüenzas y de improperios, había decidido buscarse la vida en las selvas de Santa Clara, en donde hacía dos años que tragaba miasmas y tiritaba sudando paludismo.

La negativa de ña Micaela dejaba libres el trapiche y el cañal, pero Julián se había hecho gato bravo con ellos y los explotaba con el descuido de quien no los quiere porque no son suyos.

Allá en la Boca, hubo amagos de tempestad: ñor Julián siempre celoso con su adorado tormento, notó que María Engracia no miraba con malos ojos a Aureliano, mandador de las fincas de don Leoncio, mozo apuesto y pendenciero, gastados y rumboso, tocador de vihuela y echador de coplas. De las explicaciones resultó el mocito ser primo segundo de la hembra, por parte de madre y que la morenilla había sido sacada de pila por el mismísimo padrino a quien Aureliano rezaba el bendito...! A pelo quemado o cosa parecida le olieron los parentescos de consanguinidad y espirituales al taimado viejo y, como a él nadie se le enredaba entre las patas, al rayar la luna voló con su presa y ya el sol principiaba a asarles la cara, cuando se apearon a sestar en los Nances. Lo que el viejo decía a la chiquilla, con hartos ademanes y visajes:

—¡Mira, si no me cuelga el güecho! —Y se pasaba el filo de la ceniza manota a raíz del robusto pescuezo.

—¿Pero de onde saca...? —murmuraba Engracia.

—¡Callate, pava! Lo que es en otra encebáte vos, ¡y que ese fantasioso se encomiende a las ánimas!

—Y besaba con chapoteo de sus carnudas jetas las cruces que en la diestra y siniestra mano ostentaba.

Cuatro cañas medio enguarapadas, molía ñor Julián en el desvencijado trapiche; María Engracia espumaba con el pascón de guacal la hirviente paila y ambos, con el auxilio de un peoncillo, sacaban la tarea de olorosas tapas, que la vieja alcahueta iba envolviendo en atados con hojas secas de caña y plátano. Poco le había lucido su tercería a la infame arpía: mal comida, mal servida y peor tratada por ambos, era la bestia de carga de la pareja: ella aguijaba la desmedrada yunta que movía las pesadas masas del trapiche; ella atendía el hacinamiento del bagazo; ella arrastraba penosamente los pesados troncos con que atizaba la hornilla; ella acarreaba baldes de agua para mojar los moldes; ella espantaba los chanchos, que por comerse las cachazas, amenazaban destruirlo todo; ella cocinaba, ella lavaba; ella molía el maíz y cuando al final de un día de molida iba a descansar sus huesos y su pellejo, servíale de cama un camastro de varillas con un cuero seco por toda estera y un cobo andrajoso por toda cobija.

Aclarando el día, montaban Julián y la muchacha, llevando a la zoga una yegüilla canija con los zurriones repletos de dulce y temprano arribaban a San José en donde, en su puesto del mercado, extendían la venta; él regateando con los marchantes, ella enmochilando los reales y dando los vueltos.

Este sábado, parecióle a ñor Julián haber visto, entre el gentío que se apiñaba por las ventas de maíz a Aureliano, disimulándose tras la carpa de una trucha, con la mirada clavada en María Engracia, quien se hacía la tonta. Y por sí o por no, echó a ésta un soberano viajazo que ella recibió con estudiada paciencia, abriendo desmesuradamente los negros ojazos, como admirada ante tamaña injusticia.

Sofocante era el calor; el vaho nauseabundo del rebaño humano cosquilleaba en las narices y apretaba las gargantas. Eran ya las dos de la tarde y el cielo caliginoso se cubría de pesados nubarrones asfixiantes; mayo no soltaba sus refrescantes aguaceros y los vientos alisios se habían despedido de la tierra tostada por el sol.

Gruesas gotas de sudor rodaban por la mofletuda cara del dulcero y empujaban el bronceo pecho, pegando el escapulario mugroso al pellejo ennegrecido.

Nada más natural que la ocurrencia de María Engracia:

—Voy a ir corriendo a La Violeta, a beber-me un fresco. ¿Quiere que le traiga una kola?

—Pero espacháte pronto pa que alcemos, —contestó Julián. Y ella se fue, llevándose entre el seno la mochila de la venta.

Angustiábase el viejo con la tardanza de María Engracia: media hora larga había pasado y la morenilla no aparecía.

—¿Cómo está, compadre? —dijo al acongojado dulcero, un viejo humilde y pobrísimamente vestido, de mirar franco y cariñoso, surcada la cara de arrugas y de miseria.

—Ahí vamos, ñor Rivera, ¿y usted?

—Como Dios quiere. Cuénteme, ¿Cómo sigue mi ahijao Bernabé? ¿Es verdá que está en el Hospital con fiebre de la Línea?

Julián nada sabía de la triste suerte de su hijo pero un resto de pudor hízole mentir ante la inesperada pregunta y la mirada inquisidora del compadre y respondió un tanto turbado.

—Pos ya ve... regular... como yo estoy desa-partao y la madre concertada... él prefirió que lo llevaran al Hospital... pero yo voy a verlo cada vez que bajo... No es fiebre de la mala, son cuartanas que con hoja de guarco y con solfate....

—¿Y cómo me acaba de decir comadre Micaela, allí en las ventas de la ropa, que esta mañana lo vido y que estaba sin sentío...?

—Sólo que se haiga empiorao; voy horita mesmo a verlo ¿Quiere tenerme la venta un ra-tico mantres voy? El atoo es a cuarenta y la tamuga, a seis reales. No me tardo.

Y Julián salió desalado, haciendo exclamar al compadre:

—Lo que es él será mal marido, pero es buen tata. ¡Dios lo lleve con bien y le aliente al muchacho!

A la Botica de La Violeta había dicho Engracia que iba a tomar el refresco: para allá corrió Julián; no iba a buscar médico ni medicinas para su hijo moribundo, iba a ver qué se había hecho María Engracia. ¡Excelente tata!

Nadie le dio allí informe alguno satisfactorio; ciego de coraje y espoleado por los celos, voló al corral en donde amarraba las bestias; sólo la yegüilla canija estaba allí; los dos caballos habían desaparecido; a las anhelosas preguntas de Julián, la vieja que percibía el peaje contestó con esta terrible bofetada:

¡Si hace tamaño rato que ella misma vino y se fue con Aureliano Meléndez y dijeron riéndose que usted pagaba el seste!

Y Julián, tras una horrible blasfemia, echó a correr como un loco por el Paso de la Vaca, camino del río Torres.

Se acercaba la media noche; la luna bregaba por asomar su cuerno menguante por las rendijas de los negros nubarrones que aquel día de horno había amontonado en el cielo; el estrecho valle del Lazareto Viejo bostezaba entre los altos acantilados del Virilla, embozado en espesa capa de niebla; los cafetales yacían solemnemente silenciosos y al pie de los cuajiniquiles y los plátanos de hojas despedazadas por los vientos del pasado abril, los grillos coreaban con sus herrumbradas dulzainas; una que otra candelilla encendían su cirio funerario en la margen de la acequia, alumbrando el de profanáis que entonaban los sapos y allá en la loma se estrellaban los ecos del medroso ladrido de los lambuzos atosigados por la sarna.

En una de las piezas de la hacienda de Las Animas, dormían entrelazados, hartos de tragos y de voluptuosos deseos, fatigados por la bestial orgía, Aureliano y María Engracia. Un cabillo de vela de sebo chisporroteaba próxima a hundirse entre la botella que le servía de candelera.

El débil cerrojo de la puerta cedió al empuje vigoroso de Julián y, antes que Aureliano pudiera defenderse, una tremenda puñalada le dividía la carótida izquierda; brotó la sangre en espumoso chorro y una voz de angustia infinita hendió siniestramente los aires en el silencio de la noche, volviendo el pesado cuerpo a desgajarse entre la cuja. María Engracia, a quien el terror prestó alas, saltó por encima del agonizante y se lanzó dando alaridos por entre el cafetal.

Acudieron los peones de la hacienda con realeras y linternas y lograron desarmar al asesino que seguía apuñaleando a su víctima con saña fiera, lanzando imprecaciones espeluznantes y carcajadas aterradoras.

Amarrado a la cola del caballo del juez de paz de la Uruca y rodeado de una fuerte escolta de mocetones armados, hizo su entrada a esta ciudad el reo, en la mañana del domingo. Cerraba la comitiva la improvisada camilla de tijereta en la que el cadáver de Aureliano era transportado. Ya en las cercanías de la cárcel, dos mujercillas agarradas furiosamente de los moños, se revolcaban en el hediondo caño, cubriéndose de arañosos y denuestos; la Cinco Pelos, enclenque y desmedrada, llevaba la peor parte; uno de los de la guardia, que la conocía, acudió presuroso en su socorro y no logró que la otra soltara su presa, hasta que no le dijo:

—No ves que ahí traemos al tata amarrado por una muerte!

¡La Cinco Pelos era, en efecto, Zoila, huida años antes de su concierto con un policía de los de Orden y Seguridad!

Todo lo confesó Julián al señor juez del crimen. Allí mismo se dictó el auto motivado de prisión y el reo quedó incomunicado.

No bien el corneta de la Cárcel había alborotado al vecindario despertando a los dormilones con su toque de lista de siete, cuando una viejecita enlutada y llorosa, cubriéndose la cabeza llena de canas y con el rebocillo hecho jirones y llevando bajo el huesoso brazo una cobija de lana colorada, se acercó tímidamente al Alcaide y con temblorosa y humilde voz, entrecortada por los sollozos,

pidióle permiso para ver al reo y para entregarle a más de la cobija, un medio escudo que trabajosamente desanudaba de una punta del pañuelo de hombros.

—*¡Eche acá la plata!*—

Y empujándola groseramente hacia la sala de visitas, en donde el reo conferenciaba con un taimado tinterillo, exclamó:

—*¡Conitrillo... esta vieja quiere hablarte; ¿es algo tuyo?*

El reo alzó rápidamente los ojos, pero_ al reconocer a la intrusa, sin levantarse siquiera a recibirla, con aire indiferente y fatigado, contestó:

—Sí, señor; ¡es la propia...!

UN DIA DE MERCADO EN LA PLAZA PRINCIPAL

Yo vivía en la casa de mi abuela doña Chanita Castro, establecimiento "El Toro", esquina opuesta a la del Seminario, junto a la fábrica de hielo de Chaves y taller de Ricardo Méndez. Desde muy temprano oía, al través de la anchísima pared de adobes, el constante rodar de innumerables carretas por el empedrado desigual de la calle, y el rumor más o menos sordo me hacía inferir el contenido. —Seguro que esa cal es de Indalecio Fallas.

—Y esa otra es leña, y ése que acaba de parar en raya el chirca enfrente de la pulpería, es Juan Ureña: oílo pidiendo su trago.

Ya en la pulpería, abierta desde las cuatro de la mañana, se oía el murmullo de las conversaciones de los parroquianos.

—¡Buenos días, Pedro!

—Buenos se los dé Dios, Ureña.

—Echeme unos tragos pa mí y pa los muchachos. ¡Arrímense a espantar el diablo!

—¿Qué tomas, Indalez?

—Pa mí un isná con gotas.

—Pa mí cususa.

—Pa mí un mistao.

Se oía el rastrilleo de los caites de los "muchachos", el golpe seco del eslabón y los pasos de los que, ya con el diablo "espaniao", volvían a su faena de "bueyeros".

Pronto, el paso "picao" largo de un macho "mosquiao" denunciaba la presencia de don Mariano Monge. Paraba en la pulpería, entraba haciendo resonar las rosetas de las espuelas, tomaba un ron de a diez, sacaba del pecho de su cotón de jerga su buen bolsillo de seda repleto ¿e cuartas y plata blanca, pagaba y se volvía a montar en su "mosquiao", con más aires que Roldan y más plata que el Gobierno. Ya en la esquina, volvía el macho y con aire altanero preguntaba:

—¿Se debe algo?

—Ño señor, está pago —decía Pedro.

Y don Mariano se alejaba.

A las seis de la mañana, ya estaba yo Debiéndome mi bebida y preparando los sacos y canastos para ir con Chanita a comprar el diario.

—No te se olvide el saco pa la verdura, y cuidao con andarte perdiendo; ¡ya sabes que compramos en el canasto y vas echando en el saco que dejas onde don Pepe!

—Mamitica —decía mi madre— me compra las moras y el almidón de Cartago, y si hay pacayas, tráigale un diez a Joaquín.

—Y a mí un cinco de coyolitos para comer con dulce.

—Y vea que el dulce sea del fino de ñor José María Rivera; el del otro sábado estaba revenido.

—¿A cómo estarán hoy los frijoles de Santa Ana?

—¡Sepa Judas! Si se está uno comiendo materialmente la plata; hoy hace ocho no rebajaban de quince el cuartillo; eso y los güevos, qu'están a cuatro por medio, va'ber que dejar de comerlos.

La cocinera, consejero nato de mi casa, era consultada previamente acerca de la especie, calidad y cantidad de los víveres; y ella, con sus "naüillas" de zaraza de color indefinible, su camisa de gola y su pañuelo de rabo de gallo en el pescuezo, contestaba con tono magistral, a la vez que se pasaba por las narices y lagrimales una de las puntas del pañuelo de hombros:

—Pos yo conozco los ayotes pejibaye de pellejillo con sólo enterrarles la uña y que sean bien esparramados, los di'onde ña Custodia Cordero son como buenos.

—Y si ve a Concho el de mana Menegilda, mérruele los tacacos, que son sin estopa, y hora que digo estopa, no se li'olvide trese achote del de tusa y el librillo pal mais.

Tras de ése seguían mil encargos; Chanita cogía una sombrilla y su pañolón, yo la canasta y los sacos, y ambos emprendíamos la marcha hacia la Plaza Principal, hoy Parque Central. Todavía en la acera de las niñas Freer nos alcanzaba dando grandes voces la chichigua de Marcelina para decirle algunas palabras a Chanita, de las que a mi oído apenas si llegaban las palabras de tripa..., bitoque... y otras de las que nada sacaba en claro.

La Plaza Principal, con su baranda de hierro, sus hermosos higuerones e higuitos y su pila monumental, únicos testigos mudos de aquellas escenas, era el lugar de mercado a donde acudían los vendedores y compradores, unos en espera de la módica ganancia, los otros en busca del pan nuestro de cada semana.

Las calles circunvecinas estaban cubiertas de truchas, armazones de madera y techo de manta, tiendas ambulantes, unas de ropa hecha, otras de artefactos de hojalatería, otras de tiliches y en fin, otras de santos o cromos de carácter puramente religioso. El gran rectángulo estaba lleno, en variada confusión, de víveres, entre los que descollaban enormes montones de papas, ayotes, zapallos y repollos, grandes cueros secos en forma de batea, llenos de maíz, frijoles, espléndidos tendidos de atados de dulce oloroso a caña, e infinidad de ventecillas de vainicas, chayotes, elotes, nabos, coles, rábanos y todo el gremio de las sabrosas verduras que adornaban nuestras succulentas ollas. Las frutas eran a la vez que abundantes, de una risible baratura: mangos, limas, pejibayes, tunas, naranjas, cidras, plátanos, verdes y maduros, guineas amarillas y moradas, guineos machos, pinas, membrillos, duraznos, higos verdes, matasanos, nances, aguacates, zapotes, mara-ñones, coyoles, y en fin, ese millón de riquísimos dones, con que la naturaleza virgen de este privilegiado rincón de la tierra ha empalagado a todas las generaciones de chiquillos.

Frente al Cuartel Principal, y dentro de la Plaza, en correcta fila estaban arrodajadas las vendedoras de melcochas, "sobad", "güesillas", rosquetes de Alajuela, bizcocho, empanadas de chiverre,

turrone, puros de iztepeque y bajeras, con sus mercancías sobre sendos canastos cubiertos con servilletas de hilo, adornadas con caballito rojo o encaje de tres puntadas. Seguían las polleras, vendedoras de huevos, gallinas, chompipes, patos y demás volátiles, después los molejoneros y por último las moreras, con sus vestidos característicos de pursiana azul con ojos blancos y sus jucos Henos de sabroso fruto.

En la banda oriental, con largos cajones a modo de bancas, su cuchillo de mesa oxidado y su reglita o medida llena de muescas, campeaban los jaboneros, entre los que figuraban muchachos de familias decentes. Recuerdo que a las doce en punto, con el cuchillo y la medida, redoblaban sobre el cajón acompañando al tambor del Cuartel y no era posible que despacharan ni una barra hasta que habían terminado su tarea de redoblantes.

Seguían a estos alegres vendedores los arroceros y negociantes de cacao, con su mochila de pita colgando del cuello, encerrada en el pecho, sus manos empolvadas y carrasposas, y siempre mascando granos del mejor Nicaragua o del Malina más colorado. Después los hojalateros con sus rallos de latas de canfín, sus jarros, sus platos con abecedario en el borde y elefante en el centro, sus santos con vidrio y marco lleno de soldaduras, sus camarines cuajados de soles, estrellas y medias lunas coloradas, verdes y azules, su hornillo y sus candiles, tintero viejo de "decido" y barra de soldadura para remiendos instantáneos.

—¿Cuánto me lleva por echármele marco a mi Señor San José?

—¿Con vidrio o sin vidrio? —Con vidrio porque se me destiñe. —Seis reales.

—Trato hecho; ahí se lo dejo y vuelvo el sábado; y dígame, ¿mañana podrá cogerme una gotera de limajoya?

—No señora, eso sólo Majan o Mates.

Seguían los herreros, entre los que descollaban las figuras de Mr. Berry y el maestro Santiago Muñoz, con sus tendales llenos de armellas, nachas, bisagras, llantas, bocinas, varillas de carreta, etc., todo criollo, hechizo, con el color que les dejaba la fragua y las ralladuras de lima. Tras éstos vociferaban los chiquillos pajareros, arrimados a las gradas de la pila, con sus jaulas de tora y verolís, unas ordinarias, otras en forma de cuartel o iglesia con torrecillas, e invariablemente la caja de sardinas llena de agua herrumbrada y la guinea o la escudilla de alpiste.

—¿Cuánto pide por ese agüío? —Treinta.

—¿Y por ese setillero?

—Se lo doy en cuarenta y cinco, porque es collarejo y cantador.

—¿Ese yigüirro es macho?

—Pues claro, hora está haciendo enredijos, y eso que está peleche.

Y cada uno salía con su viuda, su rey de picudo, su canario de costa, su mozotillo o su cacique naranjero.

Y por todas partes, atropellando viejas, regando sacos, deshaciendo montones, en medio de los denuestos de los perjudicados y las risotadas de los espectadores, con su cajón de pino a la altura del vientre, sostenido por ancha correa de vaqueta, lleno de tiliches como botones, agujas, aretes,

gargantillas de perlas falsas, broches, cintas de papelillo, betún de Masón, mechas para eslabón y mil otras chucherías baratísimas, y con las manos llenas de pañuelos de a diez y rosarios de cuentas de vidrio, pasaba, saltaba, vociferando su mercancía hasta enronquecer, el gracioso tipo del tilichero, con su sombrero ensartado hasta las orejas, saliendo el mechón de pelo por el boquete de la copa y su cara de desvergüenza y su risa de superioridad altanera.

—¡Fósforos de globoooo! ¡A dos cajas por cinco!

—Negrita, cómpreme esta gargantilla de ámbar legítimo de Mompelas y este par de aretes de dúblé fino que nunca se ponen negros.

—Este chato sí le va a comprar a ña María el rosario bendito por el Nuncio de Lima, con cuentas de madera del Huerto de los Olivos. En seis reales le vendí uno a Bupedra y a usted se lo doy en cuatro.

—Ño friegue; écheme acá una mecha pa eslabón y no me jorobe más, pero que sea de las que echan buena yesca y se les saca cola de a jeme.

Y todos estos cuadros vivos, llenos de sangre joven y aliento de atleta, de sabor de tierra virgen y perfume de honradez y virtudes, pasaban en medio de una alharaca espantosa como el bramido del océano, bajo los ardientes rayos de un sol de trópico, precursor de lluvia torrencial y teniendo como techo el azul purísimo de ese cielo que nos cobija y que es nuestro orgullo, nuestra tarjeta de bienvenida, nuestro blasón nobiliario.

Pues bien, a ese maremágnun entrábamos Chanita y yo, ella a comprar el diario, yo a cargármelo.

—¿Cuánto dijeron de güevos?

—Dos reales; un diez de yucas, veinte de vainicas, y el diez de pacayas.

—Anda cómprate las vainicas; aquí te espero, y si no me hallas aquí, las echas al saco y te me juntas en la venta de cacao de ñor Bejarano. Mira que no te las den con hebra y que no sean de las de palo; son a cuatro rollos.

Mi abuela me daba la plata y yo, relativamente libre, despachaba la compra y con un diez que unas veces me daba doña Bárbara Bonilla, otras don Aquileo Echeverría y otras papá, compraba seis manos (30 granos) de cacao Nicaragua escogido, y con esa moneda de cuño antiguo y que hoy ya no circula, cambalachaba por melcochas, "güesillas", mangos y limas, me echaba al coleteo mi buen jarro de chinchibí de donde don Matías Valverde y conseguía un par de docenas de jaboncillos, que iban a parar junto con las frutas compradas y cachadas, al seno, a esa bolsa sin fin de los muchachos de mi tiempo.

Concluida la compra del diario y repleto ya el gran saco de brin que servía de depósito, la canasta atestada de huevos y mantequilla lavada e higos para hacer dulce, el par de sùrtubas y el palmito arrimados al saco y el manojo de cebollas de San Juan coronando el nutritivo altar, principiaba el para mí difícilísimo trabajo de la carga.

—Ñor José, écheme por vida suyita, este saco al hombro.

—¿A cuál carga usted? —Al izquierdo.

El enorme saco, pesando sobre el delicado hueso de la clavícula, me hacía zanja con los bordes de unas condenadas tapas de dulce, a pesar del colchón que los frijoles trataban de interponer: agarraba la boca del saco con la mano izquierda, me metía el canasto hasta la sangradera del derecho, cuyo sobaco oprimía ya las sùrtubas y el palmito, y agarraba con la mano el rollo de cebollas. El chonete me servía de tapojo y tras de cuatro o cinco pujidos, lograba echarme a andar por la mal enladrillada acera, camino de mi casa, que estaba a dos cuadras de distancia.

De repente algún caritativo pasajero me gritaba:

—Chiquito, se le van regando las alverjas!

A aquella voz de alarma volvía todo el cuerpo para poder contemplar el daño; me arrimaba a la pared para equilibrarme; las sùrtubas y el palmito se escurrían de debajo del brazo y al hacer un movimiento brusco para sujetarlas, el saco se me iba a la espalda, me maltrataba horrorosamente los nudillos del espinazo; la muñeca izquierda, ya acalambrada, cedía al dolor de la torción violenta, y con estrépito que a mi acongojada imaginación parecía el del juicio final, el enorme saco se venía al suelo, esparciendo su contenido en media calle, yendo a parar el ayote de pellejillo al caño sucio y quebrándose en mil pedazos un "atoo" de dulce y unos cuantos huevos de la canasta.

Con la cara como un chile, cubierta de sudor y nublada la vista por enormes lagrimones y las narices chorreando candelas, me ponía a juntar los víveres desertores y a acomodarlos en el maldito saco, haciendo inventario de las pérdidas irreparables y de los heridos menos graves. Un zapallo estaba inútil, los rabos de las cebollas llenos de barro, una tapa de dulce había hecho blando nido en una boñiga y las yemas y claras de media docena de huevos salpicaban todo el ambaldosado y parte de la pared.

Por fin, previo un nuevo auxilio de un ñor José y algunas precauciones, lograba seguir mi calvario; pero mi contento de verme tan cercano al fin de la jornada, ya en la esquina de ñor Juan de Jesús Jiménez, en frente de mi casa, se desvanecía dando lugar a la mayor angustia. Cleto Herrera, Tatono Bolandi, Abraham Zúñiga y otros más que a mí me parecían miles de forajidos, despreciando mis gritos y mis injurias y aprovechando mi estado de indefensión absoluta, me sacaban las faldas de la camisa y mis mangos, mis melcochas, mis "güesillas", mis limas y mis dos docenas de jaboncillos rodaban a mis pies y eran presa de aquellos salteadores, que a mi vista y paciencia se los tragaban, riéndose de mi copioso sudor y llanto. Y no era eso lo peor, sino que, con la violencia, me habían saltado el botón de los calzones, único sostén de esa adorable prenda, y al dar yo el primer paso hacia mi casa, se me escurrían y se me escurrían hasta dejarme casi atadas las pantorrillas, en cuya vergonzosa y triste figura me acercaba a la puerta de mi hogar paterno.

—¡Cójanme el diario, que no puedo subir la grada porque traigo caídos los calzones! ¡Cój... !
¡Cójanme estoóo!

A mis gritos acudía la familia toda, me descargaban y previo un par de puntapiés por sinvergüenza, me hacían entrar de las orejas.

—Aquí falta una tapa de dulce y un zapallo, decía mi abuela.

—Fue que...

—¡Silencio! ¡Ya viene con sus mentiras! Ahora, en castigo, en cuanto almuerce, mete esa carretada de leña.

No había apelación: estaba convicto, confeso y sentenciado. Pensaba un rato en las injusticias de la vida. Almorzaba con apetito voraz y, metida la leña, llenos de raspones y cascarras las orejas y el pescuezo, echaba un sueño de ángel, feliz en el regazo de mi madre.

LA PATRIA, 19 de enero de 1896.

EL CLIS DE SOL

No es cuento, es una historia que sale de mi pluma como ha ido brotando de los labios de ñor Cornelio Cacheda, que es un buen amigo de tantos como tengo por esos campos de Dios. Me la refirió hará cinco meses, y tanto me sorprendió la maravilla que juzgo una acción criminal el no comunicarla para que los sabios y los observadores estudien el caso con el detenimiento que se merece.

Podría tal vez entrar en un análisis serio del asunto, pero me reservo para cuando haya oído las opiniones de mis lectores. Va, pues, monda y lironda, la consabida maravilla.

Ñor Cornelio vino a verme y trajo consigo un par de niñas de dos años y medio de edad, nacidas de una sola "carnada", como él dice, llamadas María de los Dolores y María del Pilar, ambas rubias como una espiga, blancas y rosadas como durazno maduro y lindas como si fueran "imágenes", según la expresión de ñor Cornelio. Contrastaba la belleza infantil de las gemelas con la sincera incorrección de los rasgos fisonómicos de ñor Cornelio, feo si los hay, moreno subido y tosco hasta lo sucio de las uñas y lo rajado de los talones. Naturalmente se me ocurrió en el acto preguntarle por el progenitor feliz de aquel par de boguirrubias. El viejo se chilló de orgullo, retorció la jetaza de pejibaye rayado, se limpió las babas con el revés de la peluda mano y contestó:

—*¡Pos yo soy el tata, más que sea feo el decilo; No se parecen a yo, pero es que la mama no es tan pior, y pal gran poder de mi Dios no hay nada imposible.*

—*Pero dígame, ñor Cornelio, ¿su mujer es rubia, o alguno de los abuelos era así como las chiquitas?*

—*No, señor; en toda la familia no ha habido ninguno gato ni canelo: todos hemos sido acholaos.*

—*Y entonces, ¿cómo se explica usted que las niñas hayan nacido con ese pelo y esos colores?*

El viejo soltó una estrepitosa carcajada, se enjarró y me lanzó una mirada de soberano desdén.

—*¿De qué se ríe, ñor Cornelio?*

—*¿Pos no había de rirme, don Magón, cuando veo que un probé inorante como yo, un campiruso piñón, sabe más que un hombre como usted que todos dicen qu'es tan sabido, tan leído y que hasta hace leyes onde el Presidente con los ministros?*

—*A ver, explíqueme eso.*

—*Hora verá lo que jue.*

Ñor Cornelio sacó de las alforjas un buen pedazo de sobado, dio un trozo a cada chiquilla, arrió un taburete, en el que se dejó caer satisfecho de su próximo triunfo, se sonó estrepitosamente las narices, tapando cada una de las ventanas con el índice respectivo, restregó con la planta de la

pataza derecha limpiando el piso, se enjugó con el revés de la chaqueta y principió su explicación en estos términos:

—Usté sabe que hora en marzo hizo tres años que hubo un clis de sol en que se oscureció el sol en todo el medio; bueno, pues, como unos veinte días, antes Lina, mi mujer, salió habelitada de esas chiquillas. Dende ese entonces le cogió un desasosiego tan grande que aquello era cajeta: no había cómo atájala, se salía de la casa de día y de noche, siempre ispiando pal cielo; se iba al solar, a la quebrada, al charralillo del cerco, y siempre con aquel capricho y aquel mal que no había descanso ni más remedio que dejala a gusto. Ella había sido siempre muy antojada en todos los partos. Vea, cuando nació el mayor jue lo mesmo; conque una noche me despertó tarde de la noche y m'izo ir a búscale cojoyos de cirgüelo macho. Pios era que juera a nacer la criatura con la boca abierta. Le truje los cojoyos; endespues otros antojos, pero nunca la llegué a ver tan desasosegada como con estas chiquitas. Pos hora verá, como l'iba diciendo, le cogió por ver pal cielo día y noche, y el día del clis de sol, qu'estaba yo en la montaña apiando un palo pa un eleje, es qu'estuvo ispiando el sol en el breñalillo del cerco dende buena mañana.

Pa no cánsalo con el cuento, así siguió hasta que nacieron las muchachitos estas. No le niego que a yo se m'hizo cuesta arriba el velas tan canelas y tan gatas, pero dende entonces parece que hubieran traído la bendición de Dios. La mestra me las quiere y les cuese la ropa, el Político les da sus cincos, el Cura me las pide pa paralas con naguas de puros linoses y antejuelas en el altar pal Corpus y, pa los días de la Semana Santa, las sacan en la procesión arrimadas al Nazareno y al Santo Sepulcro; pa la Nochebuena las mudan con muy bonitos vestidos y las ponen en el portal junto a las Tres Divinas. Y todos los costos son de bolsa de los mantenedores, y siempre les dan su medio escudo, gu bien su papel de a peso, gu otra buena regalía. ¡Bendito sea mi Dios que las jué a sacar pa su servicio de un tata tan feo como yo . . .! Lina hasta que está culeca con sus chiquillas, y dionde que aguanta que no se las alabancén. Ya ha tenido sus buenos pleitos con curtidas del vecindario por las malvadas gatas.

Interrumpí a ñor Cornelio, temeroso de que el panegírico no tuviera fin, y lo hice volver al carril abandonado.

—Bien, ¿pero idiái?

—¿Idiái qué? ¿Pos no ve que jue por haber ispiado la mama el clis de sol por lo que son canelas? ¿Usté no sabía eso?

—No lo sabía, y me sorprende que usted lo hubiera adivinado sin tener ninguna instrucción.

—Pa qué engáñalo, don Magón. Yo no jui el que adivinó el busiles. ¿Usté conoce a un mestro italiano que hizo la torre de la iglesia de la villa: un hombre gato, pelo colorao, muy blanco y muy macizo que come en casa dende hace cuatro años?

—No, ñor Cornelio.

—Pos él jue el que m'explicó la cosa del clis de sol.

LA REPUBLICA; 29 de agosto de 1897.

¡QUINCE A DIEZ ...!

Al Lic. don Ricardo Jiménez O.

Llena, de bote en bote, estaba la Gallera Municipal establecida en una destartalada casucha de propiedad de doña Heliodora Brenes de Bolandi, a cincuenta varas al Oeste del Patio de las Diligencias que manejaban Pepe Feo y Pedro Manau, antiguo Cabildo Viejo.

Ese domingo iban a echarse peleas de copete: la del "Melcocha" de Aquiles Bonilla con el "Chile" de Napoleón Escalante, a puro pico; la del "GallorGalliná" del Manco Vargas contra el "Panameño" de Santiago Alvarado, pico y punzón; y la del "Gariteño" del Maestro Joaquín González con el "Talisayo" de Carlos Carrillo; veinte onzas iban en las puntas de las navajas de este par de pajaritos, navajas primorosamente fabricadas con acero de herradura vieja y expresamente por Cartín, el más renombrado navajero en toda Tiquicia. Especialmente esta última pelea del "Gariteño" y el "Talisayo", ambos gallitos de no menos de cuatro alzos cada uno y de galleros respetados por su alta pericia y honorabilidad, traía los ánimos muy exaltados y los nervios tensos como cuerdas de violín; se corrían paradas gruesas y los bandos estaban listos para copar cuanto cayera.

Presidía el Juez de Gallera Juan Ulloa, el abogado Domingo Carranza, hombre de una probidad indiscutible. No había un asiento vacío ni en la galería ni en los corredores y pasillos.

Bien acomodados ya en sus puestos consuetudinarios estaban los asiduos parroquianos de la Gallera: allí estaba Chico Ulloa Mata, de Cartago; allí Pepe Duran, allí Juan Ulloa, el abogado, y, Ramón González, el viejo; allí Eugenio Echandi y Manuel Borbón y Teófilo y el Panzón Zamora, del Mojón, y Juan Félix Fernández y Luquitas y Melis y Santiago Güell y Guadalupe Quesada y Casiano Trejos y Chico Vargas, el carnicero, y Santiago Millet y Fermín León, y el montón de Bonillas, Juan Bautista, Aquiles, Solón, Adolfo, Recaredo y Manuel, y Jesús Coto y Zenón Castro y Jesús Salazar y Mariano Castro y Jacinto y José Quirós y algunos pollitos principiando a emplumar, como Ricardo Jiménez, Carlos Alvarado Carrillo y Chico Alvarado y los González Soto y los Salazar Guardia y José Aguilar e Hilarión Aguirre, et sic de céteris, pues no todos acuden a mi memoria; y a más, gentes menudas de la Puebla y del Mojón y del Zapote y de la Uruca y de San Juan y de Guadalupe y de Desamparados y de las Pavas, sin faltar algunos heredanos y alajueleños, unos con gallo, otros sin él, pero todos con el alma puesta en la cancha y con los bolsillos más o menos abultados por la plata blanca o por el bolsín de redecilla de pita o seda relleno de onzas, medias onzas, cuartas, escudos y libras de caballito.

La pelea del "Melcocho" y del "Chile" la ganó el "Melcocho" tras una retreta de patadas que dejaron al "Chile" exhausto hasta que clavó pico no sin que en su magnífica defensa el "Chiliito" tuerterea al "Melcocho" y le arrancara a picotazos casi todo el pelao pescuezo.

Napoleón Escalante, elegantísimamente vestido, seguía en la cancha a los lidiadores con entusiasmo febril y cuando ambos gallos estuvieron casi agónicos, Aquiles, Napoleón y Domingo se echaron en la arena ensangrentada para observar mejor y sin errores, que pudieran dar margen a reclamos, cuál de los campeones clavaba primero el pico.

Siguió la pelea del "Gallo-Gallina" con el "Panameño". Ambos se portaron como bravos, ambos hicieron prodigios de agilidad, de poderoso envite, de cautelosa defensa, de largo aguante. Domingo declaró la pelea "tablas" con grandísimo disgusto de los propietarios pero con harta satisfacción de los maseadores.

Y vino la gran pelea "Gariteño" - "Talisayo"; el Maestro Joaquín armó el suyo; al "Talisayo" lo armó don Cruz Alvarado, quien para esa faena era nonis. Carlos Carrillo casó las veinte onzas, en monedas de oro de las de India y Escudo, que puso en manos del Juez; el Maestro Joaquín iba en vaca con sus amigos Solón, Aquiles Bonilla y Pepe Duran. Se le pasó escoba a la cancha; golillaron en tres diferentes envites los echadores, desenvainaron las navajas y soltaron los rivales a no menos de tres varas uno de otro.

Mientras tales formalidades se efectuaban, la ola humana se desbordó; gritos de acá y de allá, apuestas cogidas al vuelo, señales con los dedos al aire contestadas con otras semejantes y sacudimientos de cabezas y de brazos; carreras por los pasillos, palmadas, tintineo de monedas; un barullo espantoso que llenaba el recinto y que iba a perderse a más de una cuadra de distancia por las solitarias calles vecinas.

—¡Pongo diez al "Talisayo"! —dijo Chico Ulloa Mata, haciendo retemblar el galerón con su voz de trueno.

—¡Pago! —contestó Fermín León.

—¡Sombrerón!, ¡hombre, sombrerón! —le gritaba un mojoneño al maestro Ulloa que estilaba un amplísimo sombrero de pita—, pongo veinte a quince, voy al "Gariteño" veinte a quince, ¡sombrerón . . .!

—¡Francisco Ulloa Mata me llamo, alma de cántaro! —tronó el aludido— cojo la parada, pero case: no me gustan de hocicón . . .

—Aquí está el real, viejo; y estas cuartas no son huérfanas, la familia es grande . . .

—¿Me copa dos pesos al "Talisayo", don Men?

—No como hormigas, no quiero morir reventado.

—Es plata ...

—¿Sí? ¡Pues compra quesadillas! —¡Men, Meeeen, voy dos onzas al "Gariteño"!

—Apiáte, Cholo, y escúlcate a ver si tenes más ...

—Manco, llévame media onza en la parada.

—¡Voy solo, no llevo en ancas!

—¡Cancha! ¡CAAAANCHA! —gritaban los ponedores con Domingo Carranza, quien sacudía violentamente la campanilla para que despejara la arena.

La algarabía que hiciera resonar el galerón durante quince largos minutos antes de la soltada, cesó como por encanto; todos los ojos estaban clavados en los picos y en las patas de los atletas; el "Gariteño" con timbre puro y argentino lanzó el canto de reto al que contestó "Talisayo" con no

menos bazaría, y ambos fueron acercándose de costado, sin perderse un instante de vista, hasta que ya al alcance de picos, con las golillas casi tocándose, el "Talisayo" saltó como un resorte de acero con las patas pegadas al pecho; el "Gariteño" hizo lo propio y en un tremendo tiro parado, en el aire, con la rapidez del rayo y con la certeza del floretista experto, martilló con ambas patas al contrario clavando la agudísima navaja, hasta los taloncillos en el corazón del "Talisayo"; ambos cayeron a la arena unidos por aquel tajo mortal; el "Talisayo", al expirar, pataleó, sacudió la diestra armada y accidentalmente desjarretó al vencedor, inutilizándolo para futuros combates. Carlos Carrillo, dueño del vencido, no se inmutó siquiera, no dijo una sola palabra: era hombre que sabía perder y ganar como un perfecto caballero; el Maestro Joaquín recogió su "Gariteño" y allí mismo, con rara habilidad, procedió a curarlo y a ajustarle el jarrete maltrecho, recibiendo con modesto alborozo las felicitaciones de los gananciosos y con paciencia y sonrisas las puyas de los derrotados.

—Maestrito, —le dijo Zenón Castro—, veo con efusivo placer que su Coronelito se ha ganado las charreteras de General . . .

Así llamaban varios amigos de mi padre al "Gariteño" por su planta altanera, por su color negro azulado lustroso y por las plumillas de la rabadilla que brillaban con un metálico color de oro.

Yo llevaba más de dos meses cuidando al "Gariteño" bajo las precisas instrucciones de mi padre, el Maestro Joaquín. El trigo más gordo y limpio mezclado con maíz güesillo del más fino era cuanto le echaba en la escudilla; agua purísima y mucho sol y aire y baños y frotaciones de alcohol en los muslos y debajo de las alas; y trabilla de cuero suave y resistente ajustada sin dureza a la fina y escamosa canilla, y zapatillas de hueso lijadas a conciencia y cuerda nueva, y dormidero limpiísimo y . . . nada de gallinas . . . ¡ni por piensol

Y venían Solón y Aquiles y Fermín y Ze-nón y lo alzaban delicadamente en la palma de la mano y lo pesaban y a sus horas y en sus días de precepto lo topaban con otros batalladores de renombre que en el mismo corredor de mi casa se alistaban científicamente para el combate.

Cada uno de los visitantes me felicitaba por mis cuidados al campeón y me hacía especiales recomendaciones acompañadas de una peseta o de un cuatro para mí; esas propinas y el regalo de uno o dos pesos cuando cualquier gallo cuidado por mí salía triunfante, habían acumulado en mi alcancía una cuantiosa fortuna; veinticinco pesos seis reales, ¡tamaño pupuchal

Y donde Juan Hernández estaba de venta un velocípedo lindísimo por el que pedían treinta y cinco pesos y mi sueño dorado era convertirme en propietario de esa joya. Treinta y cinco pesos . . . ¡qué carachas, ahorita los juntol

Claro está que mi padre no me consentía que hiciera apuestas en la Gallera; pero a escondidas y con cierta maña, y por mano ajena, bien podría echar una maseadita arriesgando unos diez pesos a las patas del "Gariteño" y duplicarlos y ... la tentación era irresistible.

—Don Solón, ¿podría perder el "Gariteño"? —¡No le gana ni el gallo de San Pedro!

Después de misa de tropa en la que pedí muy fervorosamente a San Pedro que hiciera ganar al "Gariteño", me fui derecho al fondo de mi baúl de alcanfor, saqué la alcancía, la forcé con un destornillador y extraje los diez pesitos en plata, dejando los reales restantes en su escondrijo. Casi me sorprende en mis tejes y manejes el "Niguas", el cholillo que criaron donde mi tío Aquileo Echeverría, que en esos momentos entraba por el zaguán con un recado; cholo bandolero, más malo que el ganado barcino, pendenciero, tahúr y jaranero.

Y cuando la hora solemne llegó, me fui con mi tata a la Gallera llevando orgulloso al famosísimo "Gariteño".

—¿Me deja quedarme aquí arrimado para ver la pelea?

—Bueno, pero no estorbe y cuidado con apostar.

—Sí ... no, señor.

En el momento de mayor alharaca de los cruces de apuestas, oí una voz chillona que gritaba:

—"Quince a diez al "Talisayo", ¿quién me coge? ¡quince a diez!

Tal era la confusión y el barullo que no alcancé a ver quién era el gritón; supliqué a mi amigo Ramón González Soto que le cogiera la oferta y le entregué los diez pesos, recomendándole la mayor reserva.

Pasada la pelea, Ramón me llamó aparte y con gran complacencia me entregó en pura plata blanca, ¡los veinticinco pesos!

—Muchísimas gracias . . .

—Dáselas al "Niguas" de donde tu tío: él fue quien los perdió.

¡Qué candela de a peseta le va alumbrar a San Pedro hoy mismo!

Cuando llegué a casa, henchido de alborozo, corrí al escondite para reunir mis haberes...

¡No había en la cajilla ni un centavo partido por la mitad ...!

—¡Dolores! ¡Lola . . . i ¿Vos sabes quién entró a este cuarto desde que yo me fui para la Gallera a llevar el "Gariteño"?

—Sólo yo, cuando arreglé las camas... ¡ah!, también entró el "Niguas" a buscar un serrucho que mandó a pedir prestado don Aquileo . . . ¿qué fue?

—¡No, nada ...!

Setiembre 3 de 1930.

¿QUIERE USTED QUEDARSE A COMER?

En aquellos dorados tiempos una invitación a comer, lanzada a quemarropa por el jefe de la casa, siendo esta de medianas comodidades, era un verdadero motivo de turbación general que bien merece los honores de la descripción. Hoy los buenos hoteles y restaurantes son un enorme y seguro recurso del que en el año de gracia de 1876, hace veinte años, no se podía echar mano por varias razones: la primera, porque no los había; la segunda . . . omito las demás.

—Bueno pues me voy porque ya son las tres y media y . . .

—¡Pero hombre! ¿Cómo va usted a irse con semejante aguacero?

—Es que en casa me estarán . . .

—De ningún modo, quédese usted a comer con nosotros; aquí no hay más que plátanos y picadillo, comida de pobre, pero siempre es bueno hacer penitencia...

—Siento tanto molestarlos, pero . . .

—No es molestia; aquí, como en su casa.

—Permítame un momento, voy a avisarle a Toribia.

—Pero que por mí no...

El convidado forzado se quedaba solito en la sala contemplando los retratos de los abuelos de sus víctimas, en tanto que el dueño de casa, todo demudado, con cara de viernes de cuaresma, comunicaba la fatal noticia a su costilla, con voz de confesionario.

—¡Torihia, don Esperidión se queda a comer!

—¡Ave María Purísima!

—¿Cómo querías que lo dejara ir con este aguacero?

—¡Bueno, pues yo qué! Vos sabes que fía Chepa tiene muy fea cuchara y que hoy es viernes y no hay olla.

—Anda vos a ver qué preparan y date ligero, porque ya son casi las cuatro.

—¡Pues hijito, afloje el pollo, a ver quién lo mete en camisa de once varas! Hay que mandar a la pulpería a comprar fideos para la sopa, porque la que hay es de guineos celes, y traer siquiera un diez de pan, porque es muy feo poner tortillas; además, no hay huevos y habrá que mandar por unas piecitas y zapotillos de donde las Fernández, porque ¡yo no me animo a darle a ese bendito señor el dulce de chiverre!

—Yo no tengo más de estos diez, reales. Vos ve a ver cómo te las compones, porque me da pena dejarlo solo en la sala y voy a acompañarlo.

—Entretenélo siquiera un buen rato.

Don Benigno volvía al lado de don Esperidión con la sonrisa en los labios, en tanto que la pobre doña Toribia acudía presurosa a remediar el mal con más susto que si tuviera el cólera en la vecindad.

—Ña Chepa, tenemos convidado a comer a don Esperidión, ¡mire qué apuro! ¿Hizo las empanadas?

—Yo, ¿dónde? ¿Pos no vido que hoy casi no mandaron posta?

—No me salga con eso, ña Chepa. ¿Y ahora qué hacemos? ¿De qué es el principio?

—Pos angú.

—¡Jesús, María y José!

—Idiái, ¿de qué...? ¿de qué quería que juera? No hay verduras, ayer se acabó el repollo y yo se lo avisé esta mañana.

—Pero ña Chepa, caramba, podía haberme...

—¡Ahora sí que estamos galanos! ¡Hombre! ¡Eso faltaba! Yo no estoy necesitada de estar prendida al fogón pa mantenerme; si lo hago, es por cariño a don Benigno, pero tampoco pa que me venga usté ...

—¡Uy! Pero cálese, ña Chepa, que la va a oír ese señor ...

—Pos no me venga a echar la culpa de ...

—Pero si yo no digo que usted tenga la culpa, ña Chepa . . . ¿Yo le he dicho algo?

—No, es que uno porque es probé tiene que aguantar.

—¿Pero yo en qué la he ofendido, ña Chepa? ¡Ve, ya se quemó el lomo!

Un ruido semejante al de un chorrillo de agua cayendo de plano en una laja, salía del fondo de una cazuela y un olor de pavesa de candela de sebo se esparcía por la cocina y pronto por toda la casa, yendo a poner en grave sobresalto al bueno de don Benigno.

El percance se subsanaba con un poco de agua caliente y hacía olvidar el pasajero choque de ama y cocinera. Esta, con una trompa de a jeme y aire altanero, se encaraba a su patrona.

—Bueno, pues eche acá la plata pa ir a mercar lo que haiga que traer.

—¡Pero va volando! ¡Ya está aquí!

La cocinera se encajaba el rebozo azulejo y salía escapada a hacer las compras, en tanto que doña Toribia, después de atizar el fuego y pasar revista a la escuálida despensa emprendía la difícil tarea de poner la mesa.

Nuevos apuros y nuevos obstáculos que vencer: no había más que dos platos hondos, una fuente un tanto resquebrajada, cuatro platitos de diferentes colores y formas, sólo una cucharita de estaño, amén de torcida y deslustrada, los cuchillos mango de hueso, cachiflojos, el mantel con un parchón de caldo de frijoles semejando el mapa de Africa y varios islotes y archipiélagos de achiote y yema de huevo; servilletas ni una y vasos ni dos.

Ña Chepa llegaba ahogándose con las compras y tirando el rebocillo sobre el cajón de la basura, se prevenía para hacer milagros.

—¡No se descobije, ña Chepita! Corra donde doña Mónica, la mujer de don Sinesio Retana, y díglele que digo yo que si me hace el favor de prestarme cuatro platos hondos, dos cuchillos, tres vasos, tres servilletas y tres cucharitas, qu'es que hoy se queda a comer don Esperidión, que yo se los cuido mucho y que a la noche se los devuelvo. ¡No se le olvide nada, corra!

Volvía a salir ña Chepa como una exhalación y, mientras tanto, la apurada doña Toribia ponía los fideos y daba la primera mano a los platos complementarios.

Por fin llegaba ña Chepa con la mitad de lo pedido y con mil recomendaciones de parte de la servicial doña Mónica de Retana, la que mandaba a recordar que todavía no le habían devuelto el salero que les prestó el martes, ni el hacha que les prestó el sábado.

Ama y criada, febriles y sudorosas, se multiplicaban y de sus torpes manos iban brotando unos cuantos manjares de dudosa bondad y tristísima apariencia.

Don Benigno había ya agotado todo su arsenal de chistes; don Esperidión pugnaba por atajar enormes bostezos, el aguacero no escampaba, y ya eran las cinco y cuarto de la tarde cuando doña Toribia, previo un lavado de manos y un arreglo ligero de las mechas del ahumado cabello, aparecía en la puerta de la sala con una "pañueleta" sobre los hombros, un par de chapas rojas en las mejillas, los ojos llorosos a causa del humo y un trapillo amarrado al índice de la mano izquierda como vendaje de alguna reciente cortadura o quemadura.

—¡Buenas tardes, don Esperidión! ¿Cómo está la niña Salomé? Dispense que no hubiera salido antes a saludarlo, pero ...

—¿Cómo está, doña Toribia? Siento tanto haberla puesto en molestias, pero Benigno se empeñó y . . .

—No diga eso, ¿qué molestia va a ser? Usted es el que tendrá que dispensar; pero, ¿quién iba a saber? Ayer se me fue la de adentro, a Uladislao lo tengo con la cara hinchada y ña Chepa, la de los Anonas, que tengo ahora de cocinera, no sirve para nada. Pero véngase a comer, que ya son casi las seis; ¡qué temeridad, pobre don Esperidión, no sabe cuánto lo considero!

Seguían excusas de don Esperidión, golpecitos en la espalda dados a éste por don Benigno, a la vez que por encima del hombro dirigía una mirada a su mujer que quería decir: "¿Qué hubo?", una mueca de aquélla que significaba: "Se ha hecho lo posible", y huésped y matrimonio se encaminaban al comedor, llevándose de paso a Uladislao o Lalito, fruto de bendición, de seis años de edad, soltero, escolar y de este vecindario, a quien aquejaba atroz postemilla y arrollaba las quijadas un gran pañuelo verde, dejando a media luz el rojo y abultado carrillo.

La mesa presentaba un aspecto pintoresco, mezcla de pobreza rayana en miseria y de ostentación rayana en ridículo. Sobre el Africa del mantel y disimulando desde Nueva Guinea hasta el Mar

Rojo, la bandeja llena de pan francés en rebanaditas transparentes; un salero ancho rebosando sal criolla por sus bordes de vidrio fundido, cubría a medias uno de los archipiélagos, en tanto que un río amarillo de huevo con afluentes de achiote iba a desembocar debajo del plato soperero de don Benigno, ocultando su cauce entre las servilletas y a la sombra de las cucharas.

Los platos llanos, con flores azules de loza ordinaria, se sentían humillados por los hondos de fina porcelana, con orilla de oro y letrero gótico "Mónica de Retana", entre corona de laurel. En el centro lucía su desfachatez rubicunda una tinajilla criolla sudando agua fresquísima de la que estaba henchida, y parecía desafiar con los bracillos enroscados a un enorme vaso de postera, color de cielo con estrellas rojas, imitación de cristal de Bohemia, que ocultaba una disimulada rajadura volviendo la lesión hacia el puesto de Lalito.

Ña Chepa, con las enaguas domingueras y un larguísimo delantal de muestras, hacía veces de sirviente y dio principio a su tarea con la humeante sopa de fideos de cuerda.

Lalito abrió desmesuradamente los ojos, o mejor dicho el ojo del lado sano y con voz chillona exclamó "¡Eh, fid . . .!", cuando un pisotón diestramente dirigido por doña Toribia, le cortó el aliento, a la vez que su padre le torcía los ojos. Los fideos estaban un si es no es duros y faltos de sal, aunque abundantes de soles de manteca amarillenta. Don Esperidión ya casi había concluido de tragarse la sopa cuando ña Chepa le arrimaba al codo la fuente con el lomo en salsa de sebo rechinado, rodeado de papas color de herrumbre. Un codazo del huésped hacía rodar una papa hasta la bandeja del pan, dibujando un nuevo y caudaloso río, pero Lalito salvaba del océano a aquel naufrago trasladándolo tranquilamente a su plato con la punta de los dedos.

—¡Chepa!

—Jue que ...

—¿Qué es eso, Lalito, no se le ha dicho que ...?

—¡No lo regañe, pobrecito!

El lomo no se dejaba cortar, cada fibra parecía un nervio y cada nervio parecía una correa, las papas navegaban en el mar de sebo rojizo, hasta que un esfuerzo heroico de don Benigno lograba desprender una tajada, que con su correspondiente salsa y papa, iba a dar al plato de don Esperidión, que se entretenía en hacer bolitas de miga de pan.

El arroz llegó en plato hondo con su dorada costra.

—Mamá, déme costra de esa, decía Lalito, señalando con el labio inferior el plato de arroz.

—¿Cómo se dice; ya se le olvidó?

—Hágame el favor, por vida suya, de darme costra.

Don Benigno tosía para atraer la atención de don Esperidión; doña Toribia se mordía los labios y para calmar la tormenta servía costra a Lalito, quien la recibía con la mano y la engullía con un ruido de máquina de picar piedra.

Iguales o parecidos lances ocasionaron un improvisado guiso de plátano maduro con pedacitos de carne, un plato de tomates con masa y unas vainicas envueltas en huevo.

—Coma de estos tomates.

—Gracias, señora, ya he comido mucho y estoy que reviento.

—No sea así, si nada ha probado: el lomo lo dejó, no tomó casi nada de sopa y . . .

—Bueno, pues hágame el favor de servirme una cucharadita . . . ¡Basta!

—Pero revuélvalos con arroz; y vea, estas vainicas no están tan feas... ¿le pongo un barbudo?

—Después, gracias.

Así concluía la primera parte de la comida.

Doña Toribia instaba a don Esperidión para que se tomara la postrera; éste se excusaba pretextando que no acostumbraba esa bebida; don Benigno y hasta Lalito hacían coro a doña Toribia y tanto comprometieron al huésped, que por fin lo decidieron.

Don Benigno alzó el brazo para alcanzar el consabido vaso, en tanto que Lalito mostraba sus adelantos en el deletreo leyendo la inscripción del plato en que se habían servido las piezas y zapotillos:

"Mo ... o ... Mo, n ... i... ni, Moni... ca ... a ... ca, Mónica".

Doña Toribia le dio otro pisotón y el chiquillo separando rápidamente la mano dio en el codo de su padre, lanzando media postrera sobre las barbas de don Esperidión. La confusión llegaba a su colmo. El padre furibundo, arrimó un pescozón al chiquillo en la mejilla hinchada, reventándole la postemilla. Don Esperidión se limpiaba tranquilamente los pelos llenos de leche; Lalito ponía el grito en el cielo y doña Toribia, roja hasta la punta del cabello, pedía m'l perdones al bañado caballero, en tanto que ña Chepa se esmorecía de risa agarrada al cajón de la destiladera.

A las siete de la noche, bajo una mediana garúa, salía don Esperidión de aquella casa, lleno de achiote y manteca, con la corbata hecha un trapo y la camisa empapada.

Don Benigno, que lo acompañaba hasta la puerta de la calle, con frases melosas y sonrisas dulces, cerraba con estrépito "y se dejaba caer desalentado en un sofá; Lalito lloraba a moco tendido con una cataplasma de linaza en el cachete; doña Toribia no volvía del susto, y ña Chepa, hartándose sentada en el quicio de la cocina, con hipo y dolor de estómago, hacía lluvias de arroz que botaba por entre los podridos dientes, a impulsos de una risa inacabable, cada vez que se acordaba de las barbas llenas de postrera del infeliz don Esperidión.

LA PATRIA, 1o de marzo de 1896.

UN DISCURSO IMPERECEDERO

¿Cuál de mis lectores no conoció al maestro Fernando Ramírez, el de La Isla, el del Hatillo, el de Alajuelita?

De mediana estatura, regordete, cuidadosamente afeitada su cara bronceada, bien peinado el cabello negrísimo; de pie en el suelo, pero muy limpio. Chaquetón de fina jerga, camisa de blancura impecable, pantalón de casimir de corte irreprochable, ceñido a la amplia cintura con magnífica banda de redecilla. Y su buen sombrero de pita, siempre bien azufrado, dando sombra a la acholada s figura del maestro o en la mano de su dueño rindiendo afectuoso, meloso y empalagoso homenaje a cuanto hombre de pro con quien aquél tropezaba.

Porque había que oír al maestro Fernando al presentar sus respetos a quien calzara siquiera una línea más que él en la jerarquía social. La ancha y carnosa boca se explayaba dejando al descubierto las dos hileras de finos y blanquísimos dientes; bañado todo el rostro de la más humillante expresión de respeto; los ojos se entornaban hasta parecer simples puntos ortográficos; el sombrero bajaba de la negra cúspide hasta el nivel del ombligo y la mano libre se tendía impetrando un afectuoso apretón. "Excelentísimos" o "Ilustrísimos" eran para él todos los empleados públicos de oficial mayor para arriba, y "Lindísimos" o "Encantadorsísimos" los de jerarquía inferior, hasta escribiente supernumerario. A los porteros y demás colas del presupuesto, no los saludaba el maestro. A nuestro inolvidable amigo Camilo Mora le decía "Divinísimo", y a Ricardo Bermúdez, a quien no saludaba antes, lo llamó "Honorable", en mi presencia, cuando lo vio de escribiente en el Congreso.

Allá por el año 1883 era yo "Encantadorsísimo", pues desempeñaba el alto puesto de escribiente en la Gobernación de San José. El maestro Fernando "difundía luces" en la escuela de La Isla a un poco de docenas de mocosos.

Vínose a mí el "Apóstol de la Ciencia" y después de propinarme diez o doce epítetos, me suplicó le hiciera un "discursito cortito pero entradorcillo", como él lo soñaba, para que fuera pronunciado por uno de sus discípulos en el próximo examen de su escuela.

La verdad, yo me sentí envanecido por la distinción, y acto continuo, robando un par de horas a las tareas gubernativas y tres plieguitos de papel nacional, emprendí la ardua tarea literaria, empujado por el acicate de las expresiones de admiración que el maestro no me escatimaba a la lectura de cada párrafo.

Naturalmente; hubo abrazo de gratitud, que aún me ruboriza, y fui invitado al examen en el cual mi pieza oratoria iba a tener puesto conspicuo.

En efecto, entre las ramazones de uruca, en medio de las columnas de vástago de plátano, los faroles de papel y las guirnaldas de pudre-oreja; embalsamado el local con el penetrante perfume de pinas, limas, naranjas y anonas colocadas en pirámides en cada hueco de la ventana o alacena y coronadas con banderitas de papel dorado o plateado, tuvo verificación el examen público, presidido por el Inspector de Escuelas y presenciado por dos docenas de padres y madres de los educandos.

A su debido tiempo se levantó de entre los examinados un chacalín de unos ocho años, flacucho, desmedrado, almidonado y emperifollado, y fue a colocarse en la tarima desde donde lanzó con voz chillona las brillantes frases de mi obra de arte.

"Señor Inspector de Escuelas, señores padres de familia, señores:

"Escogido entre mis condiscípulos, aunque sin merecerlo, para dirigiros la palabra en esta solemne ocasión . . .

Principió el chiquillo y siguió con la retahila de sandeces que a mí se me habían antojado figuras retóricas de alto vuelo.

Cierto es que tal discurso tenía novedades hermosísimas, entre otras:

"Las tinieblas de la ignorancia",

"la luz inextinguible de la ciencia",

"el humilde labrador",

"la esperanza de la Patria",

"los apóstoles de la enseñanza",

"el Supremo Gobierno que siempre vela",

y otras muchas que hasta entonces, al menos para mí, nunca se habían dicho y de las que, por fortuna, nunca tampoco se ha abusado.

El caso es que el discurso "nos quedó lindísimo" y fue aplaudido y comentado por el señor Inspector y por "los humildes labradores". Por supuesto que el maestro, henchido de vanidad y harto de satisfacción, dejó a todo el mundo creyendo que él había sido el Autor.

Yo me atraganté de anonas y hasta me traje unas cuantas en un pañuelo de rabo de gallo para solaz de mi mamá.

Era yo Padre de la Patria, por voluntad soberana del pueblo soberano. ¿Verdad ustedes? Pues bien, doce años habían pasado desde el célebre estreno del mentado discurso.

El maestro Fernando ya me llamaba "Ilustrísimo" y estaba empeñado en que le amamantara y sacara de pila una su eterna solicitud de pensión que pendía en el Congreso desde hacía ya más de un lustro, sin que hubiera pasado el dictamen de la comisión de credenciales y gracia.

Regentaba a la sazón el "Apóstol de la Ciencia" creo que la escuela de varones de Alajuelita, y para darme una clara muestra de lo mejoradas que estaban sus dotes pedagógicas, me invitó al examen de fin de curso.

Acepté. Siempre me he deleitado con esos actos solemnes a la par que ridículos, en los que maestros, inspectores, padres de familia, juntas de educación y examinandos se engañan unos a otros a sabiendas, y la majestad de la ley se deja ampliamente satisfecha.

Al final del acto, un mocoso de cortísima estatura, pero de altas dotes declamatorias, subióse a un taburete y nos espetó un discurso:

"Señor Inspector, señores miembros de la Junta de Educación, señor Cura Párroco, señores padres de familia, señores:

"Escogido entre mis condiscípulos, aunque sin merecerlo, para dirigiros la palabra en esta solemne ocasión . . . las tinieblas de la ignorancia ... la luz inextinguible de la ciencia ... el humilde labrador ... la esperanza de la Patria ... los apóstoles de la ciencia ... el Gobierno que siempre vela . . . etc., etc."

¡Mi discurso! El mismo, sin un solo remiendo, sin una sola intercalación, tal como lo escribí en la Gobernación doce años antes!

—Dígame, maestro, ese discurso . . . —Sí, ilustrísimo, es el tuyo; ¡está como nuevo y cada año gusta más!

Ya hace años que murió el maestro Fernando, sin haber obtenido su pensión. Entre sus escasos bienes, al hacerse el inventario del contenido de un baúl, se encontró, entre otros objetos conservados con esmero, un rollito de papel ministro en el que se leía aún:

"Escogido entre mis condiscípulos aunque sin merecerlo . . . el Gobierno que siempre vela .. ."

EL LIBRO DE LOS POBRES Nueva York, 22 de julio de 1908.

MI TIO CHEPE GONZALEZ

Así lo contó don Blas Quesada, quien vive aún rodeado de hijos y de comodidades en Sabanilla de los Granados, y que es hombre que no miente.

—Usted no conoció a su tío, era un valiente de los más valientes. Y vea que en aquellas Rivas se probaron los mejores corazones costarricenses. Aquello era un infierno: llovían balas como granizos, no se respiraba más que humo de pólvora, por las calles corría más sangre que agua, cada ventana era una aspillera, cada puerta vomitaba plomo y cada techo estaba convertido en trinchera. La compañía de don Chepe, muy mermada ya, estaba recogida en un corral de piñuela; aquel condenado cañón que los yanquis habían puesto en la puerta del Mesón, era la escoba de la muerte: ¡a cada disparo caían los muchachos como guayabas!

—¡Muchachos!, —dijo don Chepe— hay orden de clavar aquel cañón; vénganse conmigo veinticinco decididos; yo no los escojo porque tendría que llevarlos a todos.

A la calle nos salimos y nos fuimos yendo arrimados a las cercas y paredes, caminando de flanco, otros por media calle arrastrando como lagartijas. Nos hicieron tres descargas, la mitad de la gente se quedó en el camino. Nos escurrimos entre una casa; éramos unos diecinueve, cuatro muy baleados; yo con mi buen balazo en la quijada, que en nada estuvo que me quitara el resuello. Al teniente, que no me acuerdo cómo se llamaba, lo habían bandeado.

—Bueno, muchachos: los que aguanten, ¡afuera de un solo golpe, a toda carrera; son veinticinco varas, le caemos al cañón sin darles tiempo para cargarlo, y aunque allí quedemos todos, lo clavamos; los otros entrarán!

Dicho esto y ya se fue saliendo don Chepe, sin sombrero, con la espada y un buen clavo.

—¡Pecho en tierra ...!

No nos dio tiempo el aguacero de balas: se apearon al capitán... por aquí, a la raíz del pelo, en la pura frente le clavaron el cachimbazo; abrió los brazos y se vino de espaldas; aquí me cayó, sobre el muslo izquierdo; lo metimos otra vez a la casa.

—¡El capellán! —balbuceaba don Chepe— nombren jefe, y claven ese cañón.

Cerró los ojos y siguió resollando; ¡cada vez que resollaba se le veían los sesos asomarse al hueco!

Nombramos teniente al negrito Guevara, de la Puebla. Yo sólo a don Chepe he visto en mi vida más templado que ese negrito. Mata-Viejas era más atrevido pero no más condenado; ese negrillo, con la bayoneta en la mano, era un demonio, una tintorera: [parecía cosa del otro mundo! ¡Ese se debe haber muerto cuando le dio la gana!

—Mata-Viejas, dijo Guevara, ¡vaya llame un capellán para que absuelva a don Chepe!

—Si no se está muriendo, mejor es que le hagan remedios; ¡yo lo llevo al Estado Mayor!

—¿Usted es tonto? ¿Cómo lo va a llevar?

—Pues así.

Se lo pusimos a las espaldas, aquellas espaldotas que parecían una batea; se lo sujetamos con las bandas y con él salió a la calle, se echó al suelo y caminando como culebra, lo sacó a la bocacalle. Le llovieron balas sin misericordia, pero quiso Dios que no lo tocaran, ni al capitán tampoco.

Su tío estuvo en el Estado Mayor todo el resto del día y la noche y hasta el otro día fue que le entró tétanos y el doctor Frantzius ya no pudo curarlo.

—Yo le voy una apuesta que hoy, con todo y sus remintones y sus cañones, y toda su bulla, llegándose el caso, ¡habrá muy pocos Guevaras, ni muchos Mata-Viejas y más menos Chepes González!

—¿Y clavaron el cañón? —¡Vaya una pregunta! ¡Entonces no le estaría yo contando el cuento!

EL TIEMPO, 15 de noviembre de 1900.

EL PRINCIPIO DE AUTORIDAD

¿Quién no sabe cuál es el verdadero significado de esta frase en Costa Rica?: "una carretada de leña". Y sin embargo, cuando yo era chiquillo, en años que a nadie le importa saber cuándo corrieron y que no soy capaz de decir a los envidiosos, una carretada de leña era cosa muy distinta de lo que hoy es. En aquellos dorados tiempos, en los que doña Pascuala García daba 18 huevos fresquitos por dos reales, en los que un cinco de caña no se lo echaba a la espalda un zagalotón, en los que un diez de chayotes alcanzaba para toda la semana y por veinte reales se obtenía el más flamante par de zapatos que pies humanos pudieran calzar; en esos tiempos de miel y leche, digo, una carretada de leña parecía un monumento, contenía innumerables palos de madera seca y fina, sonora como una campana de plata, resinosa como pinotea y capaz de sostener vivos los fogones de una cocina, planchando y todo, por más de veintidós días, a todo viento y con regueros de lustrosas brasas, como ocurría con el uso de los tinamastes. Y por un escudo ... I

¿Y hoy? ¡Válganos San Isidro Labrador! Vergüenza debiera darnos de ver a lo que hoy se le llama con aquel respetable nombre, y por lo que se nos obliga a aflojar seis colones de buen metal de 21 quilates. Y luego, los desastrosos resultados: la casa se llena de humo, se le enchilan los ojos a todo el vecindario, la comida queda cruda en vida, se ahuma el arroz de leche, y la cocinera pide su pasaporte y nos trata de cochinos, por añadidura.

Es claro: al madero negro, al guayabo, al guachipelín, al güesillo, al aguacate y a otras veinte maderas quemadoras y decentes, secas y timbradas, han venido a sustituir el guarumo, el güitite, el targuá blanco y hasta el jocote, sin contar el poro verde y el itabo, llorones, chorreando agua, que al lamido de la efímera llama de los colochos y de las astillas responden con un horroroso humarasco y un espumeo desconsolador, se ennegrecen como si los embarnizaran con pavesa y se convierten en destiladeras de zumo acre que se come las cocinas de hierro.]Y luego el tamaño de la carretada ... 1 En una carretilla enclenque y tísica, una armazón a guisa de techumbre de doble caedizo, dejando en el centro una cueva en donde cómodamente pudieran caber más palos de leña que los visibles, el asunto leñador edifica algo así como una portada de iglesia, con cincuenta o sesenta palos mezquinos, dándole apariencia de carreta recargada y con tal arte y tal destreza aparejados, que el ojo más escudriñador no percibe el engaño. Naturalmente con tales palos y tal suma de ellos, si secos, habrá lumbre por una semana, si mojados, habrá humo y lloriqueos per saecula saeculorum, salvo que un baúl desvencijado, una tijereta desfondada, o un par de cajones de pino, acudan en ayuda de la cocinera.

¿Quién no ha sido víctima consuetudinaria de esa pública calamidad a la que debieran volver los ojos llorosos nuestras autoridades?

He aquí un caso que por típico lo cuento y por histórico conservo en los archivos de mi memoria.

La criada de adentro (llamada así porque justamente son las que más tiempo pasan afuera) salió muy de mañana a atravesar una buena carretada de leña a la entrada del Laberinto y con ella, el par de terneros que la arrastraban y el "bueyero", volvió triunfante como a las nueve de una mañana cenicienta de temporal cerrado. Mi inolvidable costilla, que no sabía distinguir entre el guayacán y el guarumo, y que calculó por las apariencias, que la carretada merecía el nombre, cerró el trato con el mentiroso leñador, por siete miserables colones, precio exiguo por cosa tan "magnífica" como la

pintaba el ladino palurdo; según él, allí no había sino guayabillo, aunque, para no engañar, confesaba que se le habían ido en la cuenta unos pocos palos de "guácimo" y una media docena de guapinol —¡Dios lo tenga donde tiene a Gestas!— Y comenzó la descarga, en el zaguán de la puerta cochera. Mi dormitorio quedaba pared de por medio con el zaguán.

Echaba yo ese sabroso sueño del perezoso, el último de la mañana, para quien lleva una vida regalona, que a Dios gracias siempre he llevado, gracias a los millones que heredé de mis padres. El primer brazado de leña que cayó en el empedrado del zaguán, me despertó sobresaltado. ¡Se armó la gorda!, exclamé, echándome fuera de la mullida cama con la idea de que la Unión Católica había dado el golpe que en esos días se esperaba y que aún creo se está esperando. El segundo brazado me dio la nota verídica de los hechos, pero ya espantado el sueño, procedí a medio vestirme y, a fuer de pagano, abrí una ventana y precedí a la inspección de la compra.

—Mire, ñor José, no siga descargando; ¿cuánto le ofrecieron por esa cochinada?

—Yo no traté con usted, mi trato fue con acá.—

Y el campesino señala con la jeta a mi consorte, y seguía tirando abajo los palos empapados y verdes de su carreta.

—Pues haya usted tratado con quien haya tratado, yo soy el que paga y no me da la gana pasar por un engaño como éste; su leña es una indecencia y su carreta no hace ni media carretada por lo chiquilla y por el caedizo que le ha dejado en medio. Si usted no tiene conciencia para venir a engañar a una señora, yo tengo razones para hacerlo a usted respetarla. Cargue usted otra vez y largúese cuanto antes.

Eso le dije, mi palabra de honor que eso y más le dije y que por respeto a mis lectoras no copio, y subrayé mis expresivas razones con una tremenda amenaza de pegarle un tiro si no procedía inmediatamente a recoger su indecente mercancía.

El palurdo saltó de su carreta y dejando plantados sus bueyes en mi zaguán, fuese, echando sapos y culebras, en busca de un —66— "polecía", con quien retornó a los pocos minutos.

El representante de la autoridad, mozo buen mozo, de mediana pero garbosa estatura, blanco, ojos gatos y melenilla rizada, color de canela, bien retorcidas las puntas de un bigotillo color de herrumbre, había levantado información en el camino y, formado juicio completo sobre el intrincado caso, fallando in mente a favor del ladino leñador. Con la contera del recio tortol dio unos cuantos golpes en la puerta principal, a los que respondí yo saliéndome a la acera, en mangas de camisa, listo a sostener mi derecho en todas las instancias.

—¿Qué's la cosa? ¿Ah? ¿Porqués ques no quieren págale a este hombre su leña? ¿Qué's, que la quieren de balde? ¿Y usted fue el que lo amenazó con tíralo? Se viene conmigo a la Comandancia. Acaba de descargar, deja la carreta y los bueyes onde Manuel Hernández y te vas li-gerito para onde don Gregorio. ¡Apuren . . . !

Eso sentenció el agente de orden público, sin oírme, sin convencerme en juicio oral por él establecido en media calle y teniendo como auditorio a mi familia y algunos vecinos y viandantes. Naturalmente, el bigotillo sufrió serios estrujones de vanidosa prosopopeya de parte del policía, y el carretero, henchido de suprema felicidad, me restregaba su triunfo con sonrisas y meneos de cabeza, hartos significativos.

¿Que yo soy pacífico?, ¿quién dijo que yo soy pacífico?

Es decir, yo no ando en pleitos a cada rato, observo una política de prudencia que bien puede haberse interpretado de cobardía. En ciertos casos mal interpretada, por supuesto. Pero cuando se me sube el González o el Zeledón o el Ramírez o el Castro, que de todos corren nutridos por mis venas, yo mismo me desconozco: me vuelvo una tintorera herida a la que hubieran robado sus hijuelos; no reconozco ni pelo, ni color ni tamaño; y más cuando me siento empapado en derecho, con toda la razón de mi parte y a la sinrazón batiendo palmas. Por consiguiente, enfurecido, pero aún conteniendo los feroces impulsos, dije al policía:

—Este hombre ha tratado de engañar, con su puercada de leña verde y mal cargada, a mi señora, quien no entiende de esas cosas; yo le llamé la atención a su dolo y él rechazó mis razones; me insultó y no me hizo caso; encolerizado, lo amenacé, pero sin arma ninguna, y él se apeó de la carreta y se fue en busca suya. Venga usted y verá por sus ojos la maldita leña y se convencerá de que tengo razón.

—Eso lo debieron haber visto antes de cerrar el trato; si tiene algo que alegar, alegúeselo a don Gregorio; traiga el saco y el sombrero y camine conmigo.

Mi indignación llegó al colmo, no pude más, y a gritos destemplados y usando de un vocabulario que Sancho me hubiera envidiado después del vapuleo de la venta, hice mi alegato en aquella corte callejera; el policía gritó más, el carretero terció en la contienda, la familia mostró su justa indignación, y acudieron más vecinos, entre los que apareció mi buen amigo y proveedor don Celestino Gómez, a quien Dios guarde y haga prosperar por muchos años.

Celestino se abrió paso entre la multitud y dando un fuerte tirón al policía, le hizo observar que yo no era un simple mortal, sino nada menos que un Diputado al Congreso, inmune por consiguiente y merecedor de todo el respeto de que su insignificante autoridad fuera capaz.

El cambio que se operó es indescriptible: el policía me enderezó su más dulce sonrisa y lanzó rayos de oprobio sobre la sucia cara del leñador.

—Eche para ver la leña.—

Y se encaminó donde los cuatro guarumos y poroses yacían. A la vista de los palillos se indignó, mas cuando se asomó al rancho que aún se ostentaba en la carret.lla, la indignación no tuvo límites ni reconoció barreras, retorció nerviosamente el bigotillo y encarándose con el leñador, vociferó:

—¿Hombre, y esto es lo que vos llamas una carretada de leña? ¿Y a estos cuatro palos verdes en vida llamas leña? Debía caerse la cara de vergüenza, antes de resolverte a venir a la ciudad a engañar a las señoras; ¿y por esa cochinada querés que te paguen siete colones? Siete años de presidio te habían de encajar por mala fe y por chanco; hombre, ¿pos qué lo que vos te estás pensando? Abrevia a cargar esas calillas y veníte conmigo; ¡es ya . . . !

Y volviendo a mí su faz augusta en tono quejumbroso y de altísimo respeto:

—Me hace el favor de dispensarme, pero yo no sabía que usted era ... es decir, no sabía cómo era la leña y no me habían dado tiempo de ver el rancho; va usted a Ver lo que le va a pasar a ese concho mala fe, no le van a quedar ganas de volver a vender porquerías ... i

Y, efectivamente, diez minutos más tarde se llevó al carasucia con su yunta de terneros enclenques y su carretilla desvencijada, en donde campeaban en toda su verdura los guarumos, los poroses y los jinocuabos asegurados contra incendio.

Celestino Gómez, mi señora y yo, quedamos en la puerta de mi casa discutiendo acerca de un tema encantador:

"El principio de autoridad".

*New York, 15 de setiembre de 1911
Publicado en PANDEMONIUM.*

EL CACAO DEL AÑO

No era como silbar a caballo ni como nadar con un pie en el fondo, la delicadísima tarea de alistar el cacao molido para todo el año. ¡Qué va! Era asunto bien difícil que exigía tres ineludibles condiciones: cacao de buena calidad, sazón, bien beneficiado, parejo y sano; que la molienda la hiciera persona experta, Doctora en Chocolate; y que los sabrosos y aromáticos churretes y solidificados se conserven entre hojas tiernas y soasadas y en arcón de cedro bien cerrado y ubicado en despensa fresca y seca.

Y caso que aún no se haya escrito un erudito tratado sobre la preparación y conservación del chocolate, escarbo en los rincones de mi ya flaca memoria, pues allá en mi niñez fui actor y testigo de tan interesante faena. Y como no intento editar el Tratado, bien puede hacerlo por su cuenta quien así lo disponga; ¡y que buena pro le haga! Mi abuela doña Chanita, era señora adinerada; dueña de casa y solar grandes, tenía acreditado establecimiento de comercio y se afanaba porque en su despensa no faltaran, en abundancia, las necesarias provisiones de boca para nuestra numerosa familia. Y como en aquellos años quien no se proveía con debida antelación o se tenía que privar del artículo o estaba forzado a pagarlo -malo y caro, Chanita, que no era de las que se dejaban soplar la dama, se aprovisionaba con tiempo.

Ese día fresco y claro de verano, llegaron de las chacras, de Matina unas cuantas cargas de theobroma odorata, vulgo cacao, que se habían salvado de los piratas indios de la Mosquitia que con harta frecuencia invadían los cacaotales; las muías que las portaban habían recorrido las treinta y tantas leguas por picadas entre los bosques vírgenes, por la vereda mandada abrir por el Presidente don Jesús Jiménez, de gratísima memoria, vadeando ríos caudalosos, bordeando abismos, metiéndose entre fangales hasta los ijares y todo durante no menos de tres semanas, cuando les iba bien.

Una carga, compuesta de dos amplios zurroneos de cuero sin curtir, se destinó para la molienda casera; las otras se almacenaron en la trastienda de la pulpería para la venta a granel.

Y sin pérdida de tiempo, se me encomendó llevar recado a Ña Estéfana, la Suma Sacerdotisa Chocolatera, a fin de que en el término de la distancia se apersonara en casa con sus avíos.

—Pero me dejan ir descalzo, porque estos za patos me hacen vejigas en los calcañares y tienen tamaño clavo en el talón.

Aprobada mi moción, saqué mi caballo de palo de un rincón de mi cuarto, le alisé una astilladura que hubiera podido romperme los calzones de cotín azul y aún maltratarme ciertas partes; me zafé los zapatos, monté mi brioso corcel de varejón de café con cabeza hípica de cuero y me lancé caracoleando zaguán afuera; de un salto me planté en la acera y eché hacia el Norte a galope desbocado; al llegar a la calle central, sofrené la bestia, torcí a la derecha y a trote moderado recorrí las cinco cuadras- y media que me separaban de la casucha de Ña Estéfana. Vivía la vieja en una de las piezas edificadas en una zanja, al costado septentrional del muro de retención que se construyó para el relleno de la Cuesta de Moras.

A las tres veces de golpear la desvencijada puerta con el regatón de mi cabalgadura, se oyó un ¡ya va ...!, del interior, ya poco apareció Ña Estéfana, más brava que un toro guaco.

—¿Por qué no botaste la puerta con un sachó? Malcriado! ¿Qué's la precisa; quién se está muriendo en tu casa?

—Como nadie respondía, creyí qu'estaba en el solar y como la cequia hace tanto bochinche, pa que oyera...

—Sí, estaba allá ajuera, pero estaba . . ., bueno, en lo que no te importa. ¿Qué se te ofrece?

Di mi recado con la precisión que de muchacho me era característica y, recibida la respuesta, torné riendas a mi inquieto corcel; a poco enfilé hacia la Plazoleta de la Soledad en donde se me reunieron dos perros amigos, torcí al Oeste, cuesta abajo hasta la Quebrada de las Arias y luego cuesta arriba, pasando por frente a casas y solares de buenas gentes conocidas de donde, salieron otros perros a engrosar la cabalgata y paré en raya en la puerta de mi hogar. Caballo, caballero y canes entramos de rondón por el zaguán y fuimos en busca de mi abuelita, quien estaba en el corredor interior haciendo preparativos para limpiar las hermosas piedras de granito, los indígenas metates, que habían de servir para la molienda del cacao.

—Dijo Ña Estéfana que bueno, que ...

—¿Y este chorro de perros? ¡Yo no te mandé a recoger sarnosos! ¡Los va sacando todos a la calle ahorita m'ismo! ¿Porqué no te los llevas a la sala para que se entretingan? ¿Qué será que vos nada haces al derecho? ¡Sus, vagabundos, afuera...!

—Sultán, Merengue, Panocha, Chonete, Melcocha . . . Fíííi. —Y a mi silbido todos acudieron y me siguieron hasta la calle en donde los dejé con sendas lenguas de fuera, pero sin dárseles un pito del mal recibimiento que mi abuela les hizo. Cerré la puerta y regresé a cumplir mi cometido.

—Ah, pues dijo Ña Estéfana que mañana no puede venir porque ya está comprometida onde las niñas Gutierrez, pero que pasomañana a las siete en punto la espere y que le aliste los trastes y la canela y la jamaica y el clavo y la vainilla y las hojas de plátano, pero de las candelas y que . . . ¿qué otra cosa? . . . ya se me olvidó la otra cosa que. me dijo . . . el . . . el . . . el . . .

—¡Muchacho más tonto en mi vida he visto! ¡Por andar con ese palo y ese chorro de perros! Pues ahora se sienta en esa banca y no se mueve hasta que se acuerde . . .

—Pero es que tengo ganas de . . .

—Pues aguántelas, de ahí no se menea hasta que se acuerde.

—Trastes, canela . . . vainilla . . . clavo . . . jamaica . . . canela . . . no, ya la dije . . . jamaica ... -no, también ya la dije; ¿qué sería? . . . ¡Ah! sí, de cobre, una cosa de cobre con un nombre muy enredao. . .

—Eh, niña Chanita, pos el almirez, —dijo Manuela la cocinera, mi paño de lágrimas, mi saca-de-apuros, quien siempre acudía en mis horas de tribulación.

—¡Eso, eso era! ¡El almirez de cobre!

Y salí disparado hacia el final del solar y escondido detrás de una frondosa mata de azul, siempre a caballo, satisface mi necesidad; volviendo en apresurado galope hasta mi cuarto, en donde alojé mi brioso rocinante.

Ese día, conforme a lo prometido, se apareció Ña Estéfana, a las siete un poco largas, , provista de sus trebejos que eran: balancilla hechiza semejante a las de las boticas, con sus pesas de onza y fracciones, espátula con mango de cuerno de venado, blanquísimo delantal de tela criolla del algodón, manojo de puros chircagres negros y nudosos eslabón o vesquero en forma de perro corriendo en cuyas patas mantenía el acero o chispeante y en cuyo amplio trasero se ensartaba la mecha amarilla de la yesca, y el correspondiente pedazo de piedra de chispa; traía además un abollado estuche de hoja de lata conteniendo un par de lentes anchos y redondos como los que pintan a horcajadas en las narices de don Francisco de Quevedo.

Ña Estéfana se entró de rondón hasta la cocina en donde Manuela la desayunó con café, pan dulce y quesadillas. Allí la estaban esperando, listas para la faena a brazo desnudo y bien lavado, Ña Jacinta, mujer madura, rubia y coloradota y Chepa Meíendres, mestiza de buen ver, ambas peritas en el manejo de los metates o piedras de moler, para lo cual Dios las había provisto de bien desarrollados lagartillos o bíceps, anchas y recias espaldas y rabadillas de probada resistencia y elasticidad.

Y, naturalmente, . allí estábamos también FélTx, el viejo cínico y cascarrabias, servidor de la casa desde tiempo inmemorial, y "el pecosillo", este muy humilde servidor de ustedes, siempre metido en docena y siempre dispuesto a prestar su colaboración en cuanto pudiera ser útil y aun en aquello ,en que pudiera ser causa de molestia.

La niña Chanita, mi abuela, hizo pronto entrada para que cesara el palique entre las obreras, las cuchufletas y viajazos de Félix y para ponerlos a todos en plena labor.

—Bueno, dejen para otra vez la conversación y, ¡a la tarea! Vénganse a los comales y ¡nada de perder tiempo!

En unos braseros de fina leña de guayabillo y sobre sólidos tinamastes de piedra, se calentaban tres amplísimos comales, especie de gruesas cazuelas chatas de arcilla de fábrica escazucaña; en cada uno se fueron vaciando huacaladas de cacao en grano, limpio de polvo y bien lavadito, libre de almendras quebradas o dañadas; cada una de las mujeres atendía a removerlo constantemente con una paletilla de madera a fin de que el tueste fuera parejo y que no se quemase; Félix cuidaba de atizar los braseros y Ña Estéfana vigilaba con grandísima atención a que la cosa no dejara nada que desear en cuanto a igualdad y punto, como que de esa operación dependía el buen resultado de la molienda. Yo mantenía llenos los huacales tomando el cacao de la mesa en donde había sido cuidadosamente escogido la víspera e iba recogiendo huacaladas del tostado que primorosamente depositaba en sendos canastos de junco colocados a la vera de las piedras de moler. .

—Hombre, Félix —preguntó Ña Estéfana haciéndole un guiño a las otras— decline en qué paró Filomena. ¿La has vuelto a ver ...?

El aludido dio un gran respingo como si lo hubiera mordido una víbora y encendido en cólera, escupiendo el cabillo de tabaco que se estaba fumando, plantó la pataza a la colilla hasta hacerla un espururo y contestó:

—¡Cuándo había de faltar la chicha en Cot! Lo qu'es a vos no haiga miedo de que se te pudra la lengua de no usarla; mira hacéme un grandísimo favor, ¡por tuiticos los santos! Mentáme la mama si es que tenes tanta gana de ventosiate el hocico, pero a esa . . . tal por cual, no me la mentes ni en

sueños . . . hacéme ese favor ... Y pone cuidado, porque tamaño rabo arrastras; ¿cómo, te gustaría que yo te preguntara si has vuelto a ver a Ustaquio . . . ?

La vieja se encabritó; se arrancó de un tirón los espejuelos y achicando los ojillos como dos chispas soltó la sin hueso:

—¿Qué me querés encarar con eso? ¡Baboso! Ustaquio y yo nunca fuimos casaos como vos y Filomena; y él no fué él que me dejó ispiando pal ciprés; yo fui la que lo eché de mi propia casa pa que aprendiera a ganarse los frijoles, porque toda la vida no ha sido más que un vagabundo arrimao, como vos . . .

Intervino Ña Jacinta:

—Sosiégúense, respecten la casa, ¡mal dotrinaosl Hombré, ni si fueran criaturas acabar das de espechar. Dejen de meniar cochinas que ya van largo y si son buenos cristianos acuérden sen del Padre Nuestro onde dice:

"perdónanos nuestras diudas así como nosotros perdonamos a nuestros diudores".

Ya están viejos pa esos alegatos y saben que los chingos curtos se lavan de puertas adentro y no en media plaza...

—¡Pos ya volvió a nacer mi mama! —dijo Estéfana— ya tengo otra vez quién me regañe; pa cura debiste haber nacido; sos nonis pa los sermones aunque no lo haigas sido pal buen ejemplo; ¡dos muchachas has echao al mundo y a nadie la costa que podras cargar más apelativo que el de tu mama . . . !

—Libre jui dende que aprendí a gáname la vida y a naide más que a Dios tengo que dale cuenta de mi conduta; y ya se acabó la custión conmigo y si querés seguir alegando, habla con éste, —dijo Jacinta volviéndose de espaldas y dándose una sonora palmada en el rollizo asen-tadero.

—¡Chúpate ese güeso y volvé el otro lao de la jeta entrometida! —exclamó Félix soltando una estentórea carcajada.

—A ruin bagazo, poco caso. A vos te pregunté porque me dijeron onde los Solanas qu'esque te habías juntao con Filomena —replicó la vieja enredadora y solapada, a sabiendas de que estaba inventando la mentira para calentarle la jupa al pobre Félix.

—¿Quién? ¿Yooooo? Félix Hidalgo Conitrillo, volvese a juntar con esa grandísima . . . ¿Yooooo? Ni en l'ora de boquiar, ni que me lo disigiera el padre . . . Tenélo entendido vos y las Solanas y cuantas lenguas sucias barren el suelo pa venise a meter en mis cosas; oyílo bien y si la lengua no se te enreda, anda repetíselo a esas cascabelas: Félix Hidalgo es probé, pero tiene vergüenza y dinidá —Y se golpeó el escuálido pecho con el puño cerrado.

—Pos ya está, hombre; no te calentes asina, que te vas a hogar. Ya está; nu'ay por qué hacer tuitico este descándalo; ¡ya está!

La única que durante la tempestad no musitó palabra contentándose con menear la cabeza de cuando en cuando y en abrir desmesuradamente los ojos cada vez que sonaba una expresión dura, como si fuera la primera vez que hería sus delicados tímpanos, fue Chepa Melendres. Ella bien sabía que, de todas las del grupo, era la que arrastraba más cola fácil de pisar ¡Machete, estáte en tu vaina!

Es que a Félix, quien se batió valerosamente en la Guerra Nacional contra el filibustero Walker, en 1856, y de donde sacó un balazo que le medio paralizó el brazo izquierdo y que a su vuelta se casó con una india moza de Aserri, más pizpireta que ternera de año, se le escapó la cónyuge casi en plena luna de miel y se largó para el Guanacaste con un marimbero decidor y jaracandoso que se propuso entotorotarla. Desde entonces Félix, que había sido muchacho de chispa y de donaire, se trocó en hosco y cascarrabias y en enemigo hostil e irreconciliable de cuanto ser humano llevara faldas.

—Mira, pecosillo, —me decía una vez mientras que fabricaba una carretilla de madera—, cuando siás más grande no le hagas caso a las mujeres: llévalas el corriente y entretenéte con ellas y apercollá cuanto te caiga en las manos, pero záfales el bulto y no ti'asomés nunca a la sacristía con una de ellas; ¡Dios te libre! Zafo de las de esta casa que yo respecto como santas, juera de esas, no daría yo esta cuchilla, ni este cabo de puro por media docena . . .

Y en vísperas de la boda de una de nuestras sirvientes, galana y fresca como mango maduro, tan buena y virtuosa como linda, con un barberito enclenque y desteñido, pero laborioso y honrado, Félix se atrevió a meter cuchara haciendo esta observación de doble filo:

—¡Achara la muchachota, tan buena pa lo que se ofrezca, irse a casar con ese hambrecillo ...!

—Pero si él es muy bueno y la quiere mucho —le objeté.

—¿Pues no ves que hay no hay endividuo? O ella lo da muerto antes del año, o si antes se le olvidan las dotrinas que ha recibido en esta casa, se le va con uno de los músicos de la banda; acordáte de mí que así va a suceder . . . ¡Yo las conozco!

Cuando ya todo el cacao estuvo tostado a satisfacción de Ña Estéfana, procedimos todos a la tarea de la "pela", resobando de uno en uno cada grano para despojarlo de la piel retostada que fácilmente se desprendía, quedando los granos limpios y relucientes. La película se aventaba, pues hubiera comunicado sabor amargo y de fermento a la pasta molida.

Ya Félix, en constante murmuración, había metido brasas encendidas debajo de las piedras de moler asentadas sobre el ancho poyo que abarcaba dos lados de nuestra amplísima cocina. Frente a cada una de las dos piedras se situaron

Ña Jacinta y Chepa, armadas de las respectivas "manos de piedra" que encajaban bien entre palmas y dedos. Cogían puñados del cacao tostado y lo iban desmenuzando con hábil y acertado movimiento de las "manos" sobre la piedra; media docena de pasadas bastaban para que el cacao se acumulara en consistencia de pasta áspera en el borde delantero de los metates, de donde se le arrancaba para echarlo sobre hojas de plátano tiernas y soasadas.

Entre tanto, Ña Estéfana con los anteojos calados y con la pesada mano del almirez, más reluciente que moneda de oro, procedía a pulverizar y mezclar a conciencia los "olores", es decir, las especias que darían al chocolate sabor y terapéutica que contrarrestara algunos malos efectos del cacao puro y que acrecentara y sublimara las virtudes de la almendra. Mientras molía y remolía los ingredientes en el sonoro almirez, chupaba el acre chircagre que había ya por octava vez encendido en la humosa lumbre de la mecha del chispeante.

Yo la acosaba a preguntas, con esa natural curiosidad del niño que todo lo quiere saber y obediente al acicate de mi natural espíritu de constante observación.

—¿Pa qué's que l'echás vainilla?

—Pa que güela bonito y sepa más mejor.

—¿Y pa qué es la canela?

—Pal gusto y pa quítale lo jelao que hace daño, y pa eso mismo son la jamaica y el clavo de olor. Es qu'el cacao sin estos "colores" es en-digesto y da agrura; otras l'echan chile dulce pal color y los mejicanos l'echan achiote esque pa dale más color y más cuerpo, pero yo no Pecho más que lo que vos ves y así es como le gusta a la niña Chanita. Hay moledoras sinvergüenzas que le arriman almidón de yuca o harina de maíz pa que rinda y así es como engañan a los cristianos vendiéndoles tamaños panecillos a dos manos por un real. Tampoco l'echan el dulce, porque prontico se fermenta y se hace cuchite y aguao como babas. Juera de que a unos les gusta con dulce y otros prefieren beber "tibio", que es de viaje sin dulce.

Hechos polvo impalpable los "olores" y pesado el tanto estrictamente necesario para acondicionar la cantidad de cacao que se había molido, se procedía a la "segunda mano" que consistía en pasar nuevamente la masa áspera, en las piedras recalentadas, añadiéndole entonces con gran cautela, la conveniente proporción de especias que Ña Estéfana se encargaba de distribuir con la punta de la espátula cacha de venado. Y Jacinta y Chepa pasaban y repasaban con vigoroso resbalar de las manos de piedra sobre la lisa superficie de los metates calientes.

Ya Félix había extendido sobre las tablas delgadas de cedro que formaban los anaqueles del arcón, las hojas tiernas de plátano pasadas rápidamente sobre el gran brasero, listas para recibir las rengleras de aromáticos panecillos. Ña Estéfana iba recogiendo pasta remolida, con la espátula y con experto empuje del dedo índice sobre la lámina de 'acero, hacía desprenderse un chorrito de cacao que al caer sobre la hoja de plátano formaba un panecillo piramidal con punta retorcida, el que paulatinamente se iba aplastando y solidificando, casi hasta adquirir la forma de una gruesa moneda.

El arcón de mi casa, de recios tablones de cedro, medía no menos de una vara de profundidad, dos varas de largo y vara y media de ancho, de modo que en sus entrañas podía guardar doce tablillas en cada una de las cuales se aposentaban en alineadas filas no menos de novecientos panecillos, de modo que, al echar llave al armatoste, concluida la molienda, bien podía calcularse que dentro quedaban esperando el advenimiento de la jícara y del molinillo, alrededor de diez mil panecillos de *theobroma odorata* para regodear el paladar de nuestra numerosa familia durante todos los días del año y para darnos alientos y vigores y otras virtudes que el mundo científico ha descubierto en la maravillosa almendra con que se regalaban los emperadores aztecas, toltecas y mayas, y sus cortesanos.

Y era el terminar la faena del "chorriado" y la del almacenamiento, que yo cobraba mis bien ganados honorarios por todas mis fatigas: por las quemadas al renovar los braseros bajo las piedras, por atizar el fogón, por enchilarme los ojos con el acre humo de los tizones, por darle las primeras majadas a las especias en el pesado almirez y por mil vueltas y revueltas para esto y para aquello, que a cada rato ocurrían. Mis honorarios consistían en la libertad y exclusivo derecho de raspar las piedras sacándoles el cacao que hubiera quedado adherido, sobre el cual se me daba título de propietario. Empeño y maña que producían una regular pelota de la aromosa pasta, la que primorosamente mezclada con azúcar negra, llamado entre nosotros "dulce de rapadura", no se desprendía de mis churrientas manos, hasta que los labios y la lengua habían agotado la última molécula.

Ña Estéfana, Ña Jacinta y Chepa Melendres, a más de su jornal en moneda corriente, se llevaban su no menudo envoltorio de aromáticas monedas de cacao. Sólo el adusto Félix volvía a su covacha, siempre murmurando, y cuando yo lo instaba para saborear mi confitura, exclamaba:

—Yo no como esa cochinada manosiada por esa vieja lengua larga: sería como tragarme un veneno de los más mortales... A mí denmen café qu'es la bebida d'esta tierra por la que me bailaron y no esas cuitas de lora untadas del dedo d'esa invencionera cara de lechuza espantada... ¡Hombre!, júntame yo otra vez con... ¡Miráme la seña! ... !

Washington, 11 de febrero de 1934.

CRONOLOGIA

Manuel González Zeledón

- 1864 Nacimiento de Magón, el 25 de diciembre.
- 1870 Asiste a la Escuela Privada de doña Eusebia Quirós, durante un año.
- 1871 Pasa a la Escuela Elemental y estudia en ella cinco años bajo el magisterio de los señores José Céspedes, Adolfo Romero, Amadeo Madriz y Juan de Dios Troyo.
- 1876 Durante cinco años realiza estudios en el Instituto Nacional en disfrute de una beca de las dos que otorgaba la Provincia de San José.
- 1889 Viaja a Colombia. Conoce buenos escritores de ese país. Fue nombrado Vice Cónsul de Costa Rica en Bogotá.
- 1892 Regreso de Colombia. Se dedica a trabajar como Procurador de Negocios Judiciales.
- 1893 Viaja por Inglaterra, Holanda, Bélgica, Francia e Italia.
- 1895 Diputado al Congreso Nacional, inicialmente partidario del Lic. don Ascensión Esquivel. Hace oposición al Gobierno de don Rafael Iglesias. Inicia la publicación de sus cuadros de costumbres con Nochebuena en el periódico La Patria de su primo Aquileo Echeverría.
- 1901 Funda el periódico £1 País para combatir a don Rafael Iglesias.
- 1904 Forma parte de la Comisión General de Costa Rica en la Exposición Internacional de San Luis, cargo que ostentó durante nueve meses. Nuestro país, llevó a esta exposición café, cacao, chocolate, frutas secas, fibras, etc.
- 1906 Profesor de Castellano del Liceo de Costa Rica y del Colegio Superior de Señoritas. Ese mismo año viaja a Estados Unidos, entre otras cosas, decepcionado del Esquivelismo.
- 1909 La propia obtiene mención honorífica por su segundo lugar en los Juegos Florales de ese año.
- 1910 Publicación en la revista "Páginas Ilustradas" del cuento La propia. Cónsul General de Costa Rica ad honorem en Nueva York (1910-1915). Auxiliar del Departamento de Estado para Asuntos Latinoamericanos. Funda la Asociación Latinoamericana de Nueva York, de la cual fue presidente.
- 1911 Funda el Círculo Literario Hispanoamericano de Nueva York.
- 1912 Funda la Sociedad de Beneficencia Española. Primera edición de "La propia y otros tipos y escenas costarricenses", bajo el cuidado de Joaquín García Monge, tomo XV de la Colección Ariel.

- 1915 Profesor de Castellano en Nueva York Evening High School y Profesor de Castellano Comercial de la Sección de Wall Street de Nueva York University.
- 1921 Segunda edición aumentada de "La propia", editada por García Monge.
- 1922 Fundación de la Cámara de Comercio Latinoamericana.
- 1924 Nombrado Inspector de Consulados de Costa Rica en Estados Unidos, cargo que sirvió ad honorem hasta mayo de 1932.
- 1929 Prueba suerte en el verso con "Oda a Costa Rica".
- 1932 Nombrado Embajador de Costa Rica a.i. en Washington, durante la Tercera Presidencia del Lic. don Ricardo Jiménez.
- 1934 Es nombrado Ministro Residente en Washington.
- 1936 Enferma gravemente y regresa a Costa Rica luego de treinta años de ausencia. Muere en San José de Costa Rica el 29 de mayo, por lo cual el Estado le hace honras fúnebres y decreta duelo nacional.
- 1947 Tercera edición de sus obras bajo el título "Cuentos" con prólogo-estudio de don José María Arce, impresa por la Imprenta Nacional.
- 1950 Fallido intento de darles el título de Beneméritos de las Letras Patrias a Magón y Aquileo, por incomprensión de algunos señores diputados.
- 1953 Por unanimidad de votos se emite el Decreto No 46 de 29 de octubre en que se declaran Beneméritos de las Letras Patrias a Magón y Aquileo. Con ello se reparaba la injusticia de tres años atrás.
- 1961 El 24 de noviembre se crea el Premio Nacional de Cultura MAGON, reformado al año siguiente, el 27 de junio para mejorarlo. Se otorga cada año y por una sola vez al escritor, artista o científico por la totalidad de su obra.
- 1967 Cuarta edición de su obra. Es reproducción de la tercera, al cuidado de la Imprenta Lehmann.